



Me Gusta  
Este Idiota

Comedia Romántica y Apasionada

**Linda Meller**

Me gusta este idiota  
Comedia romántica y apasionada

Linda Meller

Copyright © 2018 Linda Meller

Todos los derechos reservados

## Contenido

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPITULO 8](#)

[CAPITULO 9](#)

[CAPITULO 10](#)

[CAPITULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPITULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPITULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPITULO 20](#)

[Epílogo](#)

# CAPITULO 1

## GIULIA

Las personas siempre han pensado que yo no era una ‘persona sociable’, no estoy muy segura del porqué de eso.

Bueno, la verdad es que yo creo que era una persona agradable con el resto de las personas. Había muchas cosas que me gustaba de tratar con la gente. Me gustaba ver cómo le pasaban cosas un poco desafortunadas a quienes se lo merecían. Me gustaba incomodar a la gente con mis frases directas. Sólo porque sentarme a conversar en un campo de hierba con mi mejor amigo y una canasta de picnic en la mano no era mi idea del paraíso, no me convertía en un harisco. Pero el hecho de que probablemente elegiría salvar la vida de un gato antes que la vida de una persona... Bueno, eso podría llevarme un poco más lejos hacia el extremo psicópata del espectro, pero nadie es perfecto.

Todos tenían que encontrar sus alegrías en la vida. Placeres culpables. Mis alegrías sólo se referían a la desgracia de los demás. Aunque tal vez haya una forma menos perturbadora de decir que... No me gusta la mayoría de la gente, y me gusta verlos sufrir.

Básicamente, asumí que todo el mundo tenía un mal karma en camino, y si yo tenía la suerte de verlo, era una bonificación. El tipo que acaba de derramar café en su corbata mientras se dirigía al trabajo probablemente pasó al lado de su inocente Golden Retriever, que sólo quería un masaje en la barriga hace unas horas. Karma. La mujer que tenía un trozo de papel higiénico en el talón después de la hora del almuerzo probablemente le hizo pasar un mal rato a una trabajadora de servicio al cliente por su cupón que no funcionó. Peor aún, la razón por la que el cupón no funcionó fue probablemente porque no se molestó en leer la fecha de vencimiento en la parte de atrás. Boom. El Karma ataca de nuevo.

Pero hay algo que disfruto aún más que los actos casuales del gran espectáculo de equilibrio del universo. No me emociono fácilmente, y no tengo el hábito de sonreír, pero disfruto especialmente esperando que el karma golpee a alguien cuando me ha cabreado.

Y así es como empezó todo.

Vivía al otro lado del pasillo del Sr. Perfecto. No sabía su nombre, a pesar de que había vivido frente a mí durante unas semanas, y tampoco pensaba saberlo. Probablemente era algún nombre tonto como “Marc —“Ben. —Tipos como él siempre tenían nombres como ése, como si acabaran de salir de un yate usando un suéter envuelto alrededor de sus hombros, sí, así como lo imaginas.

El Sr. Perfecto no se vestía así, pero se veía muy bien. Algo sobre el pelo o la forma en que tenía ese tipo de rostros odiosos que probablemente se verían bien hasta calvos. O que al mirarlo no podía evitar pensar en la larga e ininterrumpida línea de personas absolutamente hermosas que tuvieron que dormir juntas a lo largo de los siglos para producir un hombre con una genética tan perfecta. O tal vez era la forma estúpida en que se mantenía en tan buena forma - quiero decir, vamos, ¿quién necesita que su cuerpo luzca como si se estuviera tratando de salir de la ropa para mostrar cada uno de sus músculos perfectamente moldeados?

Había decidido, en un momento muy extraño, darle una oportunidad el primer día que se mudó. Es importante notar que mi decisión no tuvo casi nada que ver con lo bien que se veía o con cualquier fantasía extraña que pudiera haber tenido sobre él. No fue nada de eso. Sólo pensé que sería un buen vecino. En lugar de mi mirada habitual, simplemente miré hacia su lado y esperé a que se presentara. Incluso le hice uno de esos sutiles asentimientos de cabeza que veo que los chicos se hacen el uno al otro. Había visto tanto la inclinación de la barbilla hacia arriba como la variación de la inclinación de la barbilla hacia abajo, así que elegí una.

No esperaba mucho a cambio. Tal vez una respuesta igual de regreso. Tal vez una sonrisa. Tal vez que me arrastrara a su habitación porque nunca había visto una belleza tan salvaje como yo.

Pero me ignoró por completo. Ni siquiera contacto visual. Nada. Así que, el karma estaba en marcha.

¿Quería ser perfecto? Tal vez quería llevar un cartel alrededor de su cuello que dijera ‘mi vida es mejor que la tuya’. Bien. Podía hacerlo. Pero si me esfuerzo por mirarte fijamente cuando te veo, más vale a que al menos me des una inclinación de cabeza.

Ese fue el error número uno.

Su siguiente error fue seguir pareciendo como si tuviera un alijo de la suerte del universo de Harry Potter escondido en su apartamento, como si cada día de su vida fuera una serie interminable de coincidencias perfectamente

afortunadas. Se le veía en los ojos.

Pero los detalles no son lo que importa. Lo que importaba era que me irritaba. Así que había estado esperando agresivamente a que el universo se diera cuenta de que le debía unos treinta años de mala suerte, todo en un solo momento. No quería que le pasara nada grave, pero me habría alegrado el día si lo hubiera visto caer de bruces una vez. Incluso me conformaría con una lesión ósea. Tal vez su inodoro podría inundar su apartamento de mierda. Lo que sea, de verdad.

Me había sentido como una sombra bajo el glorioso rayo de luz que era su vida desde el día en que se mudó, y ya había tenido suficiente.

Era martes, lo que significaba que probablemente me encontraría con él antes de llegar a mi apartamento. Puede que haya tenido una vaga idea de la hora en que regresaba al complejo de apartamentos después del trabajo, pero no es como si yo fuera una acosadora. El hombre seguía su vida como un reloj.

Salí de mi apartamento alrededor de las cinco, no porque quisiera encontrarme con él, sino porque era cuando tenía que salir para llegar a tiempo a mi destino. Tardé unos dos minutos en llegar desde las escaleras hasta el buzón, así que él estaba entrando justo cuando yo estaba saliendo de la escalera.

No se vestía ostentosamente. Gafas de sol baratas, camiseta azul descolorida y vaqueros. Por supuesto, hacía que todo pareciera de un millón de dólares, lo que me hizo querer hacerle tropezar. Si el karma no iba a hacer el trabajo, me encantaría ayudar a que las cosas tomen su rumbo.

Los buzones para los residentes se ubicaban en la pared y estaban diseñados para gigantes. Yo medía 1,65 metros, pero tenía que pararme de puntillas para girar la llave de mi buzón y meter la mano dentro. El buzón del Sr. Perfecto estaba justo al lado del mío. Él no tenía problemas para alcanzar el suyo mientras yo trataba de mantener algo de dignidad en mis puntas de los pies y con mi cara aplastada contra la pared. Saqué un paquete sorprendentemente grande de mi buzón.

Ambos salimos de nuestras casillas con paquetes en las manos: el mío era una caja beige discreto, y la suya era una caja rosa muy femenina con una cinta blanca y sedosa para mantenerla cerrada.

—Bonito paquete —dije. Me sorprendió un poco oír mi propia voz. Pensé que mi cerebro y mi cuerpo habían acordado una táctica pasivo-agresiva estricta, pero tampoco estaba dispuesta a disculparme por lanzar un pequeño sarcasmo en su camino.

Se volvió para mirarme con una ceja levantada. Dios. El tipo era guapo. Fue casi repugnante, como si no estuviera satisfecho con el buen aspecto de estrella de cine que tenía. No, tuvo que seguir subiendo en la lista hasta ser perfecto. Ni siquiera se le podía llamar excesivamente perfecto al punto de ser aburrido, porque parte de su perfección era precisamente la imperfección en los puntos correctos, como sus cejas que eran demasiado oscuras o demasiado gruesas, pero que de alguna manera armonizaban en su cara. Luego estaba su nariz. Nunca había pasado mucho tiempo estudiando la nariz de un hombre, pero era una nariz bonita. Dignificada. Noble, incluso. Era una nariz que me hizo preguntarme si de alguna manera me había convertido de repente en una ‘especialista en narices’. ¿Eso existe?

—El tuyo es más grande —dijo, asintiendo hacia el paquete que tenía en mis manos.

Había una nota juguetona en su voz que me hacía luchar para suprimir una sonrisa. Normalmente no tenía que luchar para no sonreír. Todo eso de no ser muy simpática era algo natural. Tampoco me ponía nerviosa con los chicos, así que la sensación extraña e incómoda en mi estómago debe haber sido lo que intensamente odiaba a este ser.

—Sí, bueno, el consolador que pedí era extra grande. —Le di a la caja un poco de inclinación y lo miré con ira.

Se rio. Era un sonido profundo y rico—. ¿Debo enviar a los paramédicos al otro lado del pasillo si no sales de tu apartamento para mañana?

—No —dije. —Envía un plomero.

Volvió a reír, y me vi a mí misma casi sonriendo mientras lo miraba a él y a sus dientes blancos y bien arreglados. —No te distraeré. Grandes planes. Lo entiendo.

—Sí, planes extra grandes —murmuré antes de girarme y subir las escaleras. Qué imbécil. Podía fingir todo lo que quisiera ser encantador y agradable, pero nunca se había presentado ante mí. ¿Sólo enciende el encanto cuando hablo de consoladores enormes? Probablemente es un perverso...

En realidad, había ordenado un consolador, pero era uno de tamaño normal, y él no necesitaba saber nada de eso. Tampoco suscribí la idea de que poseer un respetable arsenal de juguetes sexuales tuviera implicaciones sobre tu vida sexual o la falta de ella. Podrías hacer el trabajo a mano, tener buenas herramientas, o llamar a alguien para que lo haga por ti. ¿Yo? Prefiero estar preparada con un buen equipo.

Una vez que volví a mi apartamento, pasé unos minutos más maltratando el

paquete porque era demasiado perezosa y terca para caminar cinco pasos hasta la cocina por las tijeras.

Esperaba encontrar mi cita de pulgadas de largo y dos de ancho para esta noche.

En vez de eso, solo había un sobre.

Lo tomé y lo volteé. Un par de tarjetas de plástico se cayeron, pero el paquete de papeles de adentro se atascó. Si esta era una nueva táctica de correo no deseado, estaba funcionando, porque mi curiosidad estaba en su apogeo.

Roosevelt, mi gato, también estaba interesado. Era una raza de munchkin, que era básicamente el corgi del mundo de los gatos: piernas muy cortas en un cuerpo de tamaño normal. Se podría argumentar que era un poco confuso criar un gato con patas cortas y rechonchas. Si alguna vez salieran a la naturaleza, probablemente perderían las peleas callejeras con otros gatos porque no tendrían el mismo alcance, o lo que sea. Pero también se podría argumentar que era completamente increíble.

Tomé una de las cartas que se habían caído y entrecerré los ojos ante la foto. Era la licencia de conducir de mi vecino. ¿Ted Smith? Supongo que me equivoqué en el juego de nombres, pero Ted era casi peor. Imbécil.

Tiré la tarjeta de vuelta a la caja y pensé largo y tendido. Abrir el correo de alguien por error era bastante perdonable, pensé. Así que, hasta este punto, no me sentía demasiado culpable. Por otro lado, si me meto en los papeles del sobre, puede que tenga que empezar a sentirme mal. Gruñí enojada y cerré las solapas de la caja. Cualesquiera que fueran los secretos que Ted Smith tenía, no me importaba lo suficiente como para someterme a la pequeña dosis de culpa que sentiría al escarbar en su correo a propósito.

Alguien golpeó fuerte en mi puerta. Le rasguñé la barbilla a Roosevelt y luego fui a ver quien era.

Arreglé cuidadosamente mi cara antes de abrir. Reflejaba algo como ‘has interrumpido algo extremadamente importante’, pero tan pronto como vi a mi vecino en la puerta, mi expresión se quedó en blanco.

Estaba sosteniendo un consolador, mi consolador púrpura que tenía unas venas muy bonitas y prominentes trabajadas en el molde. Normalmente, me habría tomado un momento para apreciar y disfrutar de la artesanía. Molde sólido. Buen acabado en la silicona, y una gran base con capacidad de succión. Todo lo que una chica puede soñar. Profundo.

Probablemente me debí sentir avergonzada, pero hace mucho tiempo

aprendí que era mejor ser dueña de tu vergüenza que esconderse de ella.

—Oh bien. Encontraste mi cita —le dije, cogiendo el consolador de su mano. Enfaticé mi punto al golpear la ventosa en la parte posterior de las bolas contra el marco de la puerta donde se atascó y luego comenzó a tambalearse amenazadoramente entre nuestros ojos.

Me miró con una leve distracción. —Tu cita encontró el camino a mi buzón. Me preguntaba si también recibiste mi paquete.

—Creo que sabría si tuviera tu paquete.

Él no parecía pensar que mi juego de palabras era divertido. Tenía los brazos cruzados de tal manera que sus bíceps y pecho se veían lamibles, aunque pensé que preferiría morderlos. Tipos como él tenían suficiente placer en sus vidas, después de todo.

—¿Estás segura? —preguntó. Había tensión en su voz.

Por alguna razón, su tono me hizo querer mentir sobre mi descubrimiento. Tal vez el universo finalmente había encontrado una manera de lanzarle al Sr. Perfecto una muy merecida bola curva. A menos que tener a sus padres llamándolo 'Ted Smith' fuera su único intento de equilibrio. Tal vez vio dentro de mi oscuro y retorcido corazoncito y supo que yo era la cómplice perfecta.

Crucé mis brazos hacia él y le hice un encogimiento de hombros digno de un premio de la Academia. —Sí. Bastante segura. Acabo de comprar comida para gatos. Tal vez no tenían suficiente espacio para poner los dos paquetes en mi buzón, así que metieron mi consolador en tu agujero.

Sus fosas nasales se abrieron un poco. Eran bonitas fosas nasales si eso era posible, y ver un poco de ira en su cara solo parecía hacerle parecer más intocable, como un dios. Tenía el pelo oscuro y ojos gris claro. Su piel estaba un poco pálida, pero eso me gustó. Significaba que al menos no se pavoneaba afuera, flexionando sus músculos, o peor aún, engrasándose y deslizándose dentro de una de esas cámaras de radiación que ellos llaman camas de bronceado.

Después de una larga y tensa pausa, suspiró. —Si aparece, ya sabes dónde encontrarme.

—Claro. —Golpeé el consolador, lo vi tambalearse, y luego lo arranqué del marco de la puerta con un agarre a dos manos. Hizo un vulgar ruido de schlup mientras lo liberaba. —Gracias por traer a mi cita de vuelta, por cierto.

Volvió a suspirar y cerró la puerta. Mi puerta. ¿Qué clase de persona cierra la puerta de otra persona para terminar una conversación?

Miré al consolador con el ceño fruncido, como si tuviera las respuestas

para mí. Lo lancé aún más enojada hacia el sofá, lo que desafortunadamente puso a Roosevelt en su camino directo. Soltó un pequeño grito de guerra asustado mientras se apartaba del camino.

Tomé el grueso sobre que había dentro de la caja una vez más, dudé, y luego volví a meter los papeles sin mirar. Lo siento, universo. No quiero ser arrastrada a esto.

## CAPITULO 2

### CARL

Comprobé dos veces el correo electrónico de mi teléfono. El paquete había sido entregado esta tarde. O la chica del otro lado del pasillo estaba mintiendo, o se había metido en el buzón de otra persona. No había manera de comprobarlo a menos que quisiera perder la tarde sentado en el vestíbulo mientras miraba a cada persona revisar su correo. Incluso eso no tenía sentido porque no sabía de qué tamaño o tipo de caja era, o si había sido retirada más temprano en el día.

Nada de eso importaba.

Sabía en mis entrañas que la vecina lo tenía. No podía imaginarme cuál era su problema. Desde que me mudé, ella no ha hecho nada más que quedarse mirándome fijamente. Era como si ella lo supiera, como si de alguna manera viera a través de mí y las mentiras endebles en las que me había envuelto en las últimas semanas. No era inconcebible, después de todo. La mezquindad de mi hermanastra tenía muy pocos límites, y no descartaría que sobornara a gente al azar en toda la ciudad para que estuviera atenta a alguien que coincidiera con mi descripción. La vecina podría estar mandando un mensaje a Tanya sobre el paquete ahora mismo.

Me hundí en el borde de mi cama y rastrillé mis manos a través de mi cabello. Todavía estaba esperando que alguien me dijera que los últimos meses habían sido un mal chiste. Mi hermanastra siempre había estado loca, pero sus recientes payasadas opacaban todo lo que habíamos vivido en el pasado.

No quería pensar en ello. Nada de esto.

Si sigo escondiéndome y pasando inadvertido, se calmará. Defenderse o hacer un gran escándalo sólo prolongaría la frustración. Si no le daba municiones nuevas, se aburriría como siempre, y podría volver a mi vida normal. No más de estas ridículas distracciones o juegos a los que me había forzado a jugar. Me sentiría libre para concentrarme en mi compañía de nuevo, aunque incluso esa idea se sintiera vacía en este momento. La compañía había sido mi única preocupación durante años, y tener que retirarme de ella, aunque fuera temporalmente, me estaba haciendo cuestionar por qué estaba dejando de

lado toda mi vida por mi trabajo.

Hice todo el dinero que podía necesitar. Había logrado los objetivos que me había propuesto. Era muy bueno en lo que hacía, y no había ningún imperativo para mí de seguir esforzándome por ser mejor, pero me sentía obligado a volver a la oficina, al trabajo y a la competencia. Ninguna relación había sido capaz de ganar contra esa compulsión, pero cada día que pasaba escondiéndome me hacía cuestionar aún más mi dedicación. Tal vez era hora de relajarse, de soltar el peso y liberarse un poco.

Alguien llamó a mi puerta.

Me apresuré en ira ver de quien se trataba y cuando abrí la puerta, encontré a la chica del otro lado del pasillo que estaba allí de pie, viéndome con la mirada perdida por sus ojos cubiertos de lápiz de ojos. —Aquí está tu estúpido paquete. Resulta que tu nombre estaba en él. Whoops.

Como era de esperar, no parecía ni remotamente arrepentida. Su voz tenía una cualidad de inexpresiva que no coincidía con la mirada que tenía en los ojos, como un desafío constante, un reto de algún tipo, pero cualquiera que fuera el desafío, no podía ni siquiera empezar a adivinarlo.

Mi corazón se hundió cuando vi que el paquete estaba abierto. No me atreví a preguntarle si había leído el contenido del sobre, así que intenté mirarla fijamente. La mayoría de la gente no se sentía cómoda con el silencio, especialmente cuando se combinaba con el contacto visual. Era la manera más rápida de juzgar la fuerza del carácter de alguien, en mi opinión. Así que cuando pasaron diez segundos y luego veinte, sin que ella siquiera se apartara de mi mirada, decidí que su apariencia dura no podía haber sido una actuación después de todo.

—Gracias. —Dijo de una manera tan seca y desinteresada después de medio minuto. —Eso es lo que dices cuando alguien hace algo bueno por ti. — Le dio a la caja un fuerte empujón hacia mí y se dirigió hacia su puerta.

—Espera. ¿No miraste dentro? —le pregunté.

—Lo creas o no, no me importa saber qué clase de cosas raras te envían por correo —dijo.

Saqué el sobre y vi que el sello estaba roto en la solapa—. ¿Entonces por qué abriste esto?

Esos ojos marrones profundos de ella se alejaron de los míos y luego volvieron de nuevo. Era la primera señal de debilidad que había mostrado, y me ayudó a saber que era humana bajo el muro de desinterés que estaba mostrando.

—¿Por qué abriste mi caja de consoladores? —respondió ella.

—Pensé que era mía —dije con los dientes apretados, aunque sabía que me estaba preparando para lo que estaba por venir.

—Boom —dijo, enfatizando la palabra con un movimiento perezoso de sus cejas. —También pensé que tu estúpida caja era mía. ¿Alguna otra pregunta científica?

Entrecerré los ojos.

—No te creo. Y no me importa —dije.

Crucé los brazos y esperé.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Crees que me voy a desmayar sólo porque tienes los ojos brillantes y te haces el ofendido?

Esta vez rompió rápidamente el contacto visual, e incluso se movió el dobladillo de su camisa antes de volver a mirarme. Poco a poco fui ganando la batalla de las voluntades, y me encontré disfrutando de la contienda tácita que escondían nuestras palabras. Ya me había dado cuenta de que no era como las mujeres que antes no me interesaban. Una especie de chispa acechaba detrás de sus fríos ojos, y mentiría si dijera que no sentía curiosidad por su historia. Quería saber cómo alguien tan bella terminó siendo tan cínica y oscura.

Ella era bonita. Piel de porcelana y pelo negro tinturado. Sus rasgos eran suaves y femeninos, con un mentón que llegaba a un punto casi puntiagudo. Tenía una personalidad llena de bordes afilados, por lo que pude ver, y parecía apropiado que su cara tuviera al menos los rasgos punzantes a juego.

Pero la parte de ella que más me fascinó fue su boca. Parecía tener un control casi total sobre sus expresiones faciales, y por la razón que fuera, aparentemente quería mostrarle al mundo otra imagen de sí misma. Podría respetar eso. Sabía lo de esconderme. Sabía lo de ponerme una máscara, y no sólo desde la mierda de mi hermanastra.

Pero su máscara no era perfecta. Esos labios carnosos tenían una tendencia a moverse a veces. Para un observador descuidado, no parecería nada. Para mí, parecía su risa asomándose. Cuando presioné sus botones, hubo un indicio de tensión que hizo que sus rasgos se volvieran hacia adentro. Otra vez, apenas perceptible, pero como una mirada para mí.

Levantó la mano de una manera que decía ‘lo que sea, ya lo superé’, y luego se giró para irse de nuevo.

—Cena conmigo —le dije.

Se detuvo justo al otro lado, frente a su puerta, la que sostenía con un libro maltratado. Cuando habló, ni siquiera se giró para mirarme.

—¿Por qué haría eso?

—Porque creo que miraste dentro de mi paquete, y creo que me dirás la verdad si te ablando con un poco de vino.

—¿Vino? —Seguía de pie con la mano apoyada en la puerta, con la cabeza ligeramente hacia abajo. —Sólo como carne cruda y ensangrentada. Así que será un duro NO de mi parte.

—Luego comeremos carne cruda y ensangrentada. A mí no me importa. Sólo di que sí.

Se movió dentro de su apartamento y finalmente se volvió para mirarme, pero sólo mostrando su cara entre la puerta y el marco. Era la primera vez que veía algo parecido a una verdadera sonrisa en su cara, pero era una torcida.

—Tal vez, pero en realidad tengo planes para esta noche. Siete pulgadas de planes. —Sacó el libro del camino de la puerta, y se cerró por sí sola. Me dejó de pie en el pasillo, sintiendo que de alguna manera me había superado en un juego que no había aceptado jugar. ¿Qué demonios...?

También había una sensación de tambaleo en mi pecho, casi como si estuviera parado al borde de un enorme acantilado mirando hacia abajo. ¿Era miedo? ¿Anticipación?

Quería gritar de frustración. Lo único en lo que debería haberme concentrado era en mantener la cabeza agachada y aguantar las próximas dos semanas o incluso meses. El tiempo que mi hermanastra tardara en darse por vencida. Quería sabotear mi vida y mi reputación, así que me fui de incógnito. Dejé atrás mi apartamento, mi oficina y mi vida normal. Todavía podía manejar mi trabajo a distancia, aunque fuera un dolor en el culo.

Así que tenía suficiente en mi plato como para dejar que la chica del otro lado del pasillo se deslizara hacia mi cerebro. Pero eso era exactamente lo que estaba haciendo. Tal vez estaba tan acostumbrado a que las mujeres cayeran a mis pies que ella había captado mi interés desde el primer indicio de resistencia que mostró. O tal vez era mi tipo. Lo más probable es que fuera una combinación de ambas.

Estaba buscando una cerveza en mi nevera cuando me di cuenta de que acababa de admitir que estaba volviendo a su apartamento para divertirse con el consolador que le había devuelto. La sensación de caída y vacío en mi estómago surgió con una ola de calor. El pensamiento de lo que estaba haciendo mi vecina sarcástica con una afición por el humor negro hizo que se me vinieran a la cabeza las ideas equivocadas.

Era sólo el último y ridículo desarrollo de una larga lista de episodios

ridículos, y estaba empezando a preguntarme seriamente si estaría mejor si dejara que mi hermanastra ganara. Sólo era dinero y orgullo, después de todo. Pero por otro lado, ¿qué más tenía?

## CAPITULO 3

### GIULIA

Suspiré desde lo más profundo de mi alma. Para algunas personas, un suspiro era una llamada de ayuda. Querían que el espectador preocupado se inclinara y dijera: —Oh, pobrecita, ¿qué te pasa?. —Para mí, un suspiro era más como un disparo de advertencia. Decía que estaba tambaleándome en el borde de la tolerancia, y que no estaba de humor para aguantar la mierda de nadie. El mundo era cruel, y yo también lo sería si me provocaban.

Estaba en el trabajo. Mi cargo oficial era ‘secretaria’. Cuatro años de universidad, veinticinco años de poner los ojos en blanco ante la idea de trabajos degradantes e insultantes que ponen a las mujeres en roles arcaicos y serviles a los hombres, y esto. Secretaria.

Realmente lo había clavado.

Resultó que la mayoría de las exitosas empresarias que yo admiraba habían llegado a la cima de sus campos a través de talento excepcional, buena suerte o conexiones familiares.

Yo era cero en esas tres. Hasta ahora.

Nunca había sido la chica más talentosa de la habitación, o particularmente afortunada. Y las únicas conexiones familiares que tenía eran algunos recuerdos desagradables y extrañas rarezas de personalidad que definitivamente apuntaban a mi extraña educación. Una cosa que tenía a mi favor era la obstinada determinación de seguir intentándolo, incluso frente a probabilidades imposibles.

Así que estaba esperando mi momento. Sí, estaba sentada fuera de la oficina que quería mandar un día, pero también estaba usando mis fines de semana para obtener una maestría en negocios, un hecho que nunca admitiría, incluso bajo tortura. No me gustaba que la gente supiera mis asuntos personales. Había tenido una infancia llena de mis padres tratando de microgestionar mi vida. Ahora que estaba por mi cuenta, no iba a darle ni una pizca de control a nadie más. Si no conocían mis sueños, no podían tratar de dictar cómo debía llegar ahí.

En cuanto a la gente, mi jefe estaba bien. Eso también era algo que nunca admitiría en su cara. Terminaría siendo yo quien tuviera que llamar a una

empresa para que agrandaran todas las puertas del edificio para que se ajustaran a su hinchada cabeza si alguna vez le hacía un cumplido. A veces pensaba que no tenía ni idea de nada más que de sí mismo, y otras veces pensaba que, bajo su apariencia exterior, a menudo torpe y fácil de llevar, era en realidad una especie de genio malvado.

Austin Stanley.

Él y su hermano gemelo, Rene, eran dueños de Galleon Enterprises, y yo tenía la desgracia de trabajar como su... lo que sea que yo fuera. Dios sabía que apenas me usaba para el trabajo normal de secretaria. En todo caso, yo era su antisecretaria. En lugar de ayudar a la gente a ponerse en contacto con él y organizar reuniones, se suponía que yo debía ayudarlo a evitar a todos y a todas las reuniones. Incluso parecía fomentar la pereza y mi actitud indiferente en el trabajo.

Austin y su hermano estaban casados, pero eso no impidió que todas las mujeres solteras de la gran compañía hablaran abiertamente de lo mucho que desearían tener tiempo a solas con los hombres. Las opiniones estaban bastante divididas sobre cuál era el objetivo más popular. Las mujeres que eran más empaquetadas y de 'Tipo A' parecían codiciar a Rene y su búsqueda obsesiva de la perfección en todas las cosas. A las mujeres del 'Tipo B' —les gustaba Austin y su personalidad salvaje e impredecible.

Pensé que todas eran idiotas. Austin y su hermano eran entretenidos, pero completamente locos.

Austin abrió la boca para hablar, pero el teléfono de escritorio sonó.

Mis ojos se fijaron en el aparato. Era un teléfono elegante, de color carbón con muchos botones que todavía no había descubierto para qué servían en mis cuatro años de trabajo aquí.

—¿Vas a contestar? —preguntó.

—No. Limpié todas las huellas esta mañana.

—Correcto —dijo. Dio dos pasos con sus largas piernas hasta mi escritorio y se inclinó hacia adelante con una mirada conspirativa en su cara. Levantó el teléfono y lo dejó en su sitio para silenciar el timbre, lo que también dejó un nuevo juego de huellas en él. —Escucha. Tengo que pedirte un favor. Sé que no te gusta mucho lo del trabajo. Pero te daré lo que quieras si me haces un favor esta noche. Es una fiesta de la compañía, y necesito un infiltrado que me avise si aparece este idiota que conocí en la secundaria.

—Lo siento. No me contrataste para ir a fiestas.

—Sí, ¿para qué te contraté? Lo sigo olvidando —dijo.

—Ignoro a la gente que trata de hablar contigo, así no tienes que hablar con ellos.

Me dio dos palmaditas en la cabeza y sonrió. —Y eres buena en eso.

Le di una bofetada en la mano y le advertí con un gruñido.

Sonrió. —Causas el efecto del perro enojado que encadeno frente a la casa. Me hace parecer más intimidante —dijo.

—Sí, porque soy tan aterradora. —Lo miré a los ojos y no parpadeé.

Asintió con la cabeza y me señaló—. ¿Ves? Eso es exactamente de lo que estoy hablando. Entonces, ¿esta noche? ¿Puedes hacerlo? Te daré, no sé, ¿cuánto es una cantidad razonable de dinero por tres horas de trabajo extra? ¿Mil dólares?

—Más bien diez —dije.

—Vale, lo que sea. Diez, entonces. ¿Puedes hacerlo?

Suspiré. —Diez mil dólares no es una cantidad razonable de dinero por tres horas de trabajo. Lo haré por mi paga normal, pero sólo porque habrá alcohol. Mierda. Espera... —Miré al techo y traté de decidir si realmente quería decir lo que estaba a punto de decir. Pensé en la forma en que me latía el corazón cuando el Sr. Perfecto me pidió que fuera a cenar con él, y supe que no podía resistirme. —En realidad hay un problema. Puede que haya acordado una cita para esta noche. Quiero decir, solo dije ‘tal vez’, pero estaba pensando en cambiarlo por un ‘sí’. Me prometió carne cruda —agregué como si eso lo explicara todo.

Austin dio un paso atrás y mantuvo la boca abierta en una estúpida forma de ‘O’ que debería haber parecido ridícula, pero el hombre había sido bendecido con rasgos elegantes, así que aun así se veía bien.

—¿Una cita? ¿Mi Giulia? ¿Una cita? Oh, Dios mío. ¿Qué nos vamos a poner? Tengo que llamar a mi esposa. Jessie necesita saber sobre esto. ¿Esto es algo así como un cambio de imagen? Definitivamente, ¿verdad? No, espera, ¿El tipo... es... como tú?

—¿Qué quieres decir con como yo? —pregunté.

—Ya sabes —dijo, señalando mi ropa y poniendo una cara extraña y constipada. —Más o menos, bueno, de la forma en que eres. Eres muy especial —dijo finalmente, como si hubiera encontrado la forma perfecta de expresarlo.

—Él no es como yo, no —le dije. —Se parece más a tu hermano, tal vez.

Austin se amordazó espontáneamente. De hecho, sonaba lo suficientemente convincente como para dudar de que fuera un montaje—. ¿Rene? ¿Aceptaste

una cita con un OCD, un poste telefónico en el culo, un horrible sentido del humor, la peor mitad de un par de gemelos?.

—No. Quiero decir, no sé cómo es, aún no lo he mirado bien. Sólo quiero decir que se parece más a Rene. Apenas lo conozco. Mi consolador fue entregado en su buzón y su paquete en el mío. Así que me invitó a comer. O a cenar. O lo que sea.

Austin se cruzó de brazos y se pellizcó la barbilla mientras caminaba en un pequeño e inquieto círculo como si estuviera en medio de descubrir algún gran misterio. —Lo primero es lo primero, Giulia. La próxima vez que me hables de tus asquerosos pasatiempos sexuales, estás despedida. No necesito saber qué clase de engendro diabólico te metes, ¿de acuerdo?

—Siete pulgadas —dije lentamente. —Púrpura. Venas gruesas...

—¡Para! —Agitó la cabeza y apretó los dedos contra su sien. —Más importante aún, hay una gran oportunidad para insinuaciones aquí. Te das cuenta de eso, ¿verdad? ¿Su paquete en tu buzón? Incluso se podría decir que él...

—Ya he cubierto todo eso —suspiré.

Parecía un poco irritado, pero se recuperó rápidamente. —Pero no lo entiendo. ¿Cómo haces para que le envíen tu consolador por correo y te pida una cita?

—¿Quizás lo encanté? O tal vez pensó que yo era bonita.

Austin se rio y dijo: —No tiene sentido —como si no se hubiera dado cuenta de que lo hubiera dicho en voz alta—. ¿Asesino en serie? Eso es siempre lo primero de lo que tienes que preocuparte como mujer, ¿verdad?

—Totalmente. Tal vez sí sea un asesino en serie, y podremos comparar notas. Ahorraremos electricidad usando el mismo congelador para almacenar los cuerpos.

Austin entrecerró los ojos. —La parte aterradora es que ni siquiera sé si es una broma. Y no quiero saberlo, porque si supiera la verdad, probablemente sería el siguiente en tu lista.

—Tal vez ya lo eres —usé un tono cantado.

Ignoró mi amenaza. Austin me había conocido lo suficiente como para aprender que yo era más ladradora que mordedora, pero al menos sé que sigue teniendo miedo de mi mal humor. —Una cosa es obvia. Necesitamos saber más sobre este ‘hombre’. Hábitos. Horario. Manierismos. Aficiones. Trabajo. Necesitamos saberlo todo, y rápido. No puedo tenerte en una cita con él hasta que sepamos más.

—Maldita sea. Si tan sólo hubiera una forma fácil y obvia de averiguar rápidamente sobre alguien. Como alguna antigua costumbre social en la que tal vez se comparta una comida y unas copas, hablar de las cosas triviales, como los gustos, signo zodiacal, cerro o playa, y ese tipo de cosas.

—Olvida las hipótesis, Giulia. Sé lo que tenemos que hacer. Espera.

Desapareció en su oficina. Cuando regresó unos minutos después, sostenía un par de gafas de alta tecnología, algo de ropa negra y algo que parecía un megáfono, pero con un bol de plástico transparente y un micrófono en el centro. Lo dejó en el escritorio frente a mí.

—Este es el plan. Usarás toda esta mierda, es increíble. Lo espíarás. Si es un cretino, dirás que no. Si es normal, harás la cita. Te mantendré el trabajo abierto esta noche, por si acaso. —Golpeó mi escritorio dos veces con el dedo y guiñó el ojo. —De nada.

—¿Puedo preguntar por qué tienes todo esto?

—No, porque para explicarlo necesito contarte detalles íntimos sobre la maravillosa y robusta vida sexual que tengo con mi adorable esposa.

—Te prometo que no volveré a hablar de consoladores si prometes no volver a hablar de tu robusta vida sexual. Nunca más.

—Trato hecho.

Agité la cabeza con todo el equipo—. ¿Al menos, no sé, lo higienizaste todo?

—Por supuesto que lo hicimos. ¿Qué clase de bárbaros crees que somos?

—Esto es un nuevo bajón, Austin. Incluso para ti. ¿En serio crees que voy a acosar a este tipo sólo para tener una excusa para usar algunos de estos artilugios?. —Pasé mi dedo por las elegantes y brillantes gafas de visión nocturna. —Incluso si son aparatos de alta tecnología realmente geniales. ¿Qué crees que tengo catorce?

# CAPÍTULO 4

## CARL

Tomé un café del barista y eché un vistazo rápido y casual alrededor de la cafetería antes de sentarme con mis socios de negocios, Dan y Marcus.

—¿Llamas a esto vestirse discretamente? —pregunté mientras me sentaba.

Dan se tocó el cuello de la camisa hawaiana y se mostró ofendido: —Así es como se viste la gente de vacaciones. Soy un turista —dijo.

Dan era mi medio hermano, y ambos teníamos los rasgos angulosos de mi padre, junto con los hombros anchos y las piernas largas. Después de eso, las similitudes se detuvieron. Mi pelo era oscuro, y el suyo era rubio como el de su madre. Mis ojos eran grises, y los suyos marrón claro.

Marcus era una montaña de un hombre que, curiosamente, había empezado como interno en la empresa hace unos años. No lo creerías si lo miraras. Parecía como si hubiera atravesado unas cuantas paredes, hubiera mirado a alguien a cargo y le hubiera exigido ser copropietario del negocio. Tenía un ligero trasfondo criminal, pero traté de no detenerme demasiado en eso.

Marcus llevaba una camiseta que se estiraba para adaptarse a su cuerpo y un par de pantalones de chándal junto con una gorra negra y gafas.

Le quité las gafas de la cara y el sombrero. —Intentar con demasiada fuerza no llamar la atención te hace notorio —le dije. Miré a Dan y sólo podía mover la cabeza. —Y así no es como se visten los turistas en Nueva York. Llevan camisetas de ‘I Love New York’ o algo así. Además, vestirse como un neoyorquino es mucho menos notorio que vestirse como un turista, idiota.

Marcus solo se encogió de hombros, pero Dan tenía una expresión amarga.

—Tal vez soy un turista de Florida. ¿Alguna vez pensaste en eso, genio? —Preguntó Dan.

—¿Podemos hablar de negocios? —pregunté. Volví a mirar por encima del hombro, aunque no estaba seguro de lo que esperaba ver. Si Tanya tenía a alguien siguiéndome, dudaba que llevaran una gabardina, un sombrero de fieltro y que fingiera leer un periódico. Podría haber sido cualquiera de las docenas de personas tomando café, trabajando en computadoras portátiles o comiendo bagels.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir así? —Preguntó Marcus. Tenía una voz

grave, como rocas rozándose entre sí.

—Hasta que sepa que ha terminado de joderme.

—Podría intentar hablar con ella de nuevo —sugirió Dan. —Es mi hermana, aunque me odie.

Mi padre decidió hacer mi árbol genealógico lo más confuso posible al tenerme con su primera esposa, volver a casarse cuando tenía dos años y tener a Dan con su segunda esposa, que ya tenía una hija de un matrimonio anterior. Al final, terminé con Dan, mi hermanastro, y Tanya, mi hermanastra, que también era la hermanastra de Dan.

Todos habíamos crecido juntos desde una edad temprana, y desde que yo tenía memoria, Tanya siempre había tenido un interés enfermizo en mí. Teníamos casi exactamente la misma edad, lo que significaba que no podía escapar de ella durante toda la escuela.

—Ella te odia como yo odio las arrugas de mis calcetines —le dijo Marcus a Dan.

Lo miré fijamente—. ¿Qué? —pregunté.

—Ya sabes, —dijo él—, cuando tienes ese pliegue en tus calcetines, y se siente como un pequeño bulto bajo tu pie todo el día. Es lo peor.

—¿Alguna vez se te ocurrió que podrías quitarte el zapato y arreglarlo? —Le pregunté.

—Ya basta, quiso decir que ella te odia como yo odiaría que me apuñalaran —agregó Dan.

—¿Qué clase de persona sólo odia que la apuñalen?.

Dan me miró con indefensión. Me encogí de hombros. Marcus era muy bueno en lo que hacía por la compañía, pero hacer bromas no era uno de sus puntos fuertes.

Nuestra empresa vendió paquetes de inversión a grandes asesores financieros e incluso a gestores de fondos de cobertura. Normalmente, los asesores y gerentes elaboran sus propios paquetes de inversión, pero ese era nuestro giro en la industria. Lo hacíamos mejor, y teníamos los datos para probarlo. Sus clientes estaban más contentos, y nosotros sólo tomamos una pequeña parte, así que todo el mundo estaba feliz.

En lugar de tomar porcentajes e incentivos, reunimos las carteras de vanguardia mes a mes y las vendimos por una prima. Teníamos uno de los mejores registros en el negocio, y sólo estaba mejorando. Siempre había tenido olfato para las acciones, y ahí fue donde llegó mi contribución a la compañía. Junté los paquetes todos los meses, y me rompí el culo investigando

todas las opciones posibles. La mayoría de las carteras prometían un rendimiento del cinco o siete por ciento, pero nos propusimos el diez por ciento. No fue fácil, pero me gustó el desafío, y rara vez había tenido un mal mes desde que empezamos.

Dan era nuestro vendedor. Necesitaba mucha estructura y orientación para mantenerse concentrado en el trabajo, pero cuando prestaba atención, podía venderle aire a un pez. Marcus, a pesar de su aspecto, era básicamente un genio en lo que se refiere al diseño de software. Él había tomado lo que yo había hecho y lo había convertido en un programa intuitivo que podíamos vender como un servicio mensual. Yo hice las selecciones, y todo lo que nuestros clientes tenían que hacer era permanecer suscritos para ser alimentados cada mes con el nuevo paquete de selecciones de acciones premium.

Juntos, formábamos un muy buen equipo.

Le di una unidad USB a Marcus. —Esto es para enero. —Miré a Dan. —No hagas ninguna promesa si no tienes que hacerlo, pero estoy bastante seguro de que este paquete va a llegar al doce, tal vez hasta al catorce por ciento.

Dan silbó. —Quizá deberíamos hacer que mi hermanita te persiga más a menudo.

Me quejé. —Aún no hemos visto si podremos recuperarnos de todo el daño que nos hizo antes de que yo empezara a esconderme.

—Creo que le estás dando demasiado crédito —dijo Dan. —Solo difundió algunos rumores de mierda y consiguió que algunas revistas escribieran artículos sobre ti. Así que cualquiera que preste atención a esa basura piensa que eres un fanático del sexo, un fanático del BDSM que no puede mantener su verga en sus pantalones. Que eres gay. ¿Y qué? Tal vez traigamos algunas clientas que esperan conseguir una parte de eso. Podríamos hacer que uses un collar con púas o algo así.

—¿Crees que ahí es donde iba a parar? Tanya quiere verme en ruinas. En su jodida cabeza, le hice daño, y no va a parar hasta que piense que ha ganado. O, hasta que se aburra, que es lo que quiero —dije.

Dan sonrió, luego sus ojos se hundieron en la mesa y parecía que estaba a punto de amordazarse.

—Me sorprende que finalmente lo dijera —dijo.

—No están biológicamente relacionados —dijo Marcus. —Podrían tener hijos perfectamente sanos. No veo el problema.

—El problema número uno es que está casada —le dije. —El segundo es

que es mi maldita hermanastra, así que es asqueroso. El tercero es que, aunque fuera soltera y no tuviera parentesco conmigo, no me interesaría. Nunca he conocido a una persona tan naturalmente malvada como Tanya. Mi pene probablemente se volvería negro y se caería si me acercara a ella. Sin ofender, Dan.

—No me ofende. Totalmente de acuerdo con mantener tu pene alejado de sus cosas, solo por precaución.

—Creo que es guapa —Marcus se encogió de hombros.

Dan le golpeó el hombro. —Es mi hermana.

—Lo siento. Creo que tu hermana es guapa.

—¿Algo que necesite saber? —Los interrumpí. —Por el lado de los negocios, quiero decir.

Dan frunció los labios y agitó la cabeza—. ¿Además del hecho de que yo llevo el negocio mientras tú andas a las escondidas con un sombrero de papel de aluminio? No.

—Creo que alguien nos está observando —dijo Marcus.

Me di la vuelta en mi asiento y la vi inmediatamente. Mi vecina estaba de pie en la entrada del café con una expresión de asombro en su rostro. Nos estaba mirando fijamente.

—Yo me encargo de esto —dije, poniéndome de pie.

—¿Seguro que no quieres ayuda? Es linda —preguntó Dan. Los ignoré y me dirigí a la chica.

Hizo un movimiento al estilo militar, girando sobre su talón antes de salir a la acera. Si mi corazón no hubiera estado golpeando mis costillas porque pensé que me había estado espiando todo el tiempo por encargo de Tanya, el ver su caminata rápida podría haber sido cómico.

Tuve que abrirme paso a través de una familia que entraba en el café y luego pelear contra la multitud de afuera, pero por suerte era lo suficientemente alto como para verla mientras ella corría hacia el metro.

La atrapé justo antes de los torniquetes.

—Oye —le dije, agarrándola del hombro y dándole la vuelta para que me mirara—. ¿Quieres decirme por qué me estás siguiendo?

—No te estaba siguiendo. —Sus labios estaban apretados en una delgada línea mientras me miraba con esos desafiantes ojos.

—¿Por casualidad estabas allí? ¿En una cafetería al azar en el extremo opuesto de la ciudad?

—Sí —respondió.

Suspiré—. ¿Y qué es todo esto, entonces? —Le di un tirón a la bolsa verde del ejército que llevaba y que parecía rellena hasta el borde.

Me la quitó, con la mirada perdida. —Son cosas de chicas. Y no deberías tocar las cosas de la gente.

Me incliné un poco más cerca. Había una chispa de fuego en sus ojos que no coincidía con la forma en que ella seguía actuando como si no quisiera tener nada que ver conmigo. Ella me había localizado. Me había seguido. No me creía su historia, y ni siquiera sé si me importaba hacerlo. Lo que quería era saber más sobre ella. Había una historia detrás de la chica morena que escondía su sonrisa, y yo era codicioso por descubrirla. Incluso si resultara que fue comprada y pagada por mi hermanastra, necesitaba saberlo.

Acercar mi cara a la de ella la hizo retroceder un centímetro hasta que tuvo la espalda contra el torniquete y la gente se enfureció al tener que moverse a nuestro alrededor. Tuve mi primera experiencia real de su olor, y fue muy tentadora. Olía dulce como las flores.

Se me erizaron los pelos del cuello.

—¿No debería tocar las cosas de la gente? Según recuerdo, tú empezaste.

—Fue un accidente —soltó inmediatamente. La característica mordedura de sus palabras ahora estaba silenciada.

—Accidente o no, tocaste mi paquete, y ahora no puedo dejar que te vayas.

El rabillo de su boca se movió de esa manera, una sonrisa. Me gustaba que fuera un idioma privado. Era un idioma que pocos entenderían, y me hacía sentir aún más atraído.

—¿Cómo planeas detenerme, Ted?

Sentí como si una mano fría deslizara sus dedos alrededor de mi corazón y me apretara. Ted. Así que ella había mirado dentro del sobre, después de todo. Había una ventaja en la forma en que dijo el nombre, también, como si supiera que era un alias, ¿o me lo estaba imaginando?

—Seducción —le dije—, Tal vez. Aun que estoy tratando de averiguar si puedes ser seducida por algo que no sean siete pulgadas de silicona.

—Siete punto dos —corrigió. —Y supongo que tendrás que seguir intentándolo si quieres saberlo. ¿No lo crees? —Ella enfatizó su punto con un movimiento sutil de sus cejas y luego me empujó hacia atrás con la punta de un dedo contra mi pecho. Deslizó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y la escaneó en el torniquete, que giró y la dejó pasar.

—¿Por qué esa cara tan larga? —preguntó—. ¿No coges el metro? ¿Sin tarjeta?

Saqué mi propia tarjeta y la escaneé. Volví a entrar en su espacio personal y le sonreí—. ¿Fue eso lo más lejos que llegó tu plan para evitarme? Porque no tienes ninguna posibilidad si eso es todo lo que tienes bajo la manga.

—Bueno, esto es muy incómodo ahora. Se suponía que esa iba a ser mi salida suave —me dijo.

—No puedo decir que lo siento —le conteste.

Ella trató de ajustar su bolso en su hombro, pero el broche se abrió y envió el contenido de su bolso derramándose al suelo.

—Mierda —murmuró mientras se arrodillaba y empezó a intentar recoger todo lo que había dentro.

Me incliné para ayudarla e inmediatamente noté una voluminosa pieza de equipo de alta tecnología. Lo levanté y le di una mirada de interrogación—. ¿Qué demonios es esto? ¿Gafas de visión nocturna?

—Soy una observadora de aves —dijo, arrebatándomelas y metiéndolas en la bolsa.

—¿Un dispositivo de escucha? —Le pregunté, sosteniendo otro aparato.

—Los pájaros cantan —dijo en cierto modo.

—¿Cuál es tu raza de pájaro favorita? —Le pregunté.

Se detuvo, y pensé que la tenía, pero luego agitó la cabeza como si hubiera dicho algo estúpido. —Águilas de cola de cuña australianas. Hacen que las Águilas Calvas parezcan maricas. Una cola de cuña te atacará si estás volando en parapente. Se aprovecharán de los canguros. Probablemente podría comerse a un bebé de una mordida. Son muy malas, básicamente.

—¿Dónde aprendes algo así? —Pregunté.

Ella acarició su bolsa. —Observación de aves.

Suspiré. Por mucho que quisiera presionarla por su farol, ya no estaba seguro. Tal vez estaba dejando que la palpitante presión entre mis piernas me cegara ante lo obvio, pero no creí que en realidad estuviera trabajando con Tanya. Tal vez no quería pensar que lo estuviera.

—¿Qué hay de la cena? ¿Sigue siendo un tal vez? —Pregunté.

—Supongo que podría dejar que me lleves a cenar. Si te gusta ese tipo de cosas —dijo.

Levanté una ceja. —¿No es lo que la mayoría de la gente hace?

—Como sea —dijo ella, pero no pudo ocultar la forma en que sus labios estaban prácticamente ansiosos por sonreír. —Pero no esta noche. Tengo una cosa estúpida para el trabajo. Mañana.

Por lo general, sonreír no me resultaba fácil, pero a su alrededor tenía que

evitar sonreír como un idiota la mitad del tiempo. Incluso la forma en que ella dijo—, como sea —era entrañable. Trató de hacerlo sonar desinteresado, pero la curva en la comisura de su boca y el brillo de sus ojos le dieron un significado completamente diferente. Fue jugueteón. Cada vez más, estaba entendiendo su lenguaje, y estaba aprendiendo que ella no era nada de lo que parecía.

Todo el sarcasmo y las palabras secas eran su propio tipo de juego, incluso como una prueba. —Trato hecho. Pero necesito saber tu nombre si voy a llevarte a cenar. Al menos puedes darme eso, ¿verdad? —dije.

—Giulia.

Fruncí los labios y asentí con la cabeza. —De alguna manera te queda bien.

—Me queda igual qué Ted no te queda a ti

Intenté ignorar su comentario encogiéndome de hombros.

—No podemos elegir nuestros nombres.

—No —dijo ella, con los ojos que nunca se apartaban de los míos.

—La mayoría de nosotros no.

# CAPITULO 5

## GIULIA

Me apoyé en la recepción de Galleon. La fiesta se celebraba en uno de los pisos superiores. Mi función era saludar a la gente cuando entraba en la planta baja. Austin al menos me conocía lo suficiente como para saber que no iba a estar sonriendo y diciendo cosas bonitas a todos los que llegaban. Mencionó algo sobre “dirigir a los invitados a la fiesta —lo que significaba decirles qué botón apretar cuando entraran en el ascensor, pero no quería ser la pobrecita que se sienta en el ascensor usando un tonto sombrero para ese propósito. En vez de eso, me puse de pie y maté el tiempo en mi teléfono mientras fingía que la gente no me miraba.

Una de mis actividades habituales en mi teléfono era hojear Reddit, lo que significaba que me había tropezado con todo sobre el águila de cola de cuña unas horas antes de tener que sacarme esa brillante espina del culo en la estación del metro. Ted parecía haberse tragado la excusa, aunque pareciera que solo lo hizo a regañadientes.

No es como si fuera a usar las gafas o el equipo de escucha, de todos modos. Probablemente no. Creo que no. Estaba aburrída, y resulta que estaba en el vestíbulo de nuestro apartamento cuando se fue, y tal vez estaba parada en un lugar donde sabía que no me vería cuando se fuera.

Mis excusas sonaban huecas incluso en mi propia cabeza. Justo en el centro de mi cerebro, había una forma muscular, de 1,80 metros de altura, y estaba perfectamente feliz de seguir fingiendo que no estaba allí, junto con los otros montones de recuerdos reprimidos que evitaba cuidadosamente. Con el tiempo, mi cerebro se había convertido en una habitación en la que tenía que tratar de navegar a ciegas. Ocasionalmente, me topaba con un recuerdo desagradable o una conversación traumática, pero en la mayoría de los casos, mantenía la distancia. Era más fácil de esa manera.

Una pareja se acercó al escritorio. El tipo llevaba un traje, y la mujer llevaba un largo vestido negro cubierto con lo que parecían patrones iridiscentes de escamas de pescado. Era genial, pero la pareja me miraba como si esperaran que me levantara y les besara los anillos, así que volví a mirar a mi teléfono e hice un esfuerzo por ignorarlos.

—Estamos aquí para la fiesta. Somos amigos de Rene Stanley.

—Genial. La fiesta es al otro lado de la calle. Si la puerta está cerrada, llamen y esperen —dije.

—¿Al otro lado de la calle? —El hombre se dio la vuelta y señaló a toda la gente que se dirigía a través de las puertas y hacia los ascensores. — Entonces, ¿qué está haciendo toda esta gente aquí?

—Están aquí para los exámenes de colon gratis. Piso 36, si les interesa. Se suponía que tenían que traer su propio lubricante ¿Lo trajeron?.

La pareja ya estaba saliendo del edificio. Whoops. Algunas personas no podían aceptar una broma.

Sabía que se suponía que tenía que estar pendiente del viejo amigo de Austin de la escuela secundaria, pero él se había olvidado de decirme que aparentemente habían invitado a cientos de personas a la fiesta. No sé cómo se suponía que iba a ver a alguien con ‘ojos pequeños como un hurón y un cuello que parecía un fideo mojado’ ¿Qué demonios significaba eso?

Sólo habían pasado unos minutos cuando una chica de mi edad plantó sus palmas en el escritorio. —Disculpe —dijo ella.

La miré con un suspiro cuidadosamente practicado. Se suponía que ahuyentaría a los depredadores sociales de la misma manera que el rugido de un león hacía saber a todo el mundo que un malvado estaba en la pradera. Desafortunadamente, la chica no parecía preocupada.

Ella tenía el pelo negro oscuro tirado hacia atrás en una larga cola de caballo y un bonito pico de viuda malvada. Era guapa, de una manera malvada y villana, y estaba rockeando el vestido verde esmeralda que llevaba. Decidí darle mi atención.

—¿Disculparte por qué? —Pregunté.

—Por interrumpir. Veo que estás ocupada, pero me preguntaba si podría esconderme detrás del escritorio por unos minutos. Hay un tipo que me está molestando, y yo-

—Adelante. Y si tu nariz silba cuando respiras, te delataré. Una advertencia justa

Me dio las gracias y se apresuró detrás del escritorio para agacharse junto a mi silla. Volví a mi teléfono mientras esperaba que terminara la noche, pero la chica nueva aparentemente era una habladora.

—Trabajas para Galleon, ¿verdad? —preguntó.

—No. Soy una vagabunda. Le robé esta ropa a una chica a la que golpeé y escondí en el baño.

Ella sonrió. —Sarcasmo. Casi había olvidado cómo sonaba. La gente con la que he estado saliendo es demasiado empaquetada para tener un pensamiento sarcástico, y mucho menos para hacer una broma.

Quería decir algo sarcástico sólo para que dejara de hablar, pero admito que me sentí un poco mal por ella. Aparentemente había tenido una noche dura, y pensé que podría actuar como un humano normal, tal vez por unos minutos. Puede que haya tenido una visión un poco retorcida de las interacciones sociales, pero aún no había encontrado la manera de apagar mi capacidad de empatía. Desafortunadamente.

—¿Dijiste que un tipo te estaba molestando? ¿Quieres que lo electrocute si entra?

—¿Tienes una pistola eléctrica? —preguntó.

Cavé en mi bolso y saqué el dispositivo. Era más o menos del tamaño de una baraja de cartas, y cuando apreté el gatillo, los arcos de electricidad hacían clic entre los nodos metálicos de la parte superior. El sonido era como bolas de metal golpeándose entre sí. Unos pocos invitados que se dirigían a los ascensores se alejaron y luego empezaron a caminar más rápido.

Ella asintió con la cabeza, aprobando. —Mientras lo tires entre las piernas, entonces sí —dijo.

—¿Dónde más podrías darle una descarga a alguien?

Ella sonrió—. ¿El pezón, tal vez?

—Maldición —dije. Me volví hacia ella. —Creo que me agradas de verdad.

—Igualmente. Soy Lucy. —Se levantó para estrechar mi mano.

—Giulia.

Me pareció ver algo extraño brillar en sus ojos, casi como un triunfo, pero descarté la idea. No tendría sentido, y no era buena leyendo a la gente, de todos modos.

Austin salió corriendo de uno de los ascensores. Su pelo era un desastre y parecía que tenía un ojo morado que se estaba formando rápidamente. Lucy se agachó un poco más bajo en el mostrador y me puso un dedo en los labios.

—Ya he visto eso antes —le dije a Austin, señalando a su ojo. —Es uno de esos bichos africanos. Los que ponen huevos bajo tu piel. Creo que tienes como tres días antes de que las moscas empiecen a salir de tu cara.

Gruñó y apretó la palma de su mano contra el punto con un gesto de dolor. —A menos que los bichos africanos tengan bigotes espeluznantes y tengan cuerpos de campeones rusos de peso pesado, no lo creo —respondió Austin.

—Vaya —dije secamente—. ¿Alguien te golpeó? No puedo imaginarme por qué alguien pensaría en golpearte, o por qué se conformarían con un solo puñetazo.

—No estoy de humor para tus chistes tontos, Giulia. —Se inclinó sobre el escritorio. —Coincidentemente, fue el tipo al que te dije que vigilaras.

—¿Así que tiene el cuello como fideo mojado y también parece un campeón ruso de peso pesado? Tengo problemas para imaginarme la combinación, lo siento —dije.

—Como sea, tal vez no era tan grande. Me cogió por sorpresa, eso es todo. Está bien. Está bien. De todas maneras, le puse un poco de carne de cangrejo en el bolsillo interior de su abrigo, uno de los pequeños que nadie usa. Dale un par de días y se preguntará a qué demonios huele. Puntos de bonificación si lo deja en un closet y se olvida en unas semanas —dijo.

—Llevabas carne de cangrejo porque...

—No llevaba. Solo hice un comentario. Me dio un puñetazo. Tomé algo de comida del buffet, encontré los guardarropas y soborné al tipo para que me dijera cuál era su abrigo. ¿Alguna otra pregunta?.

—¿Esto va a alguna parte? —Pregunté.

—Una persona normal se disculparía por dejar que ese matón llegara sin avisarme. Ese era el único trabajo que te di.

—Siento haber dejado que un matón ruso de cuello de fideo mojado te pegara en la cara.

—Eso es lo que estaba esperando, una disculpa. Ahora, ¿me vas a presentar a la mujer que está escondida bajo tu escritorio, ¿o tengo que hacerlo yo mismo?

Lucy se levantó con una gracia sorprendente y se acomodó la parte de atrás de su vestido antes de estrechar la mano de Austin. —Soy Lucy.

—Austin —dijo—. ¿Te conozco de algún lado?

—Me lo dicen mucho. —Se rio un poco nerviosa. —Me tengo que ir, pero oye —se giró para coger una nota adhesiva y un bolígrafo. Ella garabateó su número de teléfono y me lo pegó en la frente con una sonrisa. —Deberíamos tomar un café alguna vez —me dijo.

Me quité la nota de la frente y la puse en el escritorio sin intención de volver a llamarla. Tenía un gato con patas ridículas y rechonchas. ¿Para qué necesitaba amigas? Además, tenía una mejor amiga. No había estado en el país desde hace más de un año, pero la tenía.

—Déjame ayudarte —le dijo Austin a Lucy. Tomó otra nota y anotó mi

número. Se la entregó a Lucy con un guiño. —Confía en mí. Esta nunca te llamará. Tienes que ganártela por la fuerza bruta. No puedo decir que la recompensa valga la pena. La chica prácticamente me ama ahora, aunque a veces me pregunto por qué me molesté en contratarla...

—Eres un idiota —le dije.

Miró a Lucy como si yo acabara de profesar mi amor por él—. ¿Ves lo que quiero decir?

Lucy miró la nota y sonrió. —Bueno, gracias. Fue un placer conocerte. A los dos —añadió antes de irse.

Austin hizo una mueca después de irse. —Juro que la conozco de algún lado —dijo.

—No te quedes mirándola fijamente o se lo diré a Jessie.

—Jessie se siente lo suficientemente cómoda en nuestro matrimonio como para que pueda mirar a otras mujeres. Además, mirar a otras mujeres me recuerda lo buena que está Jessie. Considérate tú, por ejemplo...

—Cuidado —dije. —Unas pocas palabras mal escogidas y estarás colgado en mi armario de carne.

—¿Por qué eso suena vagamente sexual? Creo que voy a vomitar.

—¿Quizás porque tienes el sentido del humor de un chico de secundaria y todo te suena sexual?

—Totalmente posible, sí. De todos modos, si no te enojaras tan fácilmente, no sería tan divertido meterse contigo. Te lo buscas tú misma.

—Y sólo trabajo para ti porque eventualmente planeo derrocarte y construir un imperio a partir de tus huesos.

Asintió apreciativamente. —Me gusta la ambición. Si sigues así, quizá vayas a algún lado.

—Hablando de ir a algún lado. ¿Puedo irme ahora ya que ya he fastidiado el estúpido trabajo que me diste?

—Ve, pequeña. Estoy seguro de que tienes algunas Artes Negras que practicar, o tal vez una sesión de espiritismo que interpretar.

—A veces desearía haber hecho todas esas cosas retorcidas que piensas, porque me gustaría mucho lanzarte una maldición. Tal vez una que te ponga el pene en la frente, para empezar. —Puso los ojos en blanco. —Ja, Ja. Imbécil.

—Y lo haría sólo para que tengas pelotas en los ojos todo el día.

\*\*\*

Pasé el resto de la noche estudiando para un examen final de negocios que tenía en un par de días. La mayoría de mis clases eran en línea, lo que era una gran ventaja. Estoy segura de que si le dijera a Austin lo que estoy haciendo, me daría tiempo libre. Probablemente me dejaría salir del apuro con un chiste o dos, y luego se olvidaría de todo en un día. Pero había la posibilidad de que se pusiera raro y dijera que estaba orgulloso o algo así. Eso era suficiente para evitar que se lo dijera.

Peor aún, podría tener algún tipo de conexión y en secreto arreglar una oportunidad de trabajo perfecta para ayudarme. Quería que mi carrera empresarial significara que me había dejado el culo trabajando y que me lo había ganado. No quería que fuera una limosna.

Debo haberme quedado dormida porque me desperté y encontré una cadena de babas que conectaba mi cara con mi escritorio. Oí el sonido de un pomo de una puerta temblando en el pasillo y alguien maldiciendo en voz baja. Me limpié el sueño de los ojos y tropecé hacia mi puerta. La abrí en silencio y miré a través de la grieta para ver qué estaba pasando.

Ted estaba parado frente a su puerta con las manos en las caderas, y parecía enojado—. ¿Hablando con tu puerta? —Le pregunté.

Se giró bruscamente, y por un segundo, sus ojos parecieron salvajes, como si pensara que estaba a punto de tener que defenderse. Se relajó cuando vio que era yo.

—Mi llave aparentemente ya no funciona.

Salí al pasillo y saqué la mano. —Dámela. He vivido aquí lo suficiente para saber todos los trucos con estas estúpidas cerraduras. La Srta. Carol es demasiado tacaña para conseguir llaves nuevas, así que todas se desgastan hasta llegar a nódulos como ésta. Yo--

Mi estómago se hundió cuando oí que la puerta se cerraba detrás de mí. Mierda. Hace unos meses, había decidido convertirse en una puerta que se cerraba sola, y tuve que desarrollar el hábito de atascar algo en el marco de la puerta para que no me quedara afuera sin mis llaves. Aparentemente, Ted Smith tuvo un leve efecto anestésico en mi cerebro.

Intenté con el tirador de mi puerta. Por supuesto, estaba cerrada. Uno de los cierres adicionales en el interior también tenía la tendencia de girar a la

posición de cierre si la puerta se cerraba con demasiada fuerza.

—¿Bloqueada? Ya somos dos —dijo.

Suspiré. —No te has quedado fuera. No sabes cómo funciona tu llave. Dámela.

Parecía escéptico, pero me dio la llave. Le eché un vistazo rápido y vi que llevaba una camiseta y unos pantalones cortos manchados de sudor. Su cuerpo también estaba un poco resbaladizo por la humedad.

—¿Por qué estas tan sudado? —pregunté mientras deslizaba la llave en la cerradura.

—Estaba haciendo ejercicio.

—¿En medio de la noche?

—Me gusta el gimnasio cuando está vacío.

Empujé un poco la llave hacia arriba, probando con diferentes cantidades de presión mientras probaba cuidadosamente el pomo de la puerta. Encontré el punto dulce y abrí la puerta.

—Tadá —dije. —Ahora puedes ir a tomar esa ducha que necesitas tan desesperadamente.

Me miró mientras tomaba las llaves, y prácticamente pude ver que sus pensamientos se agitaban. Me di cuenta de lo cerca que estábamos cuando me inmovilizó en su puerta y pude olerlo. Esperaba que fuera un mal olor, pero debería haberlo sabido mejor. De alguna manera, se las arregló para oler bien y masculino, a pesar de que estaba empapado. Nunca había sido del tipo de chica que le atrajeran estas cosas, pero podía sentir que me convertía en una cada vez que un goteo de sudor decidía rodar por su clavícula y desaparecer hacia su pecho duro y esculpido.

Mi mente destellaba con imágenes de las yemas de mis dedos raspando caminos a través de la piel sudorosa y musculosa, iluminada sólo por la poca luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas. Me imaginaba envuelta por ese olor masculino que me recorría como una droga.

—¿Se supone que debo dejarte aquí sola en medio de la noche después de que me rescataste? —preguntó.

—Puedo ir a buscar la llave maestra donde la Srta. Carol.

—No, no puedes. Está fuera de la ciudad hasta la semana que viene.

—Puedo llamar a un cerrajero —le dije.

—Tardara unas horas a esta hora de la noche.

—Si tanto quieres invitarme a entrar a tu apartamento, hazlo, imbécil.

Cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta con una sonrisa—.

¿Qué pasa contigo, de todos modos?

—¿Ahora mismo? Tú eres mi problema. Si supieras cómo usar una llave, no estaría atrapada en el pasillo con mi apestoso y sudoroso vecino.

—¿Apestoso? —preguntó. Se acercó un poco más, aún con esa sonrisa. — Entonces te debe gustar apestoso, basándome en esa mirada feliz en tu cara.

Di un paso atrás y agité la cabeza. —Si parezco feliz, es sólo porque fantaseaba con darte un rodillazo en las pelotas.

Sonrió, y no tenía duda de que podía ver directamente a través de mi mentira—. ¿Así que admites que estabas fantaseando con mis pelotas?

—Y su destrucción —dije.

—De alguna manera, creo que si pusieras tus manos entre mis piernas, tendrías otras ideas.

—Y de alguna manera, creo que normalmente debes salirte con la tuya hablando así con la gente.

—¿Así cómo?

—Como si fueras tan gallito y confiado, como si pudieras asumir que todos los que conoces quieren tocar tu salchicha.

Se rio, pero sus ojos mantuvieron la ardiente llama mientras me atravesaban.

—No asumo que todo el mundo quiera follarme. Sólo las que me miran así —dijo.

Traté de imaginar la cara de mi papá en el cuerpo de Ted en lugar del espectáculo odioso y bien hecho que él me mostraba.

Las cejas de Ted se elevaron y mostró una sonrisa torcida. —Vale. Me rindo. Esa no es la cara de alguien que quiere tener suerte, pero como huelo tan mal, mejor me meto en la ducha. No te dejaré esperar en el pasillo en medio de la noche. No es seguro. Ven a sentarte en el sofá. Puedes tomar un bocadillo o una cerveza de la nevera.

—Sí, porque si me quedo aquí un hombre extraño y pervertido podría intentar secuestrarme y llevarme a su apartamento. Pero si voy contigo, puedo evitar las consecuencias, ¿verdad?

Se mojó los labios y apenas mantuvo una sonrisa a raya. —Creo que me gustas.

—Creo que te gustas más tú mismo.

Se rio—. ¿Alguna vez dejas descansar esa boca tuya? No es que quisiera... —dijo en voz baja, con los ojos que bajaban por mi cara hasta mi boca.

Sentí que mi resistencia empezaba a desmoronarse. Sabía que había algún comentario sarcástico flotando en mi cerebro, pero lo único que pude encontrar fue un gruñido sin compromiso. Tragué con fuerza, y luego murmuré algo sobre ser capaz de arreglármelas en el pasillo durante unas horas.

—Estoy seguro de que puedes, pero de todos modos. Vamos. —Me hizo un gesto para que entrara. No planeaba obedecerle, pero me encontré con que mis pies se movían de todos modos. Antes de que me diera cuenta, estaba adentro, y sentí como si hubiera cruzado un umbral invisible, uno que había estado luchando contra el deseo de cruzar desde mucho antes de conocer a Ted.

La gente ocasionalmente intentaba acercarse a mí. La alejaba. A veces, se esforzaban más, pero yo siempre ganaba. Siempre me las arreglé para asustarlos con suficiente sarcasmo. Esta noche, dejaría ganar a Ted. La peor parte era que en lugar de sentirme enojada por perder, me sentí un poco caliente y confusa.

Su apartamento era ordenado y minimalista. Apenas había decoraciones, excepto una foto al azar de un bote de remos en el pasillo que casi parecía un resto del inquilino anterior. Sólo las necesidades básicas.

—Sigo pensando que es más peligroso aquí que en el pasillo, para que conste —dije.

Inclinó la cabeza mientras sus ojos grises me observaban de la cabeza a los pies. —Estoy seguro de que lo es, para los dos, pero es un tipo de peligro totalmente diferente.

—¿Quieres decir que tienes serpientes de mascota o algo así? O peor aún, ¿un chimpancé? La gente piensa que son lindos hasta que pasan años vistiéndolos como humanos. Un día tu pequeño pseudo-humano se despierta, decide que quiere más leche en sus cereales y te arranca la cara. Es una historia real.

Se rio. —Ni serpientes ni pseudo-humanos. —Parecía que estaba decidiendo si decir algo, y luego decidió no hacerlo. —Sólo ponte cómoda. Volveré en unos minutos.

Comenzó a quitarse la camisa antes de estar completamente detrás de la puerta del baño, y por un instante vi cada centímetro de su espalda ancha y musculosa. Me aclaré la garganta y me senté en el sofá, luego inmediatamente me levanté para mirarme en un espejo junto a la entrada.

La ducha se encendió, y tuve que hacer gimnasia mental para evitar imaginarlo despojándose del resto de su ropa mientras el vapor flotaba alrededor de su poderoso y esculpido cuerpo.

Soplé una respiración larga y controlada. Ni siquiera estaba segura de por qué estaba luchando tanto contra mi atracción hacia él. No me gustaba la gente en general, pero no tenía nada en contra de los penes. ¿Podría llamarlo capricho sexual? Tal vez podía imaginarme que había llegado en un paquete rosa sedoso de 1,80 metros de altura, el último modelo de consolador, con un bastardo hermoso pegado a él.

Me pasé una mano por el pelo y volví a inclinarme hacia el sofá, hundiéndome más profundamente. ¿A quién estaba engañando? A mí también me gustaba el hombre atado al pene. Me gustó la forma en que me miraba. Me gustó que me pareciera el tipo de persona que ni siquiera pensaba las cosas dos veces. Me gustó que me mirara miró como si fuera la única persona en el mundo. Sí, obviamente estaba escondiendo algo. Sí, probablemente le habían dado el mundo en bandeja de plata, y la idea de entregarme a él tan fácilmente como todo lo demás me irritaba, pero me gustaba.

Tenía un aire de misterio a su alrededor. Se comportaba con suprema confianza como si ya hubiera conquistado el mundo y no le quedara nada por demostrar. Luego hubo momentos conflictivos de paranoia que no encajaban con la confianza que llevaba tan bien. Estaba el paquete, obviamente, y la rareza de tener su licencia de conducir enviada por correo dentro de un sobre sin marcar. Estaba la forma en que me persiguió cuando me pilló observándolo a él y a sus amigos igualmente misteriosos. Y estaba incluso la forma en que saltó como si le hubieran pillado haciendo algo cuando lo encontré fuera de su apartamento hace unos minutos.

Ted Smith, si es que ese era su verdadero nombre, estaba escondiendo algo.

Escuché un golpe desde dentro de la ducha y volví a la realidad. Busqué a tientas mi teléfono durante unos segundos antes de darme cuenta de que ni siquiera lo llevaba encima.

Impresionante. Ni siquiera podía llamar al cerrajero. Tendría que volver a mi apartamento antes de la mañana, incluso si eso significaba derribar la puerta. Roosevelt seguía allí, y organizaría un motín de un felino si su comida no estaba unos grados por encima de la temperatura ambiente y lo esperaba cuidadosamente en la mesa, donde fácilmente podía tirarlo todo al suelo y comérselo como un bárbaro. Traté de ponerlo en el suelo una vez que vi sus extrañas tendencias, pero le gustaba el poder de derribarlo. Los gatos pueden ser unos imbéciles.

Me levanté del sofá y traté de medir mi reflejo en una pintura enmarcada

de un bote de remos. Un bote de remos. ¿Se suponía que eso era simbólico? Si lo fuera, no podía entender el significado.

Me acobardé un poco por lo que pude ver de mi reflejo. Siempre me enorgullecí de no ser esa chica, la que tiene que estar perfectamente arreglada para que el mundo la vea, pero incluso yo tenía mis límites. Mi cabello estaba torcido. Mi maquillaje estaba descolorido y manchado. Incluso tenía una pequeña mancha de algo que parecía baba seca en la mejilla. Puse una mueca de dolor cuando pensé en cómo había estado mirando directamente a los ojos de Ted de esa manera.

Hice un rápido repaso, lo mejor que pude con mis manos y un poco de brillo de saliva donde era necesario. No iba a ganar ningún concurso de belleza, pero al menos ya no era tan probable que me confundieran con una paciente mental que se había escapado.

El agua de la ducha se cortó, y salté hasta el sofá. Me puse a disparar rápidamente a través de algunas posiciones, tratando de encontrar una que hiciera que pareciera que había estado sentada allí, con calma. Me desperdigué como si estuviera a punto de tomar una siesta, decidí que era demasiado casual. Me senté, crucé las piernas y templé mis dedos. Demasiado seria. Me conformé con estirar mis pies en su mesa de café y apoyar mis manos en la parte superior del sofá. Medio informal.

Salió del baño sin nada más que una toalla gris oscura envuelta alrededor de su cintura. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, y me molestó que funcionara demasiado bien para que me importara.

Tenía todos los músculos que se podían. Incluso los más pequeños y ocultos que nunca estuve segura si eran costillas o sólo abdominales extras. Parecía que podía golpearte, arrojarte sobre su hombro y llevarte de vuelta a su cueva donde te mostraría que el fuego no era en realidad el milagro más grande del hombre.

Oí un sonido entre un gato ronroneando y un gruñido. Fue sólo un segundo después que me di cuenta de que venía de mi propia garganta. Presioné mi mano contra mi pecho y aclaré mi garganta.

—Indigestión —dije rápidamente. —Comí como tres burritos en la cena.

Asintió con la cabeza como si le hubiera dicho algo vagamente impresionante.

—Así que... Supongo que olvidaste ponerte ropa limpia —dije a través de una garganta seca, desesperada por llenar el silencio.

—Claro. Puede ser eso. O tal vez sólo esperaba saber si eras un humano o

un robot —dijo.

—Definitivamente soy un robot. Puedes mirar dentro si no me crees. Sólo cables, baterías y enchufes. Porque no me importa nada de eso que muestras —le hice un gesto al torso, tratando de fingir una expresión que decía que era así, mientras simultáneamente desviaba toda la energía de mi cerebro para grabar un recuerdo perfecto del momento, incluso si eso significaba purgar datos no esenciales para hacer espacio, como el álgebra o la historia de los Estados Unidos.

—No mentiré —dijo. —La idea de entrar en ti se me había pasado por la cabeza.

Sentí mis cejas subiendo por mi frente. Normalmente tenía un buen control sobre mi cara, pero ahora mismo era demasiado. Me concentraba en mantener mis ojos en los suyos, lo que no fue de mucha ayuda. Eran como imanes grises hirviendo a fuego lento que amenazaban con tirar de mí y nunca dejarme ir.

—¿Puedes ponerte algo de ropa antes de continuar esta conversación? —No podía soportarlo más. Me tapé los ojos con la mano y bajé la cabeza. Dejé que viera mi debilidad. No me importaba. Iba a ver mucho más si tenía que seguir mirando eso, de todos modos.

—Claro. —Oí caer la toalla al suelo, y el sonido también podría haber sido un trueno.

Mi cerebro estaba en alerta máxima. Hombre desnudo. Hombre desnudo. El pene se mueve con el viento. Bolas de acero a la vista. Todo el asunto. Había un hombre desnudo justo delante de mí, y todo lo que tenía que hacer era mirar entre mis dedos.

Reuní la fuerza de voluntad para mantener mi mano justo donde estaba hasta que oí la puerta de su dormitorio cerca.

Respiré un suspiro de alivio y me hundí en el sofá. Jesús. Morir de un ataque al corazón inducido por el sexo probablemente hubiera sido una de las formas más embarazosas para mí, especialmente dada la reputación que trataba de mantener.

—Oye —dije, esperando hablar lo suficientemente alto para que me oyera a través de la puerta—. ¿Puedo usar tu teléfono para llamar a un cerrajero? El mío aún está en mi apartamento.

—¿Qué? —dijo. La puerta se abrió y sacó su torso desnudo.

—Jesús —siseé, cubriéndome los ojos otra vez. —Deja de agitar eso.

Cerró la puerta.

—Lo siento, pensé que dijiste que te estabas ahogando.

Que imbécil. —Dije, ¿puedo usar tu teléfono?

—Está en la mesa de café. La contraseña es BOB.

Miré hacia la puerta como si pudiera leer su cara a través de la madera. ¿Iba a dejarme abrir su teléfono sin supervisarme?

Lo recogí y probé la contraseña, que, para que conste, era probablemente la contraseña más tonta e insegura que jamás había oído. Funcionó, y vi la pantalla de inicio predeterminada con lo que parecía que no se habían descargado aplicaciones. Ni siquiera tenía alguna notificación.

Luché con mi dedo índice durante unos segundos hasta que logré superar la necesidad de espiar en sus fotos. Siempre me pregunté si era verdad que las galerías telefónicas de los hombres estaban llenas de fotos de penes, después de todo.

Llegué a Google y empecé a buscar ‘cerrajero’, pero el navegador se autocompletó tan pronto como escribí la “C —con una sola sugerencia basada en sus búsquedas recientes: —Carl Hanson.

Fruncí el ceño ante la pantalla por un momento, pero lo oí abrir la puerta desde el dormitorio y rápidamente terminé de escribir mi búsqueda. Marqué mi código postal, encontré un cerrajero local y marqué el número.

—¿Encontraste uno? —preguntó.

—Mhm, —dije. Esperaba sonar casual, o mejor enfadada.

Ahora llevaba una camiseta blanca y un par de pantalones de chándal. Debería haberse visto descuidado o perezoso, pero por supuesto, sólo se veía bien en él. Su pelo todavía estaba mojado y desordenado, lo que sólo aumentaba el deseo instintivo de arrojarlo sobre una cama en algún lugar y exigirle a punta de cuchillo que me abrazara y me acariciara. Afortunadamente, no tenía un cuchillo.

Unos minutos más tarde lo encontré en la cocina vertiendo un polvo en un vaso mezclador y luego revolviéndolo todo. Le di su teléfono. —Todo tuyo. El tipo estará aquí en tres horas. Dijo que era lo más rápido que podía hacer —le conté.

—Gracias. —Tomó un largo sorbo del batido y se estremeció un poco.

—¿Es un batido de proteínas? ¿No te dan gases? —Le pregunté.

Sonrió. —Tengo un estómago fuerte.

—Así vi.

—¿Así que estabas espiando entre tus dedos?

Suspiré. —No. Prácticamente fuiste Full Monty conmigo. No tuve que mirar para ver que eres una especie de fanático de la salud. Probablemente no

te comerías ni un caramelo a punta de pistola, ¿verdad?

Abrió un cajón en la cocina que estaba lleno de lo que tenían que ser al menos seis bolsas de un kilo de pasas cubiertas de chocolate.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Todos los dulces del mundo y vas por uvas desecadas y cubiertas de chocolate?

—Así que —dijo, ignorando mi pregunta. —Puedes dormir en mi cama si estás cansada. Puedo usar el sofá.

—¿Crees que voy a entrar en cualquier mazmorra sexual que tengas en tu dormitorio? No, gracias. Me sentaré en el suelo, junto a la puerta. Así, si intentas algo espeluznante, puedo escapar más rápido.

Se rio—. ¿Qué es lo que califica como espeluznante, exactamente? Sólo intento asegurarme de no asustarte.

—Si tienes que preguntar, es una mala señal —respondí.

—Mira, te propongo un trato. Puedes sentarte en el suelo si me dejas poner una almohada y darte una manta.

—Lo que sea —dije encogiéndome de hombros.

Agarró uno de los cojines del sofá y lo tiró al piso junto a la puerta. Salió de su habitación con lo que parecía el edredón de su cama.

—Gracias —dije mientras me sentaba en el cojín y me tapaba las piernas con la manta.

—Supongo. —El edredón tenía su olor, y apenas resistí el impulso de llevarlo hasta mi nariz y tomar un enorme y vergonzoso suspiro.

Se sentó en el suelo a unos metros de mí y levantó las palmas de sus manos ante la mirada que le di.

—Tranquila. No estoy intentando nada raro. Sólo pensé en hacerte compañía. Tres horas es mucho tiempo para sentarse a pensar en solitario.

—Tal vez me gusta la melancolía.

Esperaba que suspirara o se riera, pero se veía pensativo mientras dejaba que la parte de atrás de su cabeza descansara contra la pared. —A mí también, a veces.

—No puedo decir que me hayas parecido un melancólico —le confesé.

—Y no puedo decir que realmente me conozcas. —Su tono me cogió desprevenida, pero el rastro de una sonrisa en su expresión suavizó el efecto.

—¿Es una invitación para preguntar? No es que me importe, por cierto —dije.

—Qué tal esto, dime algo sobre ti, y yo te diré algo sobre mí. ¿Te parece justo?

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —Pregunté.

—Carl —dijo simplemente. No hubo vacilación, pero sus ojos se movieron para ver si yo reaccionaba.

Sólo me sentí vagamente sorprendida. Carl Hanson, pude suponer. Así que había estado buscando su nombre en Google, lo que tampoco debería haberme sorprendido. El hecho de que su nombre fuera falso casi parecía un hecho. La parte que no sabía era por qué fingiría ser otra persona. ¿Huyendo de las deudas? ¿Era policía?

—Eso tiene más sentido que Ted. Entonces, ¿por qué finges ser otra persona?

—No. Ahora te toca a ti. ¿Por qué te esfuerzas tanto por convencerme de que no estás interesada?

—¿Quizás porque no estoy realmente interesada?

—No. Si lo estás. —Hice un ruido de indignación, pero no pude mirarle a los ojos. —Dime que me equivoco, entonces —agregó.

—Aunque me interesara, eso es algo muy vago. Quiero decir, me interesa lo que le pasa a nuestros cuerpos después de morir. Me interesa saber por qué las nubes se llaman niebla cuando están en el suelo, pero no cuando están en lo alto. Me interesa aprender a comer sin derramar un poquito sobre mi ropa cada vez. O por qué...

—¿Por qué intentas convencerme de que no quieres acostarte conmigo?

—¿Y tú por qué crees que te lo mereces? —Pregunté.

Se rio—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Mírate. —Hice un gesto con la mano hacia él—. ¿Cuántas veces has tenido que hacer algo más que guiñarle el ojo a una chica para que se desnude y ruegue tener sexo contigo? Siento que le debo al mundo que te lo ponga difícil.

—Bueno, lo has logrado. Unas cuantas veces, en realidad.

Oh, mi....

No me sonrojé, pero mi cara estaba un poco caliente. Debo haber tenido fiebre. De cualquier manera, quería cambiar de tema.

—Mi turno. ¿Por qué tanto secreto? ¿Por qué finges ser alguien llamado Ted Smith? ¿Y qué te hizo pensar que 'Ted Smith' era un alias medio decente en primer lugar?

—Son dos preguntas, así que responderé la primera. Es mi hermanastra. Ella y yo tuvimos un... desacuerdo. Pensó que la mejor manera de vengarse era plantar rumores sobre mí en tantas revistas y tabloides como pudiera. En

pocas semanas aparecí en titulares como gay, que declaré mi intención de conseguir un cambio de sexo, médicos describieron una lista de mis enfermedades de transmisión sexual, que era más larga que un recibo de CVS.... Podría continuar, pero tú entiendes la idea. Quería asegurarse de que ninguna mujer de la ciudad se me acercara a menos de un metro y medio, y era sólo cuestión de tiempo antes de que los rumores empezaran a perjudicar el negocio.

Levanté una ceja—. ¿Estos rumores tienen una base de verdad, o son totalmente inventados? —Pregunté.

—Son varias suposiciones alocadas —respondió.

—¿Tienen algo de verdad?

Me miró fijamente. —Fabricaciones totales. Pero la verdad no importa para los medios. Si los negaba públicamente, los haría parecer más legítimos y llamaría la atención sobre ellos. Si los ignoraba, parecería que me escondía de la verdad. Decidí que mi mejor opción era esconderme a plena vista y esperar que se aburriera de hacer de mi vida un infierno si no podía encontrarme.

—Suenan como un plan muy tonto —dije.

—¿Qué sugerirías?

—No sé, ¿darle lo que quería? ¿Qué tan malo pudo haber sido?

—Quería que tuviera una aventura con ella.

—Oh. Oh —Me detuve mientras digería eso, y luego estalló la risa. —Lo siento —dije. —Eso es simplemente, bueno, es algo increíble, de una manera jodida y profunda.

Me miraba con una sonrisa torcida. —Me alegro de haberte sacado una sonrisa de alguna manera, al menos.

—A veces sonrío. Pero normalmente sólo lo hago con gente que me gusta.

—¿Así que estás diciendo que te gusta? Bien. Estamos progresando.

Le hice un pequeño encogimiento de hombros. —Aún lo estoy decidiendo. Pero esa era tu pregunta. Es mi turno otra vez —dije.

Se puso el pulgar en el labio mientras me miraba con los ojos cerrados, y el gesto hizo que mi piel se sintiera como si se estuviera calentándome de adentro hacia afuera. Sus labios eran bonitos. Había tanta confianza en sus gestos, incluso en los más pequeños, como la forma en que dejaba que su cabeza se inclinara un poco hacia un lado mientras sonreía. Me preguntaba si era sólo yo, o si a otra persona con pulso le sería imposible apartar los ojos de él.

—Pregúntame —dijo.

—¿Por qué estás tan interesado en mí?

—¿Inicialmente? Pensé que me estabas espiando para mi hermanastra. Pero también pensé que parecías una especie de animal herido. Siempre he tenido debilidad por las cosas rotas.

—¿Quién dice que estoy rota? No tienes que tener un pasado traumático para ser una imbécil.

Se rio. —Entonces, ¿cuál es tu excusa?

—No fue como si mis padres abusaran de mí o algo así. Hicieron lo que la mayoría de los padres hacen, supongo. Tenían una idea de lo que querían que fuera, y se obsesionaron con verme alcanzar su meta. —Era una sensación extraña, como una bolsa desbordante que de repente se desgarraba en las costuras. Hasta ahora, sólo le había contado a mi mejor amiga, Valery, acerca de mi pasado, y eso había ocurrido después de años de construir confianza. Hablar con Carl fue algo natural.

Me miró con una expresión de intención y concentración.

—Mis padres eran de unas antiguas familias adineradas. El bisabuelo de mi padre ganaba millones en textiles, y el bisabuelo de mi madre era un magnate inmobiliario en su época. Sus abuelos no tenían que trabajar, y vivían la vida de sus herencias. Casas por todo el país, clubes exclusivos, yates, todo ese tipo de cosas. Para cuando el dinero llegó a mis padres, ya tenían todas las expectativas de los niños ricos malcriados, pero sin la herencia necesaria para adaptarse a su estilo de vida. Sus padres habían malgastado casi todo. Todos los bienes raíces habían sido vendidos en los últimos años por mis abuelos porque el dinero se estaba agotando. No sabían cómo reducir sus gastos, así que siguieron haciéndolo hasta que se agotaron —le solté.

Continué hablando: —Mis padres querían tener un hijo para que se convirtiera en una especie de gurú de los negocios. Cuando mi mamá quedó embarazada de mí, decidieron seguir intentándolo hasta que tuvieran un hijo. Mi padre lo admitió cuando estaba borracho. Pero un año después de mi nacimiento, mi madre tuvo que hacerse una histerectomía. Estaban devastados, y como eran unos imbéciles pesimistas y sexistas, decidieron que no podían preparar a su hija para que fuera un genio de los negocios. Querían convertirme en una novia llave en mano, el paquete perfecto y fácil de abrir que se entregaría al primer soltero financieramente elegible que pudieran encontrar.

—Maldita sea. ¿Él te admitió todo eso? —Preguntó.

—Sí, en el momento en que se produjo la conversación, se podría decir que ya había quemado algunos puentes con ellos, así que nuestra relación ya era inestable de todos modos. El alcohol también ayudó. Pensaron que si me casaba con un rico, sería su boleto de regreso al estilo de vida de los ricos.

—¿Debería preocuparme que hayas aparecido en mi vida? ¿Sigues siendo la novia llave en mano esperando desviar mi dinero a tus padres? —Preguntó.

Le meneé mis cejas. —Absolutamente. Sólo eres una gran, gorda y sexy alcancía para mí. En realidad, voy a enviar un mensaje a mis padres en unos minutos y les haré saber que todo va bien hasta ahora.

Carl sonrió. —Sigues siendo una mentirosa terrible.

—Mentir no era parte de mi entrenamiento de novia. Pero si me necesitas para balancear libros en mi cabeza mientras camino, como con perfectos modales, o lavar tu ropa, soy muy capaz. También conozco todos los rangos de estatus social ingleses, porque eso será absolutamente relevante para mi vida diaria. Todo el mundo conoce a un Duque o a una Duquesa, ¿verdad?

Carl no dijo nada, pero me observaba con gran interés. Pudo haber sido lo más intenso que le había dicho a alguien, y me sentí con la misma sensación de fiebre en la cara de nuevo, y no era en absoluto un rubor.

—Así que —dije, aclarándome la garganta. —Hice lo que la mayoría de los niños harían. Una vez que se me quitaron la correa, me propuse ser exactamente lo que ellos no querían que fuera. Ofensiva. Sarcástica. Malvada. Lo que sea. Soy básicamente un cliché andante. Pensé que me estaba rebelando y que me negaba a ser definida por mis padres, y al final básicamente dejé que ellos me definieran de todas formas. —Me reí un poco con tristeza de eso.

—Para que conste, si alguna vez te apetece no ser sarcástica y mezquina, no me quejaré. Por otra parte, no has sido tan mala conmigo. Sólo honesta, lo que supongo que es un poco irónico ya que dices que todo es una actuación —dijo.

Jugué con mis dedos en mi regazo mientras mi cerebro se agitaba. —Quién sabe cuál es mi verdadero yo. Tal vez si interpretas un papel el tiempo suficiente, empiece a hacerse realidad. O tal vez no —le dije tanto para él como para mi misma.

Parecía pensativo. —Bueno, ¿qué te hace feliz? —preguntó.

Me encogí de hombros. —No lo sé. ¿Cuándo la gente estúpida se golpea los dedos de los pies o tropieza y se cae? ¿Cuándo las personas son imbéciles y el karma les muerde en el culo?

Él sonrió con suficiencia. —Me gusta. ¿Qué más te hace feliz?

—Cuando los tipos que creo que son idiotas resultan no ser tan malos  
Las cejas de Carl se movieron—. ¿Quién dice que no soy tan malo?  
Apenas sabes algo de mí. Ni siquiera sabías mi verdadero nombre hasta hace  
unos minutos. Podría ser un imbécil absoluto que se comporta de la mejor  
manera posible.

—Bueno, ¿lo eres?

—Me gusta mantener algún tipo de mística sobre mí. Si quieres  
averiguarlo, supongo que tendrás que quedarte.

—Hmm. —Miré sus rasgos agudos y traté de imaginarme qué clase de  
hombre era en realidad. Siempre creí que las personas promedio no podían  
ocultar quiénes eran realmente. Leí una vez que nuestras expresiones de  
reposo eran gradualmente moldeadas por la forma en que vivíamos nuestras  
vidas. Si pasáramos la mayor parte de nuestros días frunciendo el ceño, los  
músculos utilizados para fruncir el ceño se volverían más fuertes y cambiarían  
nuestra expresión neutral hacia una amenazadora. Alguien que sonriera todo el  
día parecería más feliz, y así sucesivamente.

Con Carl, pensé que sólo veía una especie de enfoque intenso en su  
expresión. Me lo podía imaginar toda una vida persiguiendo una meta. Me lo  
podía imaginar dejando fuera al mundo mientras trabajaba y trabajaba  
incansablemente, más allá de la capacidad de una persona normal. Era el tipo  
de persona que el mundo no podía tocar, pensé que era el tipo de hombre que  
tú no elegías porque él era quien te elegía a ti.

Cuanto más lo miraba, más segura me sentía que me había elegido, y que  
estaba eligiendo traerme a su vida.

—Cuando te miro —dije. —Veo a un tipo que nunca hubiera imaginado  
que se interesaría por una chica como yo.

—No me distraigo fácilmente, y desde que pusiste tus manos en mi  
paquete, no he podido pensar en otra cosa.

—Bueno —dije, y sentí que no podía levantar la voz por encima de un  
susurro ronco, como si él hubiera puesto algún tipo de hechizo en el aire.  
Quería sonar tranquila, incluso casual, pero sentí como si una mano me  
agarrara suavemente la garganta hasta que poder sentir mi pulso latiendo en  
mis oídos. —Es una elección manipuladora de palabras.

—¿Qué parte? ¿Cuándo dije que no puedo dejar de pensar en ti, o cuando  
mencioné la forma en que tenías tus manos sobre mi paquete, y me gustó?

No estaba segura si la habitación se estaba encogiendo a mi alrededor, o si  
se había acercado más, pero miraba peligrosamente cerca de la distancia de un

beso.

—Ambas...

La punta de su dedo estaba a un lado de mi cara, trazando un camino desde mi oreja hasta mi mandíbula que dejaba una maravillosa sensación de hormigueo en la piel y calor en todas partes donde se movía. Cerré los ojos y me incliné hacia adelante, con los labios fruncidos. Era automático. No era algo que podría haber detenido si hubiera querido, al igual que no podría haber dejado de jadear por aire si me estuviera ahogando.

Sentí el primer contacto de sus labios contra los míos. No fue apresurado. Era suave y tierno. Todo se sentía como si se condensara a nuestro alrededor, como si mis oídos se cerraran y mis sentidos se opacaran hasta que cada centímetro de mi cerebro se enfocara con láser en los besos de sus labios.

Piel suave, pero firme. Calor. La cantidad perfecta de humedad y un sabor sutil al que podría volverme adicta. Fue una bendición, y por esos pocos segundos, me consumió.

Así que no oí el golpeteo al principio.

Sentí la ausencia de esos labios que apenas había empezado a experimentar. Me incliné hacia adelante, buscando más, pero no encontré nada. Cuando abrí los ojos, él estaba mirando hacia la puerta. —Creo que tu cerrajero está aquí.

Por supuesto que sí. Rayos

Me paré demasiado rápido y casi me caigo cuando toda la sangre se me subió a la cabeza. Aparentemente, toda había estado viajando a otra parte de mi cuerpo.

—Siento haberte besado —dije. —Ni siquiera estoy segura de lo que fue. No hago eso del romance espontáneo. Probablemente aún esté medio dormida.

Se puso en pie lentamente. —Estoy bastante seguro de que fui yo quien te besó. No sé si tienes algún crédito por haberte quedado ahí sentada y haberlo tomado.

—Sí, bueno, entonces lamento que me hayas besado.

—Yo no —dijo.

Tragué saliva. Fue un trago completo, de calidad de dibujos animados, dramático y vergonzosamente ruidoso.

—Sí, bueno, debería irme —le dije.

—Vendré a recogerte mañana a las siete.

No pude encontrar ninguna razón para estar en desacuerdo o cambiar de opinión. Todo lo que sentí fue un zumbido agitado y excitado en mi estómago,

diferente a todo lo que había experimentado. Eso, y un deseo completamente inusual de llamar a Valery y tener una seria charla de chicas.

Pero no me rebajaría a ese nivel. Por ahora, iba a aferrarme a toda la dignidad que pudiera, incluso cuando parecía que Carl Hanson era una corriente de encanto y de buena apariencia que intentaba desarraigarme a mí y a todas las cosas malhumoradas que yo había defendido.

## CAPITULO 6

### CARL

Me desperté aturdido con la sensación de que no estaba solo. Parpadeé un poco la borrosidad de mis ojos y pude ver lo suficiente como para saber que aún era muy temprano. Mi alarma no había sonado, y mi habitación sólo estaba iluminada por la tenue luz azul de una valla electrónica al otro lado de la calle. Por una docena de veces desde que alquilé este pequeño apartamento, me he sorprendido momentáneamente al estar en una cama diferente a la mía, y al ver una vista diferente por las ventanas.

Una sombría figura estaba en la puerta.

Salté de la cama y me erguí cuando un subidón de adrenalina hizo desaparecer cualquier rastro de somnolencia. —Que mal. Esperaba que hubieras empezado a dormir desnudo.

—¿Tanya? ¿Qué mierda haces en mi apartamento?

Encendí la luz y la vi por primera vez en unos meses. Pelo negro que casi siempre era tirado hacia atrás en una cola de caballo. Ojos marrones traviosos, y una boca cruel. Como de costumbre, tenía tanto de sus tetas colgando que parecía que un estornudo las liberaría.

Desde que nuestros padres hacían los planes para casarse, ella había estado tratando de seducirme. El pensamiento siempre me revolvió el estómago, pero recientemente, ella lo había llevado demasiado lejos, incluso para sus estándares.

—Estoy aquí para verte, por supuesto. Ted.

—Vete. Puedo llamar a la policía, o puedo echarte yo mismo. Es tu elección.

Hizo un sonido como el ronroneo de un gato. —Si me echaras tú mismo, tendrías que tocarme.

—Tienes razón. Creo que tengo una lata de insecticida debajo del fregadero. Tal vez eso funcionaría mejor.

Rizó sus labios con una sonrisa burlona. —Carl. Puedo hacer que todo esto se detenga. Todos los rumores. El problema. Sólo tienes que darme lo que quiero.

—Nunca vas a conseguirlo.

Ella se rio. —Sigues pensando que quiero cogerte, ¿no? No se trata de eso. Nunca lo fue, pero no me sorprende que siempre fueras tan miope como para no verlo. Solo porque todas las demás mujeres quieren involucrarse entre tus dedos, piensas que yo también lo quiero.

Extendí mis manos. —No lo sé Tanya, pero tal vez puedas darte prisa en terminar el discurso dramático para que pueda llegar a la parte en la que te eche de mi vida otra vez —le dije.

—Quiero que seas infeliz, Carl. Es así de simple. Quizás alguna parte equivocada en mi quería tenerte, una vez, pero perdiste esa oportunidad. Difundí esos rumores porque sabía que lo único que te importaba era el trabajo. Pero ambos sabemos que eso rápidamente está quedando en el pasado, ¿no? Te preocupas por otra cosa, y vive justo al otro lado del pasillo.

—Vete a la mierda.

Tanya se rio de nuevo, pero esta vez empezó a caminar hacia la puerta. — Sólo quería que supieras que voy a asegurarme de arruinar lo que sea que esté pasando entre ustedes dos, también. Y quién sabe, quizás cuando haya estropeado tu pequeña aventura, te dejaré pasar una noche conmigo como mi forma de disculparte.

—Fuera. —Abrí la puerta y la cerré de un portazo tan pronto como ella estaba en el pasillo.

Presioné mi frente contra la pared y cerré los ojos mientras repetía su amenaza. No se me ocurría qué podía hacer para fastidiarnos las cosas a Giulia y a mí, pero conocía a mi hermanastra lo suficientemente bien como para estar seguro de que tenía un plan.

\*\*\*

Giulia se sentó a mi lado. Estábamos en una barbacoa brasileña, que técnicamente satisfizo su petición de carne cruda. Los camareros trajeron una bandeja de carne, pollo y vegetales crudos a nuestra mesa junto con un surtido de salsas. Había una parrilla caliente y humeante frente a nosotros, junto con brochetas y pinzas.

Estábamos sentados en un espacio relativamente privado cerca de la parte trasera del restaurante, que aún no se había llenado para la cena. Los invitados

estaban sentados alrededor de la estufa como en un restaurante japonés, pero era un arreglo más íntimo donde cada uno cocinaba su propia comida y a su propio ritmo. El sonido del chisporroteo de la comida que se cocinaba en las mesas de la gente y el estruendo de la conversación proporcionaban su propia clase de extraña intimidad.

—Como se lo prometí —dije, señalando hacia la comida.

Ella me miró. Había visto mujeres que había encontrado hermosas antes, pero nunca me había sentido tan adicto a alguien. Todo en ella parecía arrastrarme, desde la solitaria peca sobre la comisura de su boca hasta la adorable forma en que trataba de parecer tan dura. Sabía que no todo era una actuación, pero sentí como si pudiera ver directamente a través del humo y los espejos con ella. Vi a la chica dulce en el interior, a la que temía mostrarse a alguien. Vi la inseguridad que hizo que levantara muros y alejara a la gente. Y no me asustó. Nunca lo haría.

—Sabías que sólo hablaba contigo por lo de la carne cruda, ¿verdad? —preguntó Giulia.

—Tenía algunas dudas, siendo honesto.

De hecho, ella sonrió por eso. La rareza de sus sonrisas las hacía sentir preciosas, y veía lo encaprichado que me podía perseguir la siguiente. La piel pálida de Giulia se veía cremosa y suave contra la tela de su vestido. Era de color púrpura oscuro con la espalda expuesta, pero con el escote alto. Su cabello negro estaba atado sobre su cabeza en un estilo simple, pero atractivo. Por otra parte, creo que ya he llegado al punto peligroso en el que casi cualquier cosa en ella se adaptaría a mis gustos.

Me maravillé de lo rápido que estaba sucediendo. El cambio que ella estaba haciendo se extendió a través de mí. Allí donde hace sólo unos días sentía frío y desprecio, ya podía sentir algo que se agitaba.

Acababa de encontrar cada vez menos tiempo para dedicarle a la búsqueda de relaciones, hasta que finalmente dejé de hacerlo. Sin embargo, perseguir a Giulia no me pareció un tiempo que tuviera que sacar de mi día de trabajo. Sentía más bien que mi día de trabajo ahora necesitaba adaptarse a cualquier horario que mi cacería de Giulia exigiera.

—Ya sabes —dije. Estaba envolviendo un trozo de carne de res en una lechuga como pude. Era mi primera experiencia con la barbacoa brasileña. No estaba seguro de que fuera la técnica adecuada, pero iba a disfrutar y no a preocuparme. —No he hecho esto en mucho tiempo —le dije.

—¿Cita? —Ella preguntó. Sus ojos siguieron mis movimientos. Ella me

imitó, poniendo el pequeño paquete de carne sobre la mesa y rociándolo con salsa al vapor.

—Sí. Creo que han pasado tres años, quizá más. Supongo que se me quitó el hábito.

—No creo que las citas parezcan una obligación. No es como usar hilo dental o cortar el césped. Se supone que tienes que querer hacerlo —dijo.

—¿Qué hay de ti, entonces? —Distraídamente tiré unas cuantas verduras a la parrilla para unir las a la carne.

Giulia volvió a reflejar mis movimientos.

—Resulta que no he querido hacerlo, desde hace mucho tiempo —me contestó.

—¿Cuánto tiempo, exactamente? —Pregunté.

—No lo sé. ¿Seis o siete?

—¿Meses?

—Años —respondió. Me reí y ella se encogió de hombros. —No pretendo ser una persona que funciona normalmente como tú.

—Hey. Nunca dije que funcionara normalmente. ¿No te dije que mi hermanastra está tratando de arruinar mi vida porque no deseo una aventura con ella?

Sus labios se movían hacia arriba en las esquinas. —Sí, creo que algo me suena.

Mi propia sonrisa se desvaneció cuando pensé en Tanya y en la conversación que había tenido con ella esa mañana. —Ella es sólo el principio, y dejémoslo así porque no quiero arruinar el apetito con la historia completa —le dije.

Giulia me miró a los ojos, y había algo en su expresión que no podía decidir qué hacer. Era aterradora, o sexy, o tal vez ambas cosas—. ¿Quieres que me encargue de esta hermanastra tuya? Puedo decirle que estoy a punto de tener al bebé de su hermanastro perfecto, así que tiene que dejarte tranquilo. O, ya sabes, podría apuñalarla mientras duerme.

—Así que crees que soy perfecto, ¿no?

Puso los ojos en blanco, pero había una pizca de humor en sus rasgos—. ¿Era tu comida para llevar?

Agité la cabeza y me concentré en la distancia. —No querrás hacer creer a Tanya que hay algo serio entre nosotros. Sólo la incitaría más.

—¿Y? ¿Alguna vez va a parar si no la confrontas? —Preguntó.

—No puedo imaginar un escenario en el que ella realmente se detenga.

Puedo imaginarla aburrida por un tiempo, pero no creo que esto termine nunca. No del todo.

—Luego le tiramos huevos a la perra.

Me reí de la intensidad de su voz. —Sabes, hace unos cientos de años, creo que habrías sido una buena espía o asesina. En realidad, no una espía. Tu pequeña operación de espionaje en la cafetería fue un gran desastre, pero puedo verte apuñalar a alguien.

Ella mostró esa rara sonrisa suya, y yo bebí cada segundo de ella.

—Uno: No te estaba espionando, así que puedes dejar de adularme. Resulta que llevaba mi equipo de observación de pájaros, que podría confundirse con equipo de espionaje. Tú fuiste el que se volvió loco y me persiguió hasta el metro. Dos: No estoy segura de que lo del apuñalamiento fuera un cumplido, pero lo tomo como un cumplido, gracias.

Señalé que nuestra comida chisporroteaba en la mesa. —Saca la carne de la lechuga y déjala reposar en la parrilla por uno o dos minutos para que se queme.

Ella asintió con la cabeza y siguió mis movimientos, luego agitó sus verduras junto conmigo. Ya habían empezado a ennegrecerse en los bordes.

—Este lugar es genial —dijo. —Me siento como una mujer de las cavernas.

—Manejas tus utensilios como una —agregué.

Ella me miró fijamente—. ¿Quieres saber si puedo manejar el cuchillo mejor que estas tontas pinzas?

—No es un cuchillo lo que quiero ver cómo manejas.

Pareció confundida durante unos segundos y luego sus ojos se abrieron un poco y miró hacia la comida—. ¿Puedo decir algo honesto? Y quiero que me prometas que no vas a pensar que estoy buscando un cumplido patético, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo. Mi estómago se tambaleó un poco ante su pregunta. Las palabras previas como estas normalmente significaban que alguien estaba a punto de decirte que no creía que la relación iba a funcionar después de todo, o que tenían una enfermedad terminal, o que has tenido un pedazo gigante de comida en los dientes toda la noche. —Adelante.

—No puedo dejar de sentir que todo esto es una broma. No eres el tipo de hombre que me pide citas, y definitivamente no eres el tipo de hombre que alguna vez ha parecido interesado en acostarse conmigo. ¿Puedes prometerme que esto no es una broma?

—¿Qué? ¿Por qué pensarías que me metería con algo así?

Se encogió de hombros, y todos sus duros bordes parecieron desvanecerse. Por unos segundos, pensé que había visto lo que escondía tan bien detrás del sarcasmo y el humor negro. Ella no alejaba a la gente porque fuera mala o cruel, sino porque tenía miedo de que la lastimaran, de mostrarles la verdadera Giulia y de que se burlaran de ella o la rechazaran. —Supongo que la experiencia me ha enseñado a ser escéptica cuando la gente es amable —me contestó

Quería preguntarle qué pasó, pero no me pareció el momento adecuado. No necesitaba desenterrar a sus viejos fantasmas ahora mismo, sólo necesitaba sentirse segura. Necesitaba convencerla de que podía sentirse segura cuando estaba conmigo, que nunca daría por sentada ninguna parte de ella.

Deslicé mi mano en la suya debajo de la mesa y la agarré mientras la miraba a los ojos. —Qué tal esto. Te daré una llave de mi apartamento. Si alguna vez te doy una razón para pensar que he tratado de engañarte de alguna manera, puedes venir por la noche y hacer todo el trabajo de apuñalar que tanto te gusta.

Ella me devolvió una sonrisa torcida. —No me gusta apuñalar. Es una de esas cosas que digo porque asusta a la gente.

—Bueno, funciona —me reí. —Sin embargo, hablo en serio. Nunca intentaría engañarte. Te pedí una cita porque sentí una conexión. Quería conocerte porque creo que eres interesante. Y quería acostarme contigo porque, bueno, mírate.

—Se suponía que no debías hacerme un cumplido. Ahora me siento como si me estuvieras pescando por eso.

—Te estás quemando.

—¿Eh? ¿Así es como los chicos guays dicen ‘caliente’ ahora? Porque es un poco patético.

—No —sonreí. —Tu comida.

Se apresuró a sacar su comida de la parrilla, que había empezado a bordear la línea entre carbonizado y quemado.

—La tuya tampoco se ve muy bien.

—Totalmente intencional. Está ennegrecida. Eso es todo.

—Creo que es más bien carbonizada.

Corté una rebanada de carne y me la metí en la boca. Masticaba la gruesa cáscara de materia quemada y mi boca estaba llena de un sabor ceniciento y amargo. Sentí que mis ojos lloraban mientras me obligaba a tragar. —De

ninguna manera. Totalmente delicioso. —Tosí en mi mano y luego me encogí de hombros. —O no.

Sabía que era una cita exitosa, al menos en cierto modo, porque la comida quemada no arruinaba nuestro estado de ánimo. Comimos las peores partes, hablamos, e incluso me las arreglé para arrancarle una o dos risas a Giulia antes de pagar la cuenta.

Compartimos un taxi de vuelta a nuestros apartamentos. Hacía un poco de frío cuando nos íbamos del restaurante, pero una helada más fuerte se había asentado rápidamente a medida que avanzaba la noche.

Nos paramos en la acera fuera de nuestro edificio mientras algunas personas venían y nos rodeaban. Giulia se abrazaba a sí misma y yo la empujé hacia mi pecho sin pensarlo. Al principio estaba rígida, pero luego se relajó, apoyando la cabeza contra mi pecho. Le metí las manos por la espalda y la apreté contra mí. Se sintió bien abrazarla. Jodidamente bueno.

Miré hacia arriba, hacia la oscuridad entre los rascacielos que había sobre nosotros, y vi que las primeras manchas de nieve empezaban a caer. Cerré los ojos, intentando memorizar el momento. No debería haber sido nada extraordinario. Una cita. Un abrazo largo. Debería haber sido otra chica que terminaría saliendo de mi vida.

Pero no lo acepté así. Nunca había querido tanto aferrarme a alguien. ¿Era sólo porque Tanya intentaba arruinarme las cosas? Tal vez mi fijación por Giulia no era más que un impulso competitivo para probar que podía mantener viva una relación a pesar de los mejores esfuerzos de Tanya.

Tal vez. Pero lo dudé. No creí que pudiera engañarme tan bien. Lo que sentía parecía real. Sentí que mis dedos presionaban un poco más fuerte contra su espalda, y ella soltó un suave y contento suspiro. —Eres tan cálido. Como un hombre lobo de Crepúsculo. ¿Realmente eres un hombre lobo, Ted Smith?

Le sonreí. —No habrá luna llena hasta dentro de unas semanas. Si quieres averiguarlo, supongo que tendrás que quedarte.

—Maldita sea. Esperaba que esto fuera sólo una aventura de una noche. — Se puso rígida de nuevo, y casi pude imaginarme la sorpresa en su cara.

—Entonces, ¿estás diciendo que el sexo está en la mesa? —Le pregunté.

—Normalmente lo prefiero en una cama —respondió.

Metí mi mano en su bolso y encontré el anillo metálico de su llavero. Lo saqué y lo colgué delante de sus ojos. Me las metí en el bolsillo y le di una mirada significativa. —Creo que olvidaste tus llaves en tu apartamento otra vez. Parece que necesitarás pasar un par de horas en mi casa mientras

esperamos a un cerrajero.

Levantó una ceja—. ¿Por quién me tomas, por una ramera que salta a cualquier excusa para engancharse contigo?

# CAPITULO 7

## GIULIA

Pasamos por la entrada de su apartamento antes de que me clavara en la pared. Su boca estaba caliente y hambrienta contra la mía. Me sentí como si hubiera sido arrastrada por la corriente de la vida de otra persona. Ya había tenido sexo antes. Más o menos. Si un encuentro torpe en mis años de instituto contara. No se había sentido como una compulsión, no como esto, como algo muy dentro de mi pecho arañando para salir.

Tenía mis dudas sobre Carl. Conocí al hombre con un nombre falso, para empezar, pero no podía negar la conexión que sentía en un nivel básico. Nos llevamos bien. Era tan simple como eso. Después de esta noche, quién sabía adónde iría, pero ahora mismo, no quería luchar contra mis instintos. Quería ponerme una venda en los ojos, esposarme y dejar que mis instintos me dominaran.

Sus manos se sentían tan fuertes contra mí. Se deslizaron por mi pierna, forzando mi vestido con ellas en un montón de tela enredada.

Besarlo fue embriagador. Mi cerebro no deambuló. Cada gramo de mi enfoque estaba en el momento. Sobre nosotros. Era como estar sumergido en agua caliente, al menos si esa agua sabía besar a la francesa y le gustaba apretar traseros.

—¿Se supone que debo preguntar si deberíamos hacer esto? —Le pregunté respirando entre besos.

—¿Qué quieres decir? —Tiró de su cara hacia atrás lo suficiente como para mirarme a los ojos. Las puntas de sus dedos tocaban la piel de mi cara con una ternura espantosa.

Había crecido en una casa con una cultura profundamente arraigada de amor duro, y mis padres nunca habían sido de los que se abrazan y besan. La forma en que Carl me tocaba provocó una necesidad muy nueva. Quería fundirme en sus manos

—Siento que debo actuar como si tuviera mis dudas ahora mismo —dije. —Sabes, para que no pienses que estoy muy ansiosa por acostarme contigo. Preservar la cosa pura virgen y todo eso.

Él sonrió con suficiencia. —No me importa si eres una virgen pura. Quiero

que quieras esto tanto como yo. Al carajo con todas las reglas no escritas. Sólo te quiero para mí ahora mismo.

Me mordí el labio. —Entonces llévame a tu cama, porque si tengo que esperar más, creo que voy a explotar.

Me agarró por detrás de los muslos y me levantó, así que me aferré a él con mis manos enhebradas detrás de su cuello. Dejé que me llevara a través de su apartamento y a su cama, donde me sorprendió tirándome a ella. Casi me río al aterrizar. No me importaba lo mucho que me estaba divirtiendo, si había algo que no iba a hacer, era reírme.

Me conformé con una sonrisa reprimida cuando lo miré. Se quitó la camisa, y esta vez, no miré para otro lado. Dejé que mis ojos movieran la melaza hasta el último músculo ondulante de su torso, las líneas duras y los planos agradables que se negaban a liberar mis ojos. Había un camino natural mientras miraba por la línea de su cuerpo, como una pintura bien planeada que tiene un objetivo: atraer la atención hacia abajo, y hacia abajo, y hacia abajo, y hacia abajo.

Me quedé hipnotizada cuando sus manos se acercaron a su cinturón y soltaron el cerrojo. El peso de la hebilla colgaba arrastrando la cintura de sus pantalones lo suficiente para que yo pudiera ver el elástico de su ropa interior. Cintura gris y calzoncillos negros ajustados.

En ese momento, cuestioné cada mentira que me había dicho sobre la capacidad de un consolador para reemplazar a un hombre, no importa cuán alta sea la calidad del dispositivo. Nunca pude ver cómo se desnudaba mi consolador. Nunca pude oler la hombría que irradia un hombre en un consolador, como un cóctel de feromonas que encendía el combustible de un cohete debajo de mis ovarios y los propulsó directamente a mi cerebro. Bebés. Bebés. Bebés. Nunca había considerado seriamente la posibilidad de tener hijos, pero cuando miré a Carl sobresaliendo por encima de mí, pude imaginarme a un niño sarcástico de cabello oscuro en mi vida, y pude imaginarme lo caliente que sería sentir a Carl encontrando su liberación dentro de mí.

Pero me frené mentalmente. La calentura era una cosa. La práctica era otra. Al menos una parte de mi cabeza seguía funcionando en el mundo real, incluso cuando el noventa por ciento de mi cerebro estaba babeando por él. Quería hacer negocios, tal vez tener mi propia compañía algún día. Lo último que necesitaba mezclar en la ecuación era un niño.

Se le cayeron los pantalones y mi mandíbula le siguió.

Hermoso bulto.

Nuestros besos claramente habían hecho el trabajo de prepararlo para partir, y si el calor pulsante que sentía entre mis propias piernas era una indicación de ello, yo también estaba lista.

—Esto sólo funciona si los dos nos quitamos la ropa —dijo.

—Oh, ¿en serio? ¿Me estás diciendo que lo que me enseñaron sobre la reproducción en la escuela dominical era mentira?.

Se inclinó sobre mí y deslizó las correas de mi vestido sobre mis hombros. —Creo que tu asistencia a la escuela dominical es mentira, porque allí no te enseñan sobre la reproducción.

—¿Quién dice que no soy religiosa?

Sus ojos no se apartaban de donde estaba despojándome lentamente de mi vestido, casi como un ritual. Claramente estaba saboreando cada centímetro de piel que desenvolvía, como si yo fuera un regalo de Navidad de tamaño natural—. ¿Lo eres?

—Tal vez. Pero no revelo mis secretos tan fácilmente.

—Secretos, ¿eh? —Se inclinó y me apretó su boca contra los pechos, justo encima de mi sostén. Jadeé, inclinando mi espalda hacia él involuntariamente. Un fuego imparable crecía dentro de mí, y yo sabía que lo único que podía apagarlo era él. Lo necesitaba. Encima de mí. Rodeándome. Dentro de mí.

—Bueno —dijo mientras volvía a levantar la cabeza y me besaba una vez en la boca. —Seas religiosa o no, creo que vas a decir el nombre del Señor en vano unas cuantas veces antes de que acabe contigo.

Me mordí una sonrisa—. ¿Es eso un reto?

—Puede serlo —dijo.

—Sólo mira, entonces.

—No te preocupes. No planeaba quitarte los ojos de encima en un futuro cercano.

Me quitó lo último del vestido y se sentó de rodillas, devorándome de nuevo con los ojos. Nadie me había mirado nunca de la forma en que él lo hacía. No era lujuria ciega ni atracción casual. Cuando me miró, parecía conmovido. Podía imaginar los engranajes agitándose en esa hermosa cabeza, pensamientos corriendo mientras su mente intentaba captar algún concepto en el que no podía hundir sus dientes. Pero, ¿qué era? ¿Qué estaba tratando de averiguar?

Me sentó y se acercó para desengancharme el sostén. Lo sentí tirar del broche durante unos segundos antes de que me mirara para pedirme disculpas.

—Creo que está atascado —dijo.

—Este hace eso. Solo déjame...

—No —dijo. —Yo me encargo de esto. —Separó las manos y oí el sonido de mi sostén de cincuenta dólares abriéndose contra su voluntad.

A pesar de que mis pechos se estaban desprendiendo frente a un hombre por primera vez en años, todo lo que podía pensar era que acababa de romper mi sostén favorito, el que hacía que mis tetas se vieran como pequeños y alegres pomelos perfectamente simétricos. Bueno, manzanas, tal vez. O algo un poco más pequeño, pero el punto es que los hacía lucir bien, y el gran bruto quería hacer de cavernícola y arrancarme la cosa.

—¿Sabes lo difícil que es encontrar un buen sostén? —Le pregunté.

—Te compraré otro. —Se inclinó para besarme de nuevo, pero le puse el dedo en los labios.

—Lo compré en una tienda que cerró. A menos que tengas una máquina del tiempo, no creo que lo hagas.

—Aprenderé a coser y lo volveré a armar para ti.

Lo miré con ira, pero tuve que contener una sonrisa cuando se me ocurrió una idea. —Vas a compensarme, pero no va a ser con un kit de costura. Quiero que me delectees el alfabeto.

—Deletrear... Te das cuenta de que el alfabeto no se deletrea, ¿verdad? Son sólo letras individuales, y lo que...

Señalé hacia abajo a mis bragas, que vergonzosamente ya habían desarrollado una mancha húmeda por todos los besos y desvestimiento que se habían producido.

Parecía confundido. —Deletrea el...

—Oh. Quieres decir ¿en tu? Oh...

No sé por qué pensé que le sonaría como un castigo, porque parecía como si en vez de eso le hubiera ofrecido una golosina. Enganchó sus dedos en mis bragas y las deslizó antes de tirarlas al suelo.

Y así de fácil, yo estaba desnuda como el día en que nací, mientras él todavía llevaba puestos sus calzoncillos. Lo arreglaría, pero podía esperar.

Me tapé con la mano mientras me miraba a los ojos. Puede que haya estado hablando de un juego de confianza, especialmente cuando hice mi último pedido, pero la verdad es que tenía ganas de acurrucarme y esconderme por dentro. Mi única experiencia sexual había sido la noche del baile de graduación en el instituto. Sólo había cumplido dieciocho años hacía un par de meses, y había caído en la clásica táctica de 'sólo la punta'. Resultó que

ninguno de nosotros entendía que la lubricación era esencial, natural o no, y que habíamos pasado diez minutos de inutilidad mientras él me pinchaba y yo finalmente tuve que cancelar todo el asunto.

Dependiendo de cómo lo quisieras clasificar, eso probablemente me hacía virgen, si los penes de silicona no contaban, claro.

No podía apartar la vista mientras ponía su cabeza entre mis piernas. Tenía una vista asombrosa de su espalda ancha y musculosa desde donde me acosté contra las almohadas. Sus manos estaban firmes alrededor de mis muslos y sus ojos se encontraron con los míos por un segundo que parecía decir, estás a punto de recibir más de lo que esperabas.

Puso su boca sobre mí y empezó a hacer exactamente lo que yo había pedido.

Primero, su lengua trazó la forma de una “A —luego una “B —y para cuando llegamos a la “M —yo estaba en problemas. Todas mis ideas de que yo tenía el control se evaporaron. Él era el maestro aquí. Con nada más que la punta de su lengua, me tuvo a su completa merced. Y me gustó.

Pasé tanto esfuerzo tratando de asegurarme de nunca estar por debajo de alguien. Me había esforzado tanto por deshacerme de los intentos de mis padres de convertirme en la novia perfecta y pre empacada. No quería ser la chica femenina a la que le gustaba vestir de rosa y dejar que un chico la mimara. Pero en algún momento, creo que me esforcé tanto por salir del estereotipo que me acorralé en otro.

Por una vez, se sintió increíble dejar todo eso atrás y estar libre de expectativas y dudas. Lo que estaba haciendo se sentía bien, y yo quería que lo fuera. Era así de simple.

—Dios, Carl —me quejé—. ¿Puedes deletrear 'mmm'?

—Entendido —dijo, pero el bastardo sabía lo que estaba haciendo cuando apenas se alejó de mí mientras hablaba. Sus labios rozaban todos los lugares correctos y me hacían temblar de placer. —Y ya hice que dijeras el nombre del Señor en vano. ¿Cubrieron eso en la escuela dominical?

—Ya no me importa, mientras sigas haciendo lo que haces —le respondí.

Se rio, e incluso el estruendo de su risa me hizo sentir un gran placer.

El sonido de su teléfono zumbando con un mensaje de texto en la mesita de noche llamó la atención de Carl. Movié los ojos hacia ella, y luego hizo una doble toma. A pesar de que estaba desnudo y con las piernas abiertas alrededor de su cabeza, el hombre tuvo el valor de alcanzarme para coger su teléfono.

—¿En serio? —Le pregunté.

—Lo siento, sólo necesito asegurarme... —Su cara se puso pálida tan pronto como leyó lo que decía el mensaje de texto. Miró hacia la ventana más cercana. Podía ver sus músculos de la mandíbula flexionándose y relajándose una y otra vez como si estuviera tratando de masticar algo imposiblemente duro.

—¿Te aburriste o algo así? ¿Carl? —Me senté, chasqueando los dedos frente a su cara. —Olvidalo —dije. Todas las emociones y sentimientos agradables que palpitaban dentro de mí se transformaron en un instante. El viejo y familiar cinismo y la oscuridad volvieron a aparecer. Me alejé de él y sus tímidos intentos de detenerme, recogí mi ropa y me vestí. Quería alejarme de este momento lo más rápido posible, de la realidad de que había despojado todas mis defensas tan fácilmente para él, ¿y para qué? ¿Para conseguir un recuerdo que probablemente no sería capaz de recordar sin gruesas y feas olas de vergüenza?

—Es un asunto familiar —murmuró. —No fuiste tú, en absoluto.

—Ahórratelo. Eres guapo y encantador, así que me hiciste hacer una estupidez. Una. Eso es más de lo que la mayoría de la gente consigue. Espero que lo hayas disfrutado, porque no volverá a pasar.

Salí de su apartamento con toda la dignidad que pude. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de mí, me di cuenta, con el estómago hundido, que había olvidado mi bolso, junto con mis llaves, dentro de su casa. Abrí la puerta y lo encontré parado en la entrada, con el pecho desnudo.

No llevaba nada de la confianza en sí mismo de antes en su cara. Sólo hubo arrepentimiento mientras me daba mi bolso y mis llaves—. ¿Puedo explicarlo mañana al menos? Sólo almuerza conmigo.

Le quité el bolso y las llaves sin decir una palabra y me fui. Todavía podía sentir el calor y la humedad de su boca entre mis piernas, y no podía creer lo rápido que todo se había convertido de increíble a horrible. Debería haberlo imaginado. Cuanto más miraba hacia atrás en mi vida, más veía cómo todo lo que había pasado era más o menos igual. Empezó lleno de promesas, y tan pronto como bajé mis paredes y me emocioné, se convirtió en una mierda. Mi mejor amiga se había ido a otro país. El estúpido “Ted Smith —me había dejado con miles de preguntas sobre qué tipo de texto le haría detenerse en medio de comerme y perder todo el interés. Incluso mis padres, hace años, finalmente me habían descartado como una causa perdida.

Al menos tenía a mi gato. Si había algo que apreciar de Roosevelt era que

nunca se había molestado en hacerme creer que nuestra relación iba a ser especial. Estaba completamente abierto. Yo sólo era el humano que él toleraba, siempre y cuando lo mantuviera alimentado y ocasionalmente lo dejara jugar con una caja vacía. No había incógnitas en el departamento de relaciones humanas y felinas. Me usaba para comer o simplemente para el placer de despertarme varias veces por la noche mientras se preparaba agresivamente, pero yo conocía el trato.

Había estado ciega a los penes. Tenía una situación perfectamente aceptable. Un trabajo insatisfactorio que apenas me daba tiempo para trabajar en mis sueños reales, una falta de relaciones personales satisfactorias y un creciente sentido de desilusión con el mundo y mi futuro. La vida estaba bien, y luego cometí el mismo error que las mujeres han estado cometiendo durante siglos. Pensé que necesitaba la bolsa de carne pegada al pene. La tecnología me dio los medios para separar el pene del hombre, y de alguna manera, de alguna manera, dejé que mi vecino idiota me convenciera de que la tecnología me había llevado por el camino equivocado.

Nunca más. Probablemente, al menos. A menos que realmente clavara la disculpa. O si tuviera una excusa muy, muy buena. Incluso consideraría aceptable el soborno, si fuera comestible. Odiaba admitirlo, pero tenía la sensación de que una vez que la vergüenza de lo que acababa de pasar no fuera tan reciente, empezaría a preguntarme qué podría haber sido entre nosotros.

Me tiré en la cama, de cara y suspiré en la almohada.

Roosevelt saltó y caminó un pequeño círculo en mi espalda, y luego comenzó a limpiar su trasero como si su vida dependiera de ello. Gemí de asco e hice el rodaje de la muerte de un caimán para sacarlo de allí. Cayó al suelo con un golpe y un maullido molesto.

—Nada de chicos en mi cama esta noche —le dije. —Ni siquiera tú, Roosevelt. —Como era de esperar, no escuchó.

## CAPITULO 8

### CARL

Recogí mi coche de un aparcamiento a unas manzanas de mi apartamento. No había usado el auto desde que planeé toda la operación de incógnito, y, al final, podría haberme ahorrado muchas molestias si me hubiera saltado el truco en primer lugar. Mi hermanastra nunca había perdido el rastro, al parecer. En todo caso, la había convencido de que realmente me estaba afectando y eso la incitó a ello.

Probablemente debería haber entregado las llaves del apartamento tan pronto como ella me visitó en mi habitación, pero la verdad es que me había gustado más la idea de vivir frente a Giulia que la idea de mi apartamento de un millón de dólares en el corazón del centro de la ciudad. Incluso había llegado a disfrutar de la separación, por artificial que fuera, de mi antigua vida. Estaba fingiendo ser otra persona, y parte de ese acto me hizo dejar de lado el trabajo más de lo que lo había hecho en años. El viejo yo pudo sacar su cabeza fuera de su culo lo suficiente como para darse cuenta de Giulia. Por otra parte, el viejo yo vivía en un penthouse desagradablemente caro sobre un hotel desagradablemente lujoso en el centro de la ciudad. No había chicas como Giulia en mi antigua vida.

Todo el mundo en mi antigua vida estaba consumido por el dinero. Era extraño pensar en lo emocionante que parecía esa vieja vida una vez. El negocio estaba despegando, y en un par de meses, se sintió como si las etiquetas de precios se hubieran caído del mundo. Cualquier cosa podía ser mía si la quisiera. Era una recompensa que parecía justificar mi obsesión por el trabajo, y dejé que fuera mi excusa para enterrarme en él durante mucho más tiempo del que debería. Convertirme en “Ted Smith —me había dado una nueva perspectiva.

Y me había dado a Giulia. Al menos hasta anoche, sí.

Incluso pensando en Giulia dolió. Había repetido las últimas horas tantas veces que había perdido la cuenta. Pensé en al menos cien maneras en las que podría haberlo manejado mejor, maneras en las que podría haber reaccionado que no hubieran hecho que Giulia saliera furiosa de mi apartamento, y tal vez de mi vida. Pero en el momento en que vi el texto de Tanya, mi sangre hirvió.

El texto estaba quemado en mi cerebro. Había dicho: —Vaya, esta cámara espía es de súper alta definición. ¿Es ese el alfabeto que deletreas entre sus piernas?

Ella debe haber escondido la cámara la mañana que entró en mi apartamento, y debe haber estado observando cada segundo de lo que estaba pasando entre Giulia y yo. No podía creer que ni siquiera había pensado en echar un vistazo a mi habitación para ver si había hecho algo después de entrar.

Estaba enojado, y estaba estacionado afuera de la casa de Tanya. Más exactamente, era la casa de su marido senador fuera de la ciudad. Eran más de las tres de la mañana, pero no dejé que eso me detuviera. Pronto encontraría una manera de arreglar las cosas con Giulia, pero antes de que pudiera hacer eso, tenía que poner fin a esta mierda infantil y asquerosa que Tanya estaba haciendo.

Era una casa grande, y no de buen gusto. Era más bien del tipo ‘mira lo superior que soy a ti’. Pilares de estilo romano y altos arcos decoraban el exterior, y supe por mis visitas anteriores que el interior era aún más ostentoso. Creo que incluso había una escultura desnuda y querubines dentro, como si necesitara más razones para odiar a mi hermanastra y a su marido.

Llamé a la puerta con fuerza. Bueno, estaba entre un golpe y la esperanza de que accidentalmente golpeará mi puño contra la madera. Esperé dos segundos y volví a golpear la puerta.

—Abre la maldita puerta —grité. —Abre la...

La puerta se abrió para revelar al marido de Tanya, Tomas Lynch. Tomas era unos treinta años mayor que Tanya y yo, con un orgulloso vientre de bolos y un bigote de morsa gris. El pelo de su cabeza hacía tiempo que lo había abandonado, lo que complementaba el aspecto de una morsa. Llevaba puesto una bata de mujer que hizo un pobre trabajo por esconder la melena lanuda del vello corporal que brotaba de su torso en gruesos mechones, y la mirada en su cara decía claramente que yo lo había despertado.

—¿Tú? —gruñó.

—Sí, yo, imbécil. ¿Dónde está tu esposa?

Tomas se hinchó el pecho y trató de mirarme por la nariz, lo que no funcionó muy bien considerando que era al menos treinta centímetros más bajo que yo.

—Te daré un minuto para que vuelvas a tu auto y te largues de mi propiedad.

Tanya salió por detrás de él y le puso una mano tranquilizadora en el hombro. Ella era unos centímetros más alta, y cuando miró a su encorvado esposo, vi que sus labios se rizaban. —Está todo bien. ¿Por qué no vuelves a la cama? Tienes un gran día mañana, y quiero que mi gran oso peludo esté bien descansado. —Su tono era condescendiente, como si estuviera hablando con un niño pequeño, pero si Tomas se daba cuenta, no daba señales de ello.

La miró, y toda la ira que me había mostrado hace un momento se derritió en una adoración absoluta. Se arrugó los labios por un beso. Tanya se inclinó y picoteó sus labios contra los de él sin quitarme los ojos de encima.

Tomas cojeó de vuelta a la casa y Tanya salió, cerrando la puerta. Con un movimiento practicado y suave, se limpió los labios con el dorso de la mano, y luego se limpió el dorso de la mano en el camisón. —Supongo que estás aquí para hacer algún tipo de amenaza machista por el texto que te envié. —Se inclinó cerca de mi cara y respiró por la nariz. —Creo que todavía puedo oler su vagina en ti. Realmente no perdiste el tiempo...

—Está hecho. —Mi voz era casi un gruñido. —Sea lo que sea esta mierda. Lo que sea que pienses que va a salir de ello. Ya está hecho. Si siento que sigues jodiendo mi vida, haré todo lo que esté en mis manos para que te metan a la cárcel. Te voy a arruinar. Lo juro.

Ella puso los ojos en blanco. —Carl —dijo ella. —Eres tan sexy cuando te enfadas. —Alcanzó a tocar mi mejilla, pero yo me estremecí a su toque. — Pero en realidad sólo eres un gran, tonto y hermoso trozo de carne. A menos que estés planeando algún tipo de... incidente físico, eres impotente. He cubierto todas las bases. Cada pequeño hilo que probablemente pienses que podrías tirar para desenmarañarme es sólo un callejón sin salida. No hay nada que puedas hacer, Carl. Excepto rendirte, por supuesto, pero sé que eres terco, así que estoy dispuesta a esperar el tiempo que sea necesario.

—Mantente lejos de mí. —Estaba demasiado furioso para decir más, para articular mis pensamientos, o para explicar lo equivocada que estaba. De todos modos, no importaba. Casi quería que lo intentara de nuevo, que me diera una excusa. Pensar que soy incapaz sería el peor error que podría cometer. Tal vez ella había asumido que yo había estado tratando de vengarme de ella todo este tiempo, pero sólo había estado aguantando la tormenta. No quería convertir esta ridícula fijación suya en una verdadera guerra, ¿pero ahora? Ahora ella había puesto sus sucias manos entre Giulia y yo, y yo estaba listo para hacer lo que fuera necesario para acabarla.

Ella tutelaba—. ¿Eso es todo? ¿Sin grandes discursos o grandes amenazas?

¿Sólo ‘mantente alejada’? —preguntó, forzando su voz para imitar la mía. — Oh, por cierto. La próxima vez, quítate los calzoncillos antes de chupársela. Estaba tan decepcionada de que te los dejaras puestos.

—¿Qué pasó con las cosas que dijiste ayer por la madrugada? ¿No se trata de sexo? ¿Sólo venganza? —Agité la cabeza con asco.

Levantó las cejas e inclinó la cabeza. —Whoops. ¿He mentido? Puedes esposarme, si eso te hace sentir mejor. —Tanya extendió las muñecas y abrió los labios.

\*\*\*

—¿Cuánto tiempo te dan en la cárcel por asesinato? —Pregunté.

—Tanya es una perra, —dijo Dan—, pero no creo que pueda ayudarte a planear su asesinato. Eso es demasiado. Estoy seguro de que hay una cláusula especial en la Biblia para la gente que mata a sus hermanos.

Estábamos en mi oficina en el centro. Era la primera vez que volvía al trabajo en lo que parecían semanas. Todavía no me había despojado completamente de mi doble vida como “Ted Smith —principalmente porque no tenía exactamente ganas de reclamar mi antigua vida por el momento, y tampoco quería renunciar a Giulia. Además, necesitaba estar atento en caso de que se le metiera en la cabeza invitar a otro tipo para que me diera celos. Funcionaría absolutamente.

—¿Quieres decir que esconder una cámara en mi apartamento y grabar mi cama no fue demasiado?

Dan inclinó la cabeza y lo consideró. —Hay mirones, y luego hay asesinatos. A los ojos de la ley, estoy seguro de que uno de ellos es peor visto.

—¿Qué hay del asesinato humanitario? —Le pregunté—. ¿Todavía te opondrías si...?

—Sí. Si es con una bazuca o una cuchara, no voy a aprobar el asesinato de mi hermana. Lo siento.

Suspiré. —De todos modos, se lo dejaría demasiado fácil. Necesita tener mucho tiempo para arrepentirse de lo que me ha hecho. Años y años de decepción. Quiero que se marine en la depresión hasta que puedas olerla en cuanto entre en una habitación.

Dan me levantó las cejas y sonrió. —Te tiene bastante cabreado, ¿eh?

Me recosté en mi silla y miré por la ventana. —Un poco. Sí.

—¿Es por la cámara, o porque su acrobacia te arruinó las cosas con la vecina?

—¿No pueden ser las dos cosas?

—Sólo estoy diciendo. Normalmente eres un tipo muy tranquilo, Carl. Demonios, cuando ella empezó a hacerte pasar por esta mierda, decidiste jugar limpio y desaparecer hasta que se aburriera. Dios sabe que podrías haber devuelto el golpe hace un mes cuando esto empezó. Entonces, ¿por qué esa ira repentina si no es por la chica? —Preguntó.

—Así que es por la chica, entonces. ¿Qué diferencia hay? Estoy harto de lidiar con la mierda de Tanya. Ya se lo dije a ella. Si trata de involucrarse una vez más, aunque sea de la manera más pequeña, me las pagará.

—¿Qué quieres decir? ¿Como si fueras a quemar su casa?

—Estaba exagerando con lo del asesinato, Dan. No estoy loco. No quiero matarla, sólo quiero que se despierte todos los días y piense: Mi vida está arruinada. Metí la pata cuando decidí cruzarme con Carl Hanson. Soy un error, y el mundo será un lugar mejor sin mí.

—Vaya, sí. No estás para nada loco.

## CAPITULO 9

### GIULIA

Me fui extra temprano para el trabajo, que no era mi estilo. Tenía el presentimiento de que Carl vendría a llamar a mi puerta por la mañana y trataría de convencerme para que le perdonara. Cuando se trataba de él, no podía confiar en mí misma. Así que, como una adicta, ni siquiera me di la oportunidad de caer en la trampa.

Puse el despertador a las cinco de la mañana, me preparé lo más rápido que pude y salí del apartamento a las seis.

Afortunadamente, fue un día de trabajo extraño, y pude mantener a Carl alejado de mi mente durante la mayor parte de la mañana. El hermano gemelo de Austin, Rene, y la abuela política de Austin tuvieron una reunión secreta conmigo para hablar sobre los planes para la fiesta sorpresa de cumpleaños de Austin.

Me senté frente a Rene en su perfectamente ordenada oficina mientras que la abuela política de Austin, también conocida como “Grammy —daba vueltas y continuamente tocaba todo, lo giraba o lo movía unos centímetros hacia un lado. Cada vez que se movía algo en la oficina de Rene, podía ver el brillo de la travesura en sus ojos. Ella sabía que Rene era un fanático de la limpieza al borde de la compulsión, y más que nadie que yo hubiera conocido, la abuela era una mujer que adoraba presionar los botones de la gente.

Rene tuvo que hacer una pausa en nuestra pequeña reunión para tomar una llamada, pero estaba visiblemente alterado por la intromisión de la abuela.

—¿Cómo te trata tu pequeña y oscura vida? —La abuela me preguntó. Pasó las yemas de los dedos por encima de las persianas detrás del escritorio de Rene, inclinando unas cuantas secciones al azar fuera de la alineación con las otras.

—Esperando el próximo y decepcionante giro de los acontecimientos. ¿Qué hay de ti, planeando morir pronto?

Ladró una carcajada. —El momento en que planeas morir es el momento en que dejas de vivir.

—Bonito. ¿Leíste eso en una tarjeta de Hallmark?

—Galleta de la fortuna.

—¿Dónde está Jessie? —Le pregunté—. ¿No es ella la que debería planear la fiesta de cumpleaños de ese idiota?

—No la invité porque trataría de convencernos de que no hiciéramos nada genial. ¿Me entiendes, amiga?

—Ugh —dije, pero casi no pude evitar sonreír—. Es tan asqueroso cuando tratas de hablar ‘callejero’. ¿Puedes por favor no hacerlo? Es un cliché de ancianos. Te das cuenta de eso, ¿verdad? No debes tratar de incomodar a los jóvenes usando sus palabras.

—Eres demasiado joven para saber si es mi estilo o no, mocosa. Y sólo es un cliché si no soy consciente, lo cual lo hace meta. Y no, no te voy a explicar lo que eso significa.

Suspiré. —Sea meta o no, es asqueroso. Deberías usar palabras de ancianos, como ‘mocoso’ o ‘gamberrillo’ en vez de palabras de niños de siete años.

—¿También es asqueroso si te digo que anoche tuve algo de acción y todavía me siento dolorida? No sé si es porque hizo un buen trabajo o porque tengo setenta y tantos años, pero hoy mis piernas están temblorosas —dijo.

—Sí. Eso también es asqueroso.

Se encogió de hombros mientras levantaba un pisapapeles del escritorio de Rene. Pensé que sus ojos podrían salirse de sus órbitas cuando ella lo tiraba de una mano a otra y luego lo dejaba caer, a sólo unos centímetros de donde lo había recogido. —Hay una razón por la que todas las tuberías siguen funcionando hasta la vejez.

—Si tus tuberías están funcionando o no, está definitivamente en la categoría de cosas que no necesito saber.

La abuela se rio. —Entonces no podría ver la expresión de horror en tu cara. ¿Qué diversión sería esa?

—No estoy horrorizada. Solo es asqueroso de imaginar.

—¿Y si te dijera que hicimos cosas de culos, de boca y de vaginas, y todo sucedió en un orden que te sorprendería?

Levanté las cejas y miré a Rene, que había terminado su llamada y me miraba con la misma expresión de horror. —Entonces sí —dije en voz baja. —Eso me horrorizaría.

Volvió a reírse—. ¿Finalmente colgó el teléfono, jefe? Ya era hora. Algunos de nosotros no tenemos mucho tiempo en esta Tierra —le dijo a Rene.

—Estoy seguro de que vivirás por muchos, muchos más años —él le contestó. —Creo que eres demasiado testaruda para morir.

—Bien. Al menos no eres un completo idiota, como tu hermano.

—Austin es excéntrico —dijo Rene. —No es un idiota, desafortunadamente. Si fuera un idiota, podría escribirle un cheque cada mes y mantenerlo fuera de mi vida y de nuestros negocios. Desafortunadamente, necesito lo que él trae a Galleon, así que todos estamos obligados a soportarlo.

—Estoy de acuerdo en no estar de acuerdo —dije.

Rene sonrió. —A diferencia de algunos de ustedes, tengo trabajo que hacer. Así que, ¿podemos saltar a la parte en la que planeamos esta fiesta de cumpleaños?

—Desnudistas masculinos —dijo la abuela. —Eso es todo. No necesito tu opinión. Está sucediendo. Sólo te necesito por tu dinero —dijo, señalándolo. —Y necesito que trabajes con su esposa para inventar una buena tapadera para que aparezca en el momento adecuado y sin pistas. Puntos extra si se te ocurre una historia de portada que lo haga aparecer vistiendo algo estúpido. Yo me encargaré de los trajes de los strippers y de todo lo demás.

Asentí con la cabeza. —Me gusta.

Rene agitó la cabeza. —Si estoy de acuerdo con esto, ¿significa que dejarás mi oficina y dejarás de tocar mis cosas?

\*\*\*

Estaba muy cansada cuando salí del trabajo. Me había despertado casi dos horas antes de mi hora de costumbre esa mañana. También me había quedado despierta unas horas más tarde de lo normal anoche debido a la combinación de recordar lo increíble que se había sentido tener a Carl entre mis piernas y la confusión de tratar de averiguar qué demonios le había hecho cambiar tan rápidamente.

Hice una pausa fuera de la puerta de mi complejo de apartamentos y traté de mirar por la ventana. No quería encontrarme con él. Carl no tenía mi número de teléfono, al menos, así que si podía entrar y salir sin que él me viera, podría evitarlo.

—Creo que está claro —dijo una voz detrás de mí.

Salté lejos del sonido. En las calles de la ciudad de Nueva York, voces

inesperadas sobre tu hombro alzaban todo tipo de banderas de alerta. Cuando me di la vuelta para enfrentarme a él, estaba lista para sacarle los ojos con mis dedos meñiques si fuera necesario. Me relajé, pero sólo un poco, cuando vi que era Carl.

—¿Qué estabas haciendo, andando por ahí hasta que llegara aquí? —Le pregunté.

Carl inclinó un poco la cabeza para reconocer la acusación. —Más o menos. Me tomé unos descansos. Comí un hotdog. Hablé con un vagabundo sobre impuestos. Le di un poco de pan a una paloma. Pero sí, esperé aquí hasta que apareciste.

Llevaba un traje y una corbata que parecían caros. No sabía lo suficiente sobre ropa para estar segura, pero sospechaba que su ropa significaba que había desechado a la persona de clase media, Ted Smith, al menos en lo que respecta a su vestimenta. También sabía lo suficiente como para identificar que probablemente era muy rico, pero verlo disfrazado realmente marcó el punto de partida.

Después de todo, tenía razón. Incluso cuando lo había visto vestido de clase media, prácticamente podía oler el aroma de un elegante dueño de yate que irradiaba en él.

—Tengo cosas importantes que hacer. Hay una maratón de Boy Meets World que empieza en diez minutos, así que... —le dije.

—Vaya, sí —dijo. —Eso suena muy importante. Podría ir a comprar una pizza y podríamos verla juntos.

Le puse un dedo en la cara y agité la cabeza. —No. No puedes simplemente chismorrear de regreso a mi buena voluntad. Hice una rara excepción por ti. Fui amable contigo, y si...

—Déjame explicarte.

Agité la cabeza y alcancé la puerta, pero él puso su mano encima de la mía y me detuvo. —Giulia. No voy a dejar que esa cosa tonta que pasa en los programas y en las películas pase aquí. Puedo explicar lo que pasó. Sólo escúchame.

Me crucé de brazos—. ¿Qué cosa tonta?

Se encogió de hombros. —Ya sabes. Donde hay una explicación sencilla, pero en lugar de escupirla, el personaje sigue diciendo cosas como, ‘espera, si me dejas explicarte’, y ‘¡no te vayas! Puedo explicarlo’. Excepto que repiten diez versiones de eso en lugar de escupir las tres palabras que lo arreglarían todo. Así que la mitad de la película pasa con un malentendido que podría

arreglarse si los personajes hablaran durante cinco segundos.

—¿Me estás diciendo que tienes tres palabras mágicas que pueden arreglarlo todo?

Carl levantó la vista y me di cuenta de que estaba tratando de organizar todo lo que iba a intentar decir en tres palabras. —Había una cámara.

—¿Cómo que qué? —Le pregunté.

—Cuatro palabras habrían sido mejor. Pero sí. Había una cámara.

—Espera —dije—. ¿Nos estabas filmando? Estoy esperando la parte en la que esto arregla mágicamente cualquier cosa, excepto asegurarme de no sentirme culpable cuando te mato mientras duermes.

—¿Recuerdas la hermanastra de la que te hablé? Irrumpió en mi apartamento ayer por la madrugada y dio un ridículo y malvado discurso de villano. Pensé que sólo era ella siendo dramática, pero debe haber escondido las cámaras antes de despertarme.

—¿Cámaras? ¿Plural? ¿Estás diciendo que ya hay un video mío en Internet en algún lugar?

—No. No, definitivamente no. Probablemente no —dijo con un poco menos de confianza. —El texto que recibí era de ella, y se regocijaba por el hecho de que estaba mirando. Estaba demasiado cabreado para pensar con claridad, y, bueno, sí.

—Bueno, ¿sí? ¿Qué se supone que debo hacer con esto? ¿Decirte que todo está bien? ¿Qué no es gran cosa? ¿Qué hago trabajo de cámara desnuda todo el tiempo?

Bajó los ojos. —No dejaré que algo así vuelva a pasar. No voy a poner excusas para ello. Sabía que Tanya estaba loca, pero creí que tenía sus límites. Sé que ya no hay ninguno, y voy a evitar que se meta con mi vida, con nuestras vidas, otra vez.

Estudié el terreno mientras intentaba que todo se digiriera. Si miraba más allá de la indignación de ser filmada por algún pariente psicótico de Carl, o la rareza de que su hermanastra instalara cámaras espía y lo observara a punto de tener relaciones sexuales, podría ver que Carl no era el único con el que había que estar molesto. No estaba lista para asentir con la cabeza y confiar en que él se iba a encargar de su hermana, o el potencial video que ella tenía en su computadora con mi trasero desnudo siendo devorado.

—Quiero hablar con ella —le dije.

Carl se estremeció. Tal vez era mi tono o algo en mis ojos, pero me miraba como si acabara de decir que iba a asesinar a alguien con un cuchillo.

—Esa no sería una buena idea. Confía en mí. Haré todo lo que pueda para evitar que interfiera en nuestras vidas. Hasta ahora, estaba tratando de pasar desapercibido y evitarla. Ya no más. Ella cruzó todos los malditos límites, y ya me cansé de jugar limpio. No sé exactamente qué puedo hacer para vengarme de ella, pero si no lo hace, se me ocurrirá algo.

Suspiré. —Si tu plan de venganza es lo suficientemente cruel, te dejaré manejarlo. Pero creo que tengo tantas razones para odiar a esta mujer como tú, así que no creas que no me involucraré si no estás haciendo un buen trabajo.

Algo de la seriedad de su cara finalmente desapareció. Sonrió. —Recuérdame que no te haga enojar.

—Buen punto —dije. —Además, aún no estoy segura de haberte perdonado.

—¿Ayudaría la pizza?

—Un poquito. Pero será mejor que encuentres un lugar con palitos de pan de queso. Y pastel de postre. Y tres raciones de cangrejos. Además, también necesitas un batido de chocolate óreo con eso.

Frunció los labios pensativamente, y luego asintió. —Dame media hora. Puedes contarme lo que me perdí en el maratón. Además, eres sexy cuando te pones así de ruda.

Yo fruncí el ceño.

Sólo asintió con la cabeza y sonrió con suficiencia. —Sí. Esa es la mirada.

Entré y, una vez que me aseguré de que nadie me miraba, sonreí. Podría enojarme por el video y su hermanastra todo lo que quisiera, pero nada de eso significaba que no podía estar feliz por lo que había pasado con Carl anoche. Así que dejé que la felicidad llegara. Puede que haya pasado la mayor parte de mi vida tratando de convencer a todo el mundo de que era prácticamente alérgica a la felicidad, pero estaba empezando a creer que era porque pensaba que nunca la encontraría. Después de todo, no puedes encontrar lo que no buscas. En el fondo, todavía tenía miedo de que llegara a un final abrupto. Los hombres siempre resultaban ser unos imbéciles una vez que la fase de luna de miel y de las citas terminaba. Cualquiera podría fingir ser amable por un par de citas o unas horas.

Tal vez era uno de esos animales que usaban calcetines en la cama, por ejemplo. O tal vez no sabía cómo cepillarse los dientes sin salpicar el espejo con pequeñas manchas de pasta dental. Peor aún, podría incluso beber leche descremada.

Dejando a un lado las extravagancias, apenas podía imaginar un futuro en

el que las cosas entre nosotros funcionaran. Probablemente se aburriría y rompería conmigo, o incluso me engañaría. Se daría cuenta de que soy demasiado pobre para ser interesante para un tipo como él. O tal vez fallaría en impedir que su hermanastra psicótica arruinara nuestra relación. De alguna manera, me sentía condenada.

Y, sin embargo, mi yo estúpida igual quería intentarlo.

# CAPITULO 10

## CARL

Abandonamos la idea de ver la maratón de Boy Meets World unos diez minutos después de mi llegada. Pasé casi treinta minutos en un estado de asombro mientras veía a Giulia y su aparentemente insaciable apetito. Trabajó con tres rebanadas de pizza, cuatro palitos de pan con queso, una rebanada de pastel y tres raciones de cangrejos. También arrasó con todo el batido.

—Me siento un poco castrado aquí. No creo que pueda seguirte el ritmo. —Dejé la pizza con un suspiro de derrota. La mujer era la mitad de mi tamaño, y me superaba

—No es una competencia —dijo. —A menos que seas un hombre que se respete a sí mismo y que no quiera que una mujer coma más que él.

Me reí. —Mira, cuando lo dices así, suena como una competencia.

—Está bien perder, Carl. Sólo acéptalo.

—Ni siquiera es eso. Sólo estoy tratando de averiguar dónde lo pusiste todo.

—Eso es fácil. He ayunado. Soy una especie de adicta a las maratones. No veo programas todos los días, ni siquiera todas las semanas, pero cuando oigo hablar de un maratón, lo convierto en un evento.

Sonreí. —Te das cuenta de que Netflix es básicamente maratones a la carta, ¿no? No tienes que esperar a que salgan en la tele ni ver los comerciales.

Algo pasó sobre sus ojos que no pude leer. —Creo que es nostalgia. No es lo mismo sin los comerciales o la sensación de que tienes que planear tu día a su alrededor. Mis padres siempre me molestaban tanto por todo. Pero era una tradición familiar hacer estas noches de maratón cuando se presentaban sus programas favoritos. Era la única vez que se olvidaban las tensiones. Nos moríamos de hambre todo el día y luego, básicamente, hacíamos una fiesta, luego mirábamos todo lo que podíamos antes de desmayarnos de sueño. Tal vez era sólo el coma alimenticio, pero esos son probablemente mis únicos recuerdos con ellos cuando no me regañaban o me presionaban. Sólo pasábamos el rato y no les importaba si estaba siendo perfectamente femenina.

La miré mientras hablaba, y casi podía verla cuando era más joven,

sentada en el sofá entre dos padres con la cara dura. Me hizo darme cuenta de que esa niña que quería sentirse aceptada y amada probablemente todavía estaba dentro de ella, y cómo había aprendido a poner una cara dura para convencer al mundo de que estaba bien.

Sabía lo que necesitaba de mí. No me necesitaba para que la hiciera perder los estribos o para convencerla de que era la chica más bella del mundo, aunque yo empezara a pensar que lo era. Sólo necesitaba que la aceptara y que me preocupara por ella. Cuando me quedé tieso después de recibir el texto de Tanya la otra noche, probablemente había roto la confianza que ella había empezado a depositar en mí, y tendría que trabajar para reconstruirla.

—Así que —dije. —Nunca tuve una oportunidad en esta competición, porque has entrenado toda tu vida para comer así —le dije.

Ella asintió, e incluso sonrió. —Exactamente.

Una vez que Giulia había consumido suficiente comida, nos sentamos en el sofá. Me dejó que la rodeara con mi brazo y la acercara a mi pecho. Se sintió bien. Nunca había sido de los que se abrazan, tal vez porque nunca había querido darles a las mujeres una idea equivocada en el pasado, o tal vez sólo porque nunca me había interesado lo suficiente.

—Ya sabes —dijo Giulia al cabo de un rato. —En las películas románticas, cuando el chico y la chica hacen las paces con la pizza y diez minutos después tienen sexo, eso es completamente irrealista. Es como si tuvieras un bebé de comida grasienta en el estómago.

—Comida grasienta, bebé —repetí en voz baja. —Tienes razón, de repente me siento menos de humor cuando lo dices así.

Ella inclinó la cabeza para mirarme desde donde estaba descansando sobre mi pecho—. ¿No crees que mi bebé de comida es sexy? —Se levantó la camisa y empujó su estómago hacia afuera, de modo que se infló y se convirtió en una impresión sorprendentemente redonda de un embarazo temprano.

Me reí, presionando suavemente la palma de mi mano contra su estómago y dando un apretón juguetón. —No siento ningún bebé adentro.

Se alejó de mis manos y se sentó de repente con una mirada mortal y seria en su cara. —No me hagas cosquillas.

Levanté las cejas—. ¿Qué? ¿Por qué no?

—No voy a explicarte, así que ni siquiera intentes preguntar por qué. Solo no lo hagas.

—Vamos. No puedes dejarme esperando con eso. ¿Por qué no?

Su cara se puso roja y brillante. —Algunas mujeres prefieren guardar algunos misterios para sí mismas. ¿De acuerdo?

Le di una sonrisa torcida. —Bien. Pero algún día lo averiguaré. Te lo garantizo.

—Espero que no. Por el bien de los dos.

El teléfono de Giulia estaba en el reposabrazos del sofá, y apenas lo cogió cuando se encendió y empezó a vibrar antes de caer al suelo. Ella frunció el ceño ante la pantalla. —Uh, mierda —dijo ella. —Lo siento, ¿te importa si tomo esto? Podría ser el lugar de los gatos.

Levanté las cejas, pero asentí. ¿El lugar de los gatos?

—¿Hola? —dijo ella. Vi su cara mientras se detenía, y luego frunció el ceño. —Oh. Oh, sí. Lucy. Me acuerdo de ti. De la cosa de Galleon, seguro. — Otra pausa. —Um, claro. Un segundo. —Se quitó el teléfono de la oreja y se volvió hacia mí. —Oye, ¿Planeabas hacer algo conmigo mañana por la mañana? —me preguntó.

—Tengo algunas reuniones mañana. No planeaba continuar con mis intentos de seducción hasta al menos la noche —le dije.

Se puso el teléfono en la oreja. —Mañana por la mañana está bien.

Colgó unos segundos después. —Era una chica que conocí en una fiesta de la compañía. Dijo que tenía problemas con un chico o algo así y quería desahogarse. Me dará café gratis y detalles jugosos sobre algún drama.

—Bueno, si esta noche va de acuerdo al plan, necesitarás la cafeína.

—¿Por qué? ¿Vas a drogarme o algo así?

—¿Qué? No. Quise decir que iba a tenerte fuera de tu apartamento toda la noche.

—Oh. Sí. Eso tiene más sentido. Pero salir toda la noche implica que me harías perder las últimas cuatro horas de este maratón. Tu idea tendría que ser bastante buena para sacarme de este sofá.

—Si la ciudad fuera tuya para que la tomes, ¿qué querrías hacer? —le pregunté.

—Uh, no sé, ¿entrar a hurtadillas en el centro Rockefeller y patinar sobre hielo después de que cierren?

—Fácil. ¿Eso es todo?

—¿Fácil? No te tomé por un rompedor de reglas. Las últimas sesiones son a medianoche. Son las dos de la mañana, y probablemente tengan seguridad allí.

—Déjame a mí. ¿Tienes patines?

Se levantó sin decir palabra, abrió la puerta de un armario y sacó un par de patines de hielo relativamente elegantes.

\*\*\*

Sólo había un tipo trabajando en la seguridad del área, y después de una rápida charla, resultó que estuvo más que feliz de dejarnos colarnos en el hielo por cien dólares. Incluso me dejó usar un par de patines de alquiler. Parecía más emocionado ante la posibilidad de ser sobornado que por la cantidad real que le había ofrecido, y sospeché que habría aceptado igualmente por cinco dólares, o incluso una hamburguesa con queso.

Me senté frente a Giulia justo afuera de la pista de hielo y empecé a atarme los patines. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que nunca antes había patinado sobre hielo, y estaba a punto de hacer el ridículo—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer? Dije que podías hacer cualquier cosa, ¿recuerdas?

Me miró fijamente, y luego sus labios se extendieron lentamente en una leve sonrisa—. ¿Lo que tratas de decir es que no sabes patinar?.

—Yo no iría tan lejos. No tengo experiencia de primera mano, ¿pero qué tan difícil puede ser?

—Ya veremos, ¿no?

Tiré de las correas apretando mis patines y decidí que iba a patear el trasero de este hielo. Giulia parecía que ya había decidido que iba a avergonzarme, pero le demostraría que estaba equivocada.

Salió al hielo y claramente tenía mucha práctica, porque fácilmente dio media vuelta y comenzó a retroceder mientras me miraba con una expresión ansiosa. Casi parecía que quería que me cayera.

Me estabilicé en el borde de la puerta de entrada y puse mi primer pie tímido en la pista de patinaje. El patín parecía agarrar el hielo lo suficientemente bien, y dejé que la confianza surgiera a través de mí. Tan pronto como levanté mi pie trasero, mi otro pie se deslizó hacia adelante sobre el hielo e hice un corte para el que no era lo suficientemente flexible y me estrellé contra el suelo.

Mi entrepierna se encendió con calor y un dolor agudo. Gemía y rodaba de

lado mientras esperaba que el dolor se calmara.

Giulia se acercó para ayudarme a levantarme.

—Estoy bien —dije. No pude ocultar la tensión de mi voz mientras agarraba la puerta y trataba de ponerme de pie.

—Trata de extender los pies hacia un lado para que no te resbales hacia adelante de esta manera —dijo Giulia.

—Está bien. El hielo estaba resbaladizo en ese lugar, y yo- —Mis patines se deslizaron otra vez, y esta vez estaba tumbado de espaldas, mirando a Giulia mientras la nieve caía alrededor de su cabeza. —Te preguntaría si eres un ángel, pero no creo que un ángel se vea tan divertida por mi dolor y sufrimiento.

—Me divierte más lo testarudo que eres. ¿Quieres ayuda o te diviertes rompiéndote el culo una y otra vez?

Me las arreglé torpemente para llegar a una posición a cuatro patas, y luego me enderecé de manera inestable. Esta vez, mantuve mis patines debajo de mí mismo, pero pude sentirlos amenazando con salir en cualquier momento. Todos los pensamientos de parecer tranquilo y confiado se evaporaron, y lo único que quedaba era una necesidad primaria de sobrevivir a esta prueba.

—Me vendría bien un consejo —dije sin quitarle los ojos a los patines.

Se deslizó hacia mí y puso sus pequeñas manos en mis caderas, estabilizándome. Dio un golpecito con la mano en el interior de uno de mis muslos. —Trata de estirar las piernas un poco más. Si están directamente debajo de ti, los patines querrán avanzar y retroceder por su cuenta.

—Sabes, no creí que fueras tú quien me dijera que abriera las piernas esta noche.

—¿Podrías concentrarte en no caerte en vez de intentar hacer bromas? — Volvió a golpearme la cara interna del muslo y me empujó hacia afuera.

Dejé que ella guiara mi pierna e inmediatamente me sentí un poco mejor.

—Bien, entonces, ¿cómo puedo avanzar?

—Sólo inclínate hacia adelante —dijo.

Me incliné hacia adelante e inmediatamente perdí el equilibrio. Me caí de bruces en el hielo, apenas interrumpiendo mi caída con las manos. Me quejé.

Giulia se rio. —Oh, Dios mío. No creí que realmente pensaras que eso funcionaría. Lo siento mucho. Me siento mal por eso. —Se agachó y me ayudó a levantarme. Ella sonreía más de lo que jamás había visto, y cualquier molestia que sintiera era minúscula cuando veía lo feliz que parecía.

—Sí, supongo que debería haberme dado cuenta de que era una tontería.

—¿Qué parte? ¿Inclinarse hacia adelante o confiar en mí? —Preguntó.

—Ambas, probablemente.

Pasó los siguientes minutos ayudándome a dominar lo básico, y en poco tiempo, estaba haciendo mi camino alrededor del hielo. Era bastante divertido, y me olvidé de lo ridículo que debía de parecer al moverme a una cuarta parte de la velocidad a la que ella iba. Pasé mi tiempo viéndola deslizarse por el hielo como si fuera su segunda casa. No hizo ningún giro o salto para presumir, pero de alguna manera estaba seguro de que podría haberlo hecho. Después de un tiempo, se acomodó a una velocidad lenta a mi lado.

—Estás mejorando —dijo ella.

—Sí, bueno, no es como si estuviera compitiendo por las Olimpiadas, o algo así.

—Es sólo un placer culpable —dijo.

—¿Culpable? De qué hay que sentirse culpable.

—A mis padres les hubiera encantado que me gustara patinar sobre hielo. Todo lo que encarnaba la femineidad era un ‘sí’ automático para ellos. Obviamente hay patinadores masculinos, pero entiendes lo que quiero decir.

Sonreí. —Los trajes ajustados no son exactamente de machos —le contesté

—Sí, bueno, la forma más rápida de hacer que odie algo era que mis padres quisieran que lo hiciera. Así que el patinaje sobre hielo estaba fuera de la mesa. O debería haberlo estado, al menos. Fuimos de excursión como clase a patinar sobre hielo una vez. Nunca lo había probado antes, y aún recuerdo cómo me sentí la primera vez. Todo en mi vida era rigidez y resistencia. Siempre estaba peleando. Luego me metí en el hielo y, por una vez, sentí que quería dejarlo ir. Sabía que estaba haciendo algo que mis padres querrían, pero esa vez, era mi decisión.

Me reí. —Sabes, eres como una versión retrógrada de Cenicienta. La princesa que deseaba ser una plebeya.

—Si soy la Cenicienta al revés, ¿eso te hace el Príncipe?

—Soy demasiado parcial para responder. ¿Por qué no me lo dices?

Se giró y patinó hacia atrás delante de mí para poder sonreírme. —Bueno, eso depende. Si te desanima la perfección, el engreimiento y la apariencia ridícula. Entonces, sí. Definitivamente cumples con los requisitos.

—Apenas soy perfecto.

Ella esperó con las cejas levantadas y tomó mis manos, obligándome a detenerme temblorosamente a su lado contra la pared exterior de la pista. — Pruébalo, imbécil.

—Ahí tienes tu primera prueba. No existen los imbéciles perfectos.

—Hablo en serio. Y gracias, por cierto, considerando que anoche tuve el privilegio de que tocaras y miraras mi culo no tan perfecto.

—No hay de qué. De todas maneras, soy un caballero, y nunca le haría algo más a tu culo a menos que me lo ofrecieras.

Ella estalló una risa de sorpresa y la siguió con una sonrisa que me hizo temer que me caería de nuevo, pero esta vez no habría tenido nada que ver con mi falta de habilidades para patinar.

—Mi culo está a salvo si no te lo ofrezco —musitó ella.

—Tomo nota de eso.

—¿Puedo saber qué tipo de ritual está involucrado cuando se trata de ofrecerte mi culo?

—Oh, lo sabrás cuando sea el momento.

—Aún me debes pruebas, Sr. Perfecto.

—Vale. No soy perfecto porque me gusta mojar en ketchup mis sándwiches de queso a la parrilla.

—Poco convincente. Lo he hecho también. ¿Alguna vez has mordido una barra de mantequilla como si fuera una barra de caramelo? —Me encogí un poco al pensar en eso. —Eso creí. Siguiente.

—De acuerdo —dije. —Cuando tenía ocho años, tapé el inodoro de la casa de mi amigo y culpé a su abuela cuando se enfrentaron a mí.

—Eres un monstruo —dijo secamente. —Si esto es todo lo que tienes, voy a seguir adelante y asumir que sigues siendo perfecto.

—Qué tal esto. Creo que me estoy enamorando de una chica que conocí hace unos días. Es absolutamente un mal momento en mi vida para tener una relación. Tengo demasiadas cosas en el trabajo como para pensar en salir con alguien. Tengo una hermanastra psicótica que está empeñada en arruinar mi vida y la vida de cualquiera que me importe. Y esta chica tiene un gato. Todo el mundo sabe que los gatos son muy inferiores a los perros, así que claramente tiene problemas.

—Una persona de perros. Eso lo confirma. No eres perfecto después de todo.

—Así que, —dije mientras empezábamos a patinar de nuevo. —Tenías que escabullirte para practicar esto, supongo. ¿O finalmente se lo dijiste a tus padres?

—Nunca se los dije. Todavía no lo saben. Solía mentir y decir que me quedaba después de la escuela para trabajar en proyectos de grupo. Era

cuando llegaba a la pista de patinaje cuando soñaba despierta sobre quién habría sido si mis padres no me hubieran presionado tanto.

—¿Y quién habrías sido?

Me dio una sonrisa torcida. —Alguna chica de las buenas con malos zapatos, probablemente. —Se encogió de hombros. —Tal vez fue bueno que se esforzaran tanto para convertirme en lo que querían. Después de todo, no pareces del tipo que va tras las princesas.

Me reí. —Sólo necesité una para darme cuenta de que no era mi estilo. Eres diferente, y me gusta eso de ti.

—Eres diferente de lo que pensé que serías también. Tengo que admitir que te imaginaba como un tipo llamado Marcus que pasaba todo el día en su yate.

Me reí. —Bueno, uno de mis mejores amigos se llama Marcus, desafortunadamente. Y técnicamente puedo o no tener un yate. Así que tal vez no soy tan diferente, después de todo.

Ella se rio. —Donde hay dinero, hay un Marcus. Es como una ley universal. ¿También tienes un amigo llamado Rich? ¿O tal vez Edward?

—Rich no, pero el nombre de mi hermanastro es Dan.

—¡Maldición! Podría ganar un juego de cliché de personas ricas contigo en segundos.

—Yo también puedo jugar —dije—. ¿Haces sacrificios en Halloween? ¿Te gusta ir al bosque por la noche y bailar alrededor de las hogueras desnuda?

—No y sí —dijo con la cara completamente seria.

—No esperaba un sí, pero tal vez si me envías un mensaje antes de tu próximo baile desnuda en el bosque, puedo mirarte y darte consejos sobre tu técnica.

—Eso te gustaría, ¿no? Pervertido.

—Te desnudé y deletreé el alfabeto entre tus piernas con mi lengua anoche. Claramente estoy interesado en lo que hay debajo de tu ropa. No pensé que fuera un secreto.

Se sonrojó. —Sí, bueno, al menos mi culo imperfecto sigue siendo un secreto. Supongo que sí.

—Definitivamente no lo será por mucho tiempo —dije. Trató de golpearme, pero le cogí las manos. —En cuanto al abecedario, fue espectacular

—Basta. Me vas a hacer sonrojar, y yo no me sonrojo —dijo.

—Ya te estás sonrojando.

—No, eso es sólo una hemorragia interna de mi cara. No te hagas ilusiones.

—Mi error. Pensé que tal vez mi seducción finalmente estaba empezando a funcionar.

—Tal vez sólo un poco.

—De cualquier manera. Me alegro de que haya pasado anoche. Me gusta ver los secretos detrás de las cortinas, aunque sea un poco.

—¿Y qué ves detrás de mis cortinas? —preguntó.

—No estoy seguro. Mis ojos estaban cerrados cuando bajé.

Se detuvo, y luego puso una mueca de asco. —Oh, Dios mío. Por favor, no vuelvas a llamar ‘cortinas’ a ninguna parte de la anatomía femenina.

Me reí. —Lo siento. Estoy completamente de acuerdo en que es una palabra horrible y poco halagadora. Pero no pude resistirme. Prácticamente me dejaste boteando la pelota lista para rematar.

Levantó las cejas y extendió las manos—. ¿Y qué? Dejando de lado tu terrible sentido del humor. ¿Qué secretos te revelé?

—Que tal vez tengas una excusa para ser una perra tan fría todo el tiempo. —Ella se rio. —Estoy bromeando. Pero pusiste una buena fachada, aunque nunca me la creí. No del todo.

—¿Quién dice que es una actuación?

—Tus ojos lo hacen. Puedes controlar tu cara bastante bien, pero no tus ojos. Y la forma en que tu boca se mueve cuando piensas que algo es gracioso. Eso, y la forma en que me has estado jodiendo desde la primera vez que nos conocimos.

Abrió la boca para protestar y luego la cerró con pinzas. Ladré una carcajada. —Maldita sea. ¿Estabas interesada en mí?

—Cállate. No. Solo no podía creer lo arrogante que parecías.

—¿Pero estoy equivocado?

—Sí. Y no te estaba jodiendo. A veces me imaginaba cómo eras, tal vez. Pero eso es lo más lejos que llegué.

—Para alguien que se pasa todo el día fingiendo, eres una mala mentirosa.

—Estás patinando sobre hielo delgado, Ted.

Miré hacia abajo—. ¿Qué? Esto es sólido.

Ella puso los ojos en blanco. —Mala elección de palabras. Sabes a qué me refiero. Si quieres que tus gestos románticos den resultado, deberías dejar de burlarte de mí.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. No estoy haciendo gestos románticos, y no espero algún tipo de recompensa.

—Estamos patinando juntos mientras los copos de nieve se deslizan a nuestro alrededor. Vamos. Este es un gesto romántico de máximo esfuerzo. Noventa por ciento de esfuerzo por lo menos. Sólo admítelo. Perseveras mucho, aunque no sepa por qué te interesas por mí.

—Más bien ciento diez por ciento —admití con una risita. —Me esfuerzo tanto porque no puedo evitarlo. No lo entiendo completamente, pero sé que se siente diferente contigo. Desde el momento en que hablamos por primera vez, me sentí atraído. Pasé de no pensar en nada más que en el trabajo a tener que forzarme a concentrarme cuando estaba trabajando. No podía dejar de correr a través de los escenarios de cómo podría ganarte o romper esas barreras de sarcasmo que pones —le dije.

—Barreras de sarcasmo. Ouch.

—No me estaba quejando —le respondí.

—Entonces, ¿por qué no has hecho la pregunta importante todavía?

Me volví hacia ella, olvidando que estaba en patines, y rápidamente me rompí el trasero.

Para añadir a la humillación, continué deslizándome unos pocos pies sobre mi trasero antes de que mi espalda chocara contra la barrera exterior de la pista.

Giulia se arrodilló con gracia y se deslizó hacia mí hasta que quedó en cuclillas entre mis piernas, con los ojos fijos en las míos. El repentino silencio de la noche sin el rasguño de nuestros patines sobre el hielo se sintió sorprendente.

—Creo que me he golpeado la cabeza demasiadas veces esta noche como para entender cuál es la pregunta importante —solté. —Tal vez puedas ayudarme.

—No me has preguntado por qué he accedido a tener dos citas contigo.

—¿No es obvio? —pregunté con una sonrisa.

Me dio un puñetazo en el pecho, lo que me hizo reír. —Hablo en serio —dijo.

Dejé que la sonrisa se desvaneciera de mi boca y agité la cabeza—. ¿Tengo que hacer la conjetura correcta, o es una pregunta retórica?

—He accedido a salir contigo porque normalmente la gente me cansa. Unos minutos de interacción social y estoy lista para sentirlo como una semana. Eres el primer chico del que he querido algo más. —Dejó caer sus

ojos, y el silencio que siguió pareció añadir más peso a sus palabras.

Le toqué la barbilla, inclinando su cara hacia la mía. —Esta es la parte en la que normalmente haría algún tipo de movimiento, pero no creo que pueda mover más que mis brazos sin caer nuevamente.

—¿Qué estás diciendo? —Preguntó.

—Voy a necesitar que me saques de aquí y luego olvides que alguna vez pasó, si quieres que esto vaya más lejos, al menos.

Se puso de pie, se puso de mi lado y me tomó las dos manos. Me empujó y empezó a jalarme en el hielo sobre mi espalda.

—Tu trasero se ve bien desde aquí abajo —le dije mientras la miraba.

Se giró y miró fijamente—. ¿Estás diciendo que no se ve bien desde tu punto de vista normal?

—No. En absoluto. Sólo que es genial desde todos los ángulos.

—Sí, me pregunto si tu hermanastra estará de acuerdo.

Me estremecí un poco con eso.

Ella me arrastró hasta la puerta y pude plantar mis manos y salir del hielo de una manera muy indigna. —Creo que disfruté más siendo arrastrado por el hielo que patinando sobre él.

—¿Por mi culo o porque no corrías el riesgo de caer? —“Definitivamente el culo —contesté.

Se mordió el labio, luego se arrodilló y empezó a empujar contra mis hombros. Todavía estaba sentado, y por un segundo pensé que estaba tratando de hacerme recostar de espaldas.

—¿Qué estás haciendo? —Le pregunté.

—Quiero que te sientes como estabas antes —dijo ella, empujando un poco mis piernas hasta que las abrí. —Así está bien. —Se arrodilló entre mis piernas de nuevo, igual que hace un minuto en el hielo. —Estabas diciendo que si podías moverte correctamente, harías un movimiento, si mal no recuerdo.

Tomé la parte de atrás de su cuello y la bajé para besarla. Sus labios estaban un poco fríos, pero su lengua se sentía tibia. A lo lejos, esperaba que el guardia de seguridad al que había sobornado no se hubiera quedado a vernos besándonos, pero tampoco iba a dejar que nada me impidiera llevármela... de la forma que yo quería esta vez. Otra vez no.

—¿Estás seguro de que no está filmando esto? —Preguntó Giulia.

—No —admití. —Pero me impresionaría mucho si hubiera pensado en ocultar cámaras aquí. Sin embargo, estaba planeando llevar esto adentro. —El frío en tu trasero no es exactamente mi idea de un gran final para la noche.

# CAPITULO 11

## GIULIA

Una vez que entramos en una de las tiendas de vidrio al lado de la pista de patinaje, ambos estábamos en calcetines, mi camisa estaba medio desabrochada, y los pantalones de Carl también estaban desabrochados. Nos dirigimos hacia la puerta, rasgando la ropa y quitándonos los patines de hielo con las células cerebrales que nos sobraban.

Me mojé los labios. —Hipotéticamente hablando, ¿qué pasará si te dejo tenerme?

—Lo que sucederá es que te acostaré, te levantaré o te sostendré de costado, no importa, y me zambulliré en ti como si hubieran pasado años en vez de días desde que decidí que quería follarte. Si me dejas tenerme, te devoraré. Hasta el último maldito centímetro. Eso es lo que pasará.

Traté de tragar, pero sólo produjo un chasquido incómodo en mi garganta. Maldita sea. Estaba caliente. —Hipotéticamente, por supuesto —dije en voz baja. —Eso suena un poco más divertido que 7 pulgadas de silicona.

—Hipotéticamente —estuvo de acuerdo.

Dos minutos después, Carl me apretó contra una pared detrás de una puerta que decía ‘Sólo personal autorizado’. Resultó ser una especie de sala de mantenimiento, y pudimos escuchar el sonido del oficial de seguridad mirando una comedia, por sus risas, a través de las delgadas paredes.

Su mano clavó mis muñecas sobre mi cabeza y su cara estaba a centímetros de la mía. Cada nervio de mi cuerpo gritó por su toque hasta que mi piel se sintió punzante por todas partes. Podría preocuparme de las consecuencias e implicaciones más tarde. Desde el momento en que lo vi, tanto si quería admitirlo como si no, había estado en un curso de colisión con Carl Hanson. Pasó por todos los intentos que hice para mostrarle al mundo que no me importaba. Pero cuando se trataba de él, me importaba. Y mucho.

Quería lo que él tenía para dar, y lo deseaba tanto que me dolía. No era cuestión de ‘si’, sino de ‘cuándo’.

Me besó de esa manera dura y posesiva, como si cada toque de sus labios fuera una marca para mostrar al mundo que yo había sido reclamada y que sería mejor que se mantuvieran alejados.

—¿Qué estamos haciendo? —Pregunté entre besos.

—Esto se llama prelude —dijo lentamente, como si estuviera explicando algo a un niño. —Primero te pongo tan caliente que apenas puedes estar de pie, luego-

—Entiendo el concepto —interrumpí—. ¿Qué es esto? ¿Qué significa eso?

Se encogió de hombros. —No tiene que significar nada. Por una vez, deja de intentar darle sentido a todo. Sólo experimentalo. Vívelo. Ocupate de las preguntas más tarde.

Sus palabras me bañaron, apenas se hundieron en mi mente porque estaba tan preocupada por su cercanía. Su cuerpo estaba presionado contra el mío, cálido y lleno de promesas deliciosas. Su pene era duro como una roca y me presionaba el estómago, lo que no me daba ninguna duda de adónde quería ir esta noche.

—¿Y si no es tan simple? —Pregunté.

Se inclinó hacia adelante, tomando mi labio inferior entre sus dientes y se alejó lentamente, dejándome con un ligero agujijón y una ardiente sed de más —. ¿Y si lo es?

Intenté canalizar algo de su indiferencia. Esto ya no era el instituto. La gente tenía sexo casual. Relaciones casuales. A veces las líneas no tenían que ser en blanco y negro. ¿No podría entrar en ese mundo por esta vez?

Carl puso su mano en la parte interior de mi muslo, alejando mis pensamientos de cualquier duda que tuviera y llevándolos directamente al letrero de neón que parpadeaba en mi mente y que decía “Hazlo.

Así que lo dejé ir. Relajé mi cuerpo, dejando que su mano atrapara mis muñecas y dejando que su otra mano quemara un rastro por dentro de mi muslo. Le dejé deslizarse por los pantalones y luego le dejé ponerme un dedo entre las piernas, con la piel caliente contra mis bragas ya empapadas.

Me besó el lóbulo de la oreja. —Tu vagina no parece tener dudas.

—Esa nunca fue la parte de mí que tuviste que pelear para ganártela — admití. —Me tuviste entre las piernas desde el primer momento. Era el resto de mí el que no estaba listo para admitirlo.

—Mierda —dijo con voz ronca, sus dedos moviéndose lenta y rítmicamente contra mí. —Sabía que lo querías desde el primer momento en que te vi. Lo escondiste bien, pero lo sabía. Pude verte deseándolo en el vestíbulo del apartamento, deseando que hiciera un movimiento.

—Imposible... Dios mío, cómo habrías pensado eso.

Me apretó las muñecas con más fuerza, los labios aún tan cerca de la oreja

que podía sentir cómo se movían mientras hablaba, mientras sus dedos se deslizaban hasta la cintura de mis bragas y se sumergían dentro, extendiendo mi resbaladiza excitación a lo largo de sus dedos. —Me estabas mirando desde la primera vez que me viste. Admítelo.

—Mentira —dije.

Se rio, y sentí el sonido vibrando a través de su pecho hacia el mío. —Soy muchas cosas, pero nunca he sido un mentiroso.

Casi discutí con él, señalando que había estado lejos de ser honesto cuando se presentó bajo un nombre falso, pero las sensaciones que me inundaban eran demasiadas para pensar, demasiadas para hablar. Los únicos sonidos que salían de mi boca eran ininteligibles, gemidos tan fuertes que esperaba que el guardia de seguridad no pudiera oírlos sobre su programa de televisión.

Me cogió tan fuerte con el dedo que me acerqué mientras lo agarraba para evitar caerme. Mis rodillas eran como gelatina, mi cerebro como huevos revueltos, como una parte distante y lógica de mí que todavía estaba tratando de lidiar con lo que significaba este momento, lo que implicaba sobre nuestro futuro o la falta de él.

Se arrodilló como si estuviera a punto de declararse, y luego me miró con una sonrisa de lobo. Levantó sus dedos índice y medio, que estaban empapados con mis jugos. Sin apartar la vista de mí, corrió con su lengua desde la base hasta la punta, bebiéndome. Se mordió el labio y su sonrisa se amplió. —Que te jodan si sabes bien. Necesito más. —Me bajó las bragas en un rápido movimiento, me las quitó completamente, y luego enganchó sus brazos bajo mis piernas, dejándome caer hasta que mi espalda estaba contra la pared y mi peso estaba sobre sus hombros. No había tiempo para pensar, ni para dudar o preguntar.

—Tienes la vagina más sexy que he visto nunca —gruñó antes de besar las entrañas de mis muslos. Su rostro estaba tan cerca de mi sexo que podía sentir el calor que irradiaba de su piel como una persistente promesa de lo que vendría. Sentí que debía estar avergonzada o cohibida, porque aquí había mucha más luz de la que había en su apartamento por la noche, pero lo único que podía sentir era la anticipación.

Cuando me puso los labios encima, fue como si el tiempo se detuviera. El calor de su lengua en este lugar tan íntimo casi me empujó al clímax instantáneamente. Pensé en todas las cosas perversas que la lengua le había ayudado a orquestar hasta este momento, y cómo al verlo usarla para

complacerme me hacía sentir tan deliciosamente traviesa. No esperaba que la sensación de poder fuera tan sexy.

Tiró de mi clítoris entre sus labios, rodeándolo con su lengua antes de clavarlo dentro de mí y follarme con la lengua. Era demasiado, y me aferré a él, tijeando su cabeza entre mis muslos cuando el orgasmo me atravesó como un tren de carga.

Me soltó de sus hombros y me dejó en el suelo antes de quitarse la ropa que le quedaba.

Rápidamente sacó un condón de su envoltura y lo deslizó a lo largo de su erección.

Se puso de rodillas, me agarró por las piernas y me empujó hacia él hasta que su pene yacía entre mis piernas y me miraba con ojos de párpados pesados.

Yo quería hacerlo delicado y esperar a que se pusiera dentro de mí, pero él parecía que se iba a quedar allí, vagando por mi cuerpo con sus ojos. Tomando las cosas en mis propias manos, lo alcancé y lo guie dentro de mí. Yo ya estaba empapada, y él se deslizó hacia adentro fácilmente.

Me eché hacia atrás y busqué por encima de mi cabeza para agarrar con mis dedos debajo de la puerta cerrada y enganché mis piernas alrededor de su espalda, extendiéndome para que él pudiera conducirse más y más profundo, hasta que pensé que no era posible que me llenara más completamente.

—Te sientes tan bien —jadeé.

—¿Estás sorprendida? —Preguntó.

—Idiota —dije, tratando de reírme, pero perdiendo el sonido cuando me arrancó otro gemido. Nunca antes había sido del tipo ruidosa, pero era imposible no hacer ruido con Carl. Tenía una forma de hacerme sentir como si estuviera en una película o en un cuento de hadas. Quería tomarme por su cuenta, y poco a poco me di cuenta de que yo también quería eso. Quería enredarme con él, ser parte de su vida y su mundo. Quería acurrucarme en su corazón y hacer mi cama allí.

Mis pensamientos pronto fueron despejados por su creciente ritmo. Observé su expresión, amando la forma en que sus hermosos rasgos se retorcián con crudo placer. Agarró mis caderas, y la última de las delicadas y lentas maneras en que me había estado llevando fue borrada cuando empezó a usar mis caderas como si fueran manijas, golpeándome contra sí mismo como si fuera un juguete sexual. Dios, hacía tanto calor.

La línea entre orgasmos se difuminó. Ni siquiera estaba segura de si estaba

a punto de llegar al clímax, en medio de uno, o bajando de uno. Todo lo que sabía era que si el beso se había sentido bien, esto estaba mejor. Sexo como este no existía entre personas que no estaban destinadas a estar juntas. Yo me lo creía. Tenía que creerlo.

Gruñó, cayendo sobre mí al acabar.

—Mierda —jadeó en mi pecho. —Planeaba durar mucho más que eso.

Me reí, pero el sonido era débil. Mi cuerpo seguía convulsionando por todas partes, mi piel estaba en llamas con agradables olas de felicidad. —Afortunadamente para ti, lo que cuenta es la calidad, no la cantidad. Estoy empezando a reconsiderar mi postura sobre los méritos de los juguetes sexuales contra los de verdad —le dije.

—Idiota —se rio.

Le di una bofetada en el pecho, pero me mordí el labio y sonreí. —Es de mala educación llamar a alguien idiota mientras tienes el pene en su interior.

Se inclinó y me besó la barbilla mientras sonreía malvadamente. —Quiero oírte admitir que harías cualquier cosa por más de esto. —Movié las caderas con un sutil empujoncito que inmediatamente volvió a encender todo el calor de mi estómago.

—No haré tal cosa.

—Qué lástima. Supongo que lo sacaré entonces.

Me senté y agarré su apretado trasero, sosteniéndolo dentro de mí. —No. No lo harás.

—Maldita sea, me calienta cuando te pones mandona conmigo.

—Bien. Entonces no te importará cuando te ordene que lo vuelvas a hacer. Igual que la última vez. —Me incliné hacia atrás y lo miré con una expresión que probablemente no era tan amenazadora como yo quería, ya que no podía dejar de sonreír.

Hizo un asentimiento rápido. —Debo advertirte. Soy un superdotado, así que espero que no planees ir a trabajar mañana por la mañana.

# CAPITULO 12

## CARL

Dan y Marcus ya me estaban esperando fuera de mi oficina. Intenté parecer alerta, pero había tenido solo una hora de sueño.

Dan, como siempre, optando por el look de ‘negocios muy casual’, llevaba una camisa abotonada con las mangas arremangadas. Al menos parecía que se había peinado el pelo salvaje, lo que no siempre era un hecho. Por alguna razón, a las mujeres parecía encantarle su estilo perezoso y despreocupado, aunque hubiera preferido un poco más de profesionalismo cuando él estaba representando la compañía, pero no podía quejarme. Dan hacía el trabajo y lo hacía bien a su manera única y frustrante.

Marcus se asemejaba a una estatua junto a la puerta, como si hubiera sido colocado allí para asustar a cualquiera que pensara en venir a mi oficina.

—¿A qué debo el honor? —Le pregunté. —No es propio de ustedes dos hacer una visita a domicilio.

—La oportunidad está llamando —dijo Dan. Me abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara. Marcus, inconsciente como siempre, caminó justo delante de mí como si Dan le hubiera abierto la puerta.

Me instalé detrás de mi escritorio, donde tuve que resistir el impulso de ingresar a mi computadora y comenzar a revisar los correos electrónicos de inmediato. La multitarea nunca había sido una de mis especialidades. Era propenso a tener visión de túnel en todos los niveles de mi vida. Si tuviera cuatro tareas por día, a menudo me obsesionaría tanto con completar la primera hasta la perfección absoluta que sólo me daría cuenta de que no me quedaba tiempo para las tres tareas restantes cuando ya era demasiado tarde. A mayor escala, me había obsesionado con hacer la carrera que quería durante toda la escuela a costa de no tener una vida social. Una vez que empecé la compañía, había seguido ignorando todo menos el trabajo. Si no hubiera tomado el personaje de Ted Smith para evitar a mi hermanastra, no estaba seguro de que hubiera sentido que tenía tiempo para salir de nuevo.

Me preguntaba si Giulia tenía idea de en cuántos problemas estaba metida al convertirse en mi última fijación. Peor aún así, me preguntaba si sería capaz de mantener mi vida en el buen camino cuando todo lo que quería hacer era

tener más de ella, saborearla más.

Apreté con fuerza las manos alrededor de los apoyabrazos de mi silla. Sabía que Dan estaba hablando, pero todo lo que podía oír era el suave y desesperado aliento de Giulia mientras yo trabajaba en ella y la conducía al éxtasis. Era difícil imaginarme queriendo o preocupándome por cualquier otra cosa, como si acabara de tener mi primera dosis real de una droga que sabía que me iba a consumir. La parte aterradora fue que estaba absolutamente dispuesto a dejar que ella tomara el control, incluso cuando no estaba seguro de cómo mi vida podría derrumbarse a nuestro alrededor.

—¿Y? —Preguntó Dan.

—Está fuera de sí —dijo Marcus. —Hablando desde la experiencia. No oyó ni una palabra de lo que dijiste, te lo garantizo.

—Estaba escuchando absolutamente todo —dije.

—Entonces dame tu versión de lo que acabo de decir.

—Tú... me estabas hablando de una oportunidad de negocio.

Dan suspiró. —No, imbécil. Te estaba diciendo que tenía que hacerme una endoscopia porque no podía cagar durante tres días y me estaba preocupando.

Levanté una ceja—. ¿Qué?

—Sí. Resultó que era un nuevo batido de proteínas que estaba probando. No consumo suficientes verduras o algo así. Fibra, todo ese tipo de cosas.

Marcus asintió sabiamente. —La fibra es importante. Ayuda a mantenerte regular. El yogur también es bueno. Bacterias buenas para tu intestino, pero si tienes problemas de lactosa como yo, siempre puedes ir por la ruta del probiótico.

—¿Esto es en serio por lo que esperaron fuera de mi oficina? Mis movimientos intestinales están perfectamente bien, gracias.

—No —dijo Dan. —Se llama charla trivial. La gente normal lo hace antes de hablar de negocios con sus amigos.

—En realidad —dijo Marcus. —No sé lo normal que es hablar de ese tipo de cosas. Es gracioso. Todos lo hacemos, pero todos quieren barrerlo bajo la alfombra como si tener una evacuación intestinal fuera una gran conspiración.

—Se rio y agitó la cabeza. —A veces sólo quieres salir y gritarlo a todo pulmón, ¿Sabes? ¡Hey! ¡Me cago! ¡Y estoy orgulloso de ello! —Dan y yo suspiramos al mismo tiempo.

—Marcus —dijo Dan. —Eres el hombre más raro que he conocido. Hay una razón por la que no te dejamos conocer clientes, y ese comentario fue un buen ejemplo.

Marcus señaló a Dan mientras me miraba con las cejas levantadas—. ¿Ves lo que quiero decir? Quiere barrerme bajo la alfombra porque hablé de ello.

—Lo que tú digas, Marcus —dijo Dan. —La verdadera razón por la que vinimos fue para decirte que tenemos un pez gordo en la mira. Ella es el enlace para una corporación multinacional, y ellos tienen un paquete de acciones jugosas que dan a todos sus superiores. Si incorporaran nuestros paquetes a sus programas de compensación, estaríamos facturando casi el doble de lo que estamos ganando ahora, así de fácil. Piensa en ello. Un único trato, y el doble de todo, tal vez más. Porque quién sabe lo que una gran compañía como esa podría hacer por nuestra reputación.

—Así que estás diciendo que haríamos mucho dinero con ellos. —Abrí las manos. —Pero si no hubiera una trampa, no estarías tratando de convencerme de que esto es algo bueno.

—Si, hay una pequeña trampa —admitió Dan. —Sé que prefieres que yo haga todo el trabajo por ti, pero esta señora quiere conocerte personalmente. Dijo que no quiere el discurso de venta. Ella quiere ver directamente en la mente detrás de estos paquetes. Una freak del control, supongo.

—Ya veo. Averigua los detalles de lo que espera y llámame. No la llevaré a los partidos de béisbol o algo ridículo. Podemos tener una reunión en un ambiente profesional. Traeré mi laptop y le mostraré el proceso. Pero no haré más que eso. Ni volteretas de mierda ni powerpoints.

—A la gente le gustan los powerpoints —dijo Marcus. —Piénsalo. Cuando estabas en la escuela, el día que tu profesor sacó un powerpoint fue el mejor. Además de ver una película, por lo menos.

Dan y yo miramos a Marcus como si fuera un idiota, lo cual, con toda probabilidad, lo era.

Dan se volvió para mirarme—. ¿Ni siquiera un poco de persuasión? Tus técnicas antisociales de gruñido no van a funcionar aquí. Esta es una gran oportunidad. No sólo para ti. Piensa en todos nuestros empleados. El tipo que trabaja en la recepción. Las secretarias. Los gruñones que conectan los números. Mi equipo que se rompe el culo todos los días para buscar nuevos clientes. Piénsalo, hombre y finge que sabes cómo ser persuasivo.

—Vamos, Dan —dije. —Te conozco lo suficiente como para saber que no te importan los empleados, así que no finjas que lo haces

—Pero a ti sí. —Me señaló y me hizo una sonrisa odiosa. —Hay una razón por la que soy un buen vendedor, Carl. Es porque puedo entender a la gente sobre la marcha. Puedo golpearlos donde sea importante. Te conozco desde

hace mucho tiempo como para no tener que descifrar nada, así que ríndete antes de que tenga que sacar el armamento pesado y empezar a ser persuasivo.

Me reí y agité la cabeza. —Bien. Pero no estoy de acuerdo porque creas que puedes persuadirme. Estoy de acuerdo porque eres tan testarudo que sé que me aburrirás si intento resistirme.

Bordeó mi escritorio y me dio una palmadita en el hombro. —Ese es el espíritu.

# CAPITULO 13

## GIULIA

Me reuní con Lucy en una cafetería cerca de mi apartamento. No la había visto desde la noche en Galleon cuando estaba a cargo de la recepción por orden de Austin. No esperaba volver a ver a la mujer. Había perdido la cuenta de cuántas veces un conocido casual había dicho el fatídico: ‘Deberíamos vernos alguna vez’. Por supuesto, ‘alguna vez’ era otra forma de decir hipotéticamente. Era más bien como decir: ‘No planeo reordenar mi vida para hacer tiempo para ser tu amiga, pero hipotéticamente, si estuviera dispuesta a hacerlo, estoy segura de que nos divertiríamos’.

Así que cuando Lucy se llevó a mi número en Galleon, lo último que esperaba era que me llamara.

Lucy sorbió su café, mirándome por encima del borde de su taza. Con ese pelo negro y su rostro afilado, me sentí un poco celosa de su aspecto natural de villano. Puse mucho esfuerzo en hacerme ver como alguien a quien no te atreverías a acercarte, pero Lucy parecía mi opuesto polar. Tenía el don natural de tener ojos traviesos y aterradores y un giro en la boca que hacía que pareciera que acababa de terminar de susurrarte mentiras. Sin embargo, se vestía con colores brillantes y un atuendo que parecía gritar al mundo que era dulce e inocente.

Luego estaba yo. Había pasado la mayor parte de mi infancia diciendo que parecía una princesa. Me prepararon para ser una princesa moderna. Un enigma diseñado para atrapar a un hombre rico. Retrocedí todo el camino, pero los fantasmas de esa expectativa nunca se apartaron de mi mente.

Todas las mañanas, hacía todo lo posible para cubrir ese recuerdo con maquillaje y una practicada expresión de indiferencia. No quería parecer una princesa. No quería ser una princesa. Quería ser yo, pero ya no sabía quién era.

—Me sorprende que hayas venido —dijo Lucy.

Me vine cinco veces antes de perder la cuenta anoche. La sucia vocecita en mi cabeza no había dejado de conectar todo con Carl. Tuve que forzar una sonrisa incómoda y pensar en béisbol para calmar el creciente calor en mi estómago. El hombre había sido como la electricidad, y desde que me puso las

manos encima anoche, había encendido algo que yo no sabía cómo apagar.

—Sí —dije en voz baja. Me aclaré la garganta. —Parecías un poco genial, así que...

Se encogió de hombros. —No soy para nada genial. Honestamente, quería ser sincera contigo. Tuve una gran pelea con mis amigos, y últimamente estoy desesperada por algún contacto humano. Incluso esperar unos días para llamarte era como sacarme los dientes. No quería asustarte y parecer demasiado desesperada.

—Demasiado tarde. Estoy asustada —le dije.

Ella se rio. —Lo siento. Pensé que podía decirte que era alguien con quien te llevarías bien. Siempre es tan raro tratar de hacer amigos de adulto. Es como pedirle a alguien una cita, prácticamente.

—Si hubiera sabido que esto era una cita, habría traído mi escote.

Me miró con una sonrisa traviesa y abrió un botón de su camisa. —Vine preparada para adaptarme —dijo.

—Entonces, ¿dijiste que tuviste una pelea con tus amigos? —Quería cambiar de tema, porque por un minuto, no estaba segura de si la mujer estaba tratando de seducirme. No tenía nada en contra de las chicas a las que les gustaba quemar alfombras, pero no era mi estilo, y no quería darle una idea equivocada.

Su mirada se hundió en la mesa. —Sí. Hice algo estúpido. Leí mal a alguien, y realmente lo hice enojar. Y luego lo empeoré al tratar de recuperarlo. Básicamente, todos mis amigos me odian ahora.

—¿Intentaste disculparte?

Sus ojos volvieron a los míos, y vi una sorprendente determinación allí. —No soy del tipo que se disculpa. Tiendo a seguir, incluso cuando estoy equivocada. —Se rio, y toda la fiera intensidad de su expresión volvió a desaparecer. —Lo siento. Así es exactamente como se ahuyenta a los amigos potenciales. Supongo que es bueno que veas mi verdadero yo, con verrugas y todo eso. ¿Verdad?

\*\*\*

Después del café con Lucy, me fui a trabajar. Es cierto que se sintió bien

tener un poco de charla de chicas, algo normal. Mi mejor amiga había estado fuera del país durante meses, y ella había sido mi única fuente de drama femenino. Por supuesto, siempre había fingido que odiaba cuando Valery descargaba su calamidad y se desahogaba conmigo, pero creo que en secreto me agradaba.

Lucy terminó preguntándome sobre mi vida amorosa y, curiosamente, me apetecía compartir. No entré en muchos detalles, pero hablar de lo inesperado que había sido mi nuevo interés amoroso y mis sentimientos por él fue extrañamente terapéutico. Hablar con Lucy me ayudó a entender mis sentimientos sobre Carl y cómo esperaba que se desarrollara nuestra relación. Imagínate. Tal vez el ritual de la charla de chicas tenía algún uso práctico, después de todo.

Incluso en el trabajo, mi mente volvió directamente a Carl. Tanto que me había olvidado de la estúpida fiesta de cumpleaños de Austin esa noche. Por supuesto, Austin no me dejó olvidarlo cuando llegué al trabajo, y tampoco la abuela, que desafortunadamente había decidido que se quedaría en el Galleon hasta que los preparativos para el cumpleaños estuvieran a la altura de sus expectativas. Incluso había llevado una de las sillas de la pasante a mi escritorio y la había convertido en su segunda casa con las revistas de tejido que esparció sobre mi teclado, a pesar de que yo sabía de hecho que no tejía.

—¿Puedes quizás no sentarte tan cerca de mí? Hueles como un asilo de ancianos —le pregunté. En realidad no olía a nada, pero lo único que hacía tolerable a la mujer era que la mantuvieras de pie insultándola primero. Nunca lo admitiría, pero me agradaba. Puede que yo también le haya agradado un poco.

—Tal vez porque vivo en uno, imbécil —dijo la abuela.

—Se llama ducha —dijo Austin. Había salido de su oficina y se había apoyado en mi escritorio en medio de nuestro intercambio.

—Estoy segura de que sé más de duchas que tú de peines —dijo. —Mira ese ridículo pelo. Parece que te viniste a trabajar con la cabeza por la maldita ventana. Lástima que no chocaste los dientes con un letrero de la calle.

Esnifé. La abuela podía ser salvaje, especialmente cuando se trataba de Austin. La pareja tenía una guerra de insultos cada vez más intensa, que parecía que siempre se peleaban entre ellos.

Austin sonrió con suficiencia. Su pelo era un poco loco, pero tenía el tipo de cara que significaba que no importaba. Aun así, disfruté ver a la abuelita haciéndole pasar un mal rato. —Te traje al trabajo. ¿Por qué demonios crees

que saqué la cabeza por la ventana? Ducha. Deberías probarla.

Intentó ocultarlo, pero vi una sonrisa amenazando con abrir los labios de la abuela. —Si saltarme una ducha significa que sacarás tu estúpida cabeza por la ventana durante todo el viaje en coche, entonces haré que corten la maldita agua en mi habitación.

—Tú eres la que insistió en que te trajera. Me ofrecí a pagar por un Uber.

—No quiero tu dinero sucio, pene de lápiz.

Levantó las manos frustrado. —Te lo he dicho tantas malditas veces. Los lápices vienen en todos los tamaños y formas. Eso ni siquiera es un buen insulto.

—¿Tienes los sesos en el culo? —preguntó la abuela. —Porque te sale tanta mierda de la boca, que debe estar preguntándote si debes usar los calzoncillos en la cabeza.

Austin trató de luchar, pero finalmente se rio. —Mierda —murmuró antes de volver a su oficina.

Fue un intercambio bastante típico entre los dos. Intercambiaban insultos hasta que alguien ganaba extraoficialmente.

—Es un buen chico —dijo ella.

—¿Alguna vez se lo has dicho? —Le pregunté.

Hizo un ruido despectivo—. ¿Crees que le diré al hombre que cree que es un regalo de Dios para la Tierra que me agrada? Claro que no. Tal vez en mi lecho de muerte. Tal vez.

—Pensé que no planeabas morirte nunca.

—Exactamente.

Sonreí. —Buen punto.

—Entonces, ¿cuándo vas a contarlo todo? Puedo oler el pene en ti. Te acostaste con alguien y no me lo dices.

—Por favor, dime que es sólo una forma de hablar. —Levanté mi axila y olfateé, pero todo lo que pude oler fue un leve indicio de mi desodorante.

—Ya sabes lo que dicen, una vez que un sabueso tiene el olor de un pene en la nariz, puede olerlo desde una milla de distancia, incluso en el agua.

Me arrugué la cara—. ¿Qué? No. Nadie dice eso, abuela. Creo que acabas de mezclar como tres hechos reales en una mierda especial.

—Sé que te acostaste con alguien porque lo sé. Un día, cuando hayas

vivido para ser tan bien educada y digna como yo, entenderás que los jóvenes no son tan astutos como creen. Ustedes, zurullos, llevan sus sentimientos en la cara, y yo los puedo leer como un libro.

—¿Entonces por qué tengo que contarle todo si ya lo sabes?

—Escucha, mierdecilla. Me vas a decir qué pasó, cuánto tiempo tomó, qué tan grande era, y qué cosas sucias te susurró al oído. Me lo vas a decir voluntariamente, o te voy a torturar psicológicamente.

—¿Quieres decir que vas a ser tú misma? ¿Cómo es eso una amenaza?

—Ni siquiera has empezado a ver las profundidades de lo que soy capaz, Giulia. Podría hacer llorar a un hombre adulto con sólo seis palabras.

—Menos mal que no soy un hombre adulto, supongo. —La abuela levantó las cejas ante el desafío.

Resultó que sólo duré dos minutos contra sus métodos antes de derramar todo.

\*\*\*

Carl me encontró en el Galleon esa noche para la fiesta sorpresa de cumpleaños de Austin. Todos vinieron a la fiesta que se celebró en el piso 36, y finalmente convencimos a Jessie para que invitara a Austin a reunirse ‘secretamente’ con ella allí para una pequeña orgía clandestina de marido y mujer.

Los socios de Carl, Dan y Marcus, también habían llegado. Dan era lo que imaginaba que sería un vendedor de coches usados. Reservado, robusto y lleno de encanto. Tenía una nariz afilada y ojos marrones penetrantes, y parecía como si hubiera tomado una página del libro de Austin sobre la moda casual.

Marcus era lo que imaginaba que sería una estatua si un día se despertaba y se volvía espontáneamente sensible. Tenía una cara que me recordaba vagamente a la de un joven Arnold Schwarzenegger.

Dan me dio la mano y miró a Carl con las cejas levantadas—. ¿Así que esta era tu tipo todo el tiempo? No me extraña que no te llevaras bien con las chicas con las que te emparejé.

—¿Qué tipo de persona soy, exactamente? —Le pregunté.

Me devolvió el sonido, luego se rio y movió su dedo hacia mí. —Eso es bueno. Ella es buena, Carl. Aterradora, pero con ese pequeño toque sexy. Sí, ya veo por qué te gusta.

—Pareces el tipo de hombre que gritaría como una chica si lo apuñalaran. —Me incliné un poco más cerca—. ¿Quieres probar que me equivoco?

Hizo un escalofrío de cuerpo entero y sacó las manos, riéndose un poco nerviosamente mientras miraba entre Carl y yo. —Jesús, hombre. ¿La conseguiste como perro guardián o como novia? No puedo decir cuál.

—Giulia tiene una baja tolerancia a las mentiras —dijo Carl. —Así que tal vez quieras evitar hablar cerca de ella.

—Ya sabes —dijo Marcus. —Solía tener un problema con la lechuga. Si veía lechuga o, especialmente, escuchaba el sonido de las hojas de lechuga crujendo alrededor, mi labio se contraía al estilo de Elvis. No podía evitarlo. Especialmente si era lechuga tipo escarola, eso era lo peor. La locura era que me encanta la lechuga. Siempre me ha encantado. Sólo que no quería parecerme al Rey mientras la comía.

Dan estaba mirando a Marcus con las cejas arrugadas. —Has dicho cinco frases desde la parte en la que esto debería haber empezado a tener alguna relevancia con lo que estamos hablando.

—Iba a decir que si Giulia tiene un problema, podría probar lo que yo hice. Mi terapeuta siguió exponiéndome a más y más lechuga, poco a poco. Incluso me hizo escuchar el sonido en auriculares mientras me miraba la boca en un espejo. Eventualmente, lo superé.

—Genial —dije—. ¿Así que ponemos la voz de Dan en unos auriculares, me siento en una habitación tranquila, y al final no me molestaré por el sonido de la misma?

—Esa es la idea básica —dijo Marcus. —Sí.

—La idea básica es que eres un idiota —dijo Dan.

—Sólo porque sea grande, no significa que no tenga sentimientos que puedan ser heridos. —Carl se llevó la mano a la boca para cubrir una sonrisa. —Son especiales. Lo sé —dijo.

Marcus y Dan nos perdieron el rastro al caer en una discusión de ida y vuelta sobre quién era realmente el estúpido.

—No puedo juzgar. Mis amigos también son idiotas. —Hice un gesto a la abuela, que se estaba bajando los pantalones para mostrar a una multitud de hombres de negocios bien vestidos la parte superior de su tanga de leopardo.

—Woah —dijo Carl—. ¿Es una especie de stripper que viene como una

broma?

—Es la abuela política del cumpleaños.

Carl se ahogó de risa. —Ya veo.

La abuela nos vio mirándola y se dirigió hacia nosotros. —Oh mierda. Nos vio —dije.

—¿Eso es malo? —preguntó Carl.

—Ya verás.

La abuela deslizó sus gafas para mirar a Carl. Ella no hizo ningún intento de ocultar que estaba mirándolo claramente de pies a cabeza y disfrutando de lo que veía. —Bueno, bueno, bueno. Ella tenía razón sobre ti. Te ves como si tuvieras un gran pene.

Me encogí de hombros. La tortura psicológica de la abuela había sido particularmente efectiva, y no se me había dado la opción de retener ningún detalle, incluyendo el tamaño de su pene, al menos en términos generales. No estaba segura de la reacción que esperaba, pero cuando Carl se volvió hacia mí con una sonrisa, me sentí aliviada.

—Considerando tu experiencia en consoladores y la efectividad de diferentes tamaños, lo consideraré un cumplido. Estoy seguro de que, después de todo, habrás tenido algo más grande —dijo.

Ya ni siquiera traté de mentirme sobre el calor en mis mejillas alrededor de Carl. Definitivamente me estaba sonrojando. —Ella es la abuela —dije rápidamente. —Probablemente debería estar preparándose para acostarse, para que no muera de esfuerzo o algo así. ¿No debería hacerlo?

—Tu esperanza de vida va a ser mucho menor que la mía si intentas alejarme de este pedazo de carne de hombre, tetas de burbuja —dijo.

—¿Tetas de burbuja? ¿En serio? —Le pregunté.

—Mira esas cosas. Nunca había visto tetas tan circulares. Tienes que enseñarles a esos cachorros a caerse un poco como los de una mujer de verdad.

—Abuela —dije en voz baja. —No conozco a Carl lo suficientemente bien como para que seas tan rara delante de él. Vas a asustarlo.

Carl se inclinó hacia adelante y bajó la voz para que coincidiera con la mía. —Puedo oír todo lo que dices, y nada me va a asustar, ni siquiera tus tetas de burbuja.

Le di una bofetada en el brazo, pero sólo sonrió.

—Resulta que me gustan tal y como son. Y estoy seguro de que me gustarían si la gravedad decidiera prestarles atención.

La abuela asintió. —Te lo dije. A los hombres les gusta un poco de pando. Quieren el peso de una teta en sus manos. Dales una buena dosis de dos libras y se correrán en el acto.

—¡Abuelita! —Me puse nerviosa. —Sólo vete, por favor. ¿No tienes que prepararte para cuando llegue Austin?

Hizo un sonido desdeñoso. —Me iré, pero sólo porque estoy aburrida de ti. No, tú no, machote —dijo antes de pellizcarle la mejilla a Carl.

—Me agrada —dijo Carl.

—Entonces tienes mal gusto —le dije.

—Debo tenerlo, porque tú también me gustas.

—Sí. ¿Ves? Obviamente eres un idiota. —No podía evitar sonreír de todos modos. Me miraba con un brillo en los ojos, y estaba causando un montón de cosas tontas y femeninas en mi cuerpo.

—Vaya —dijo Carl—. ¿Es un stripper?

Me reí a carcajadas cuando vi a Austin de pie en el ascensor con una mirada de sorpresa en su cara. Estaba desnudo, excepto por generosas cantidades de crema batida en los pezones y entre las piernas. Incluso tenía una cereza enterrada en la crema batida de su pezón derecho, pero la cereza de su izquierda se la había comido o se había caído.

Su entrada fue recibida con un silencio aturdido. Jessie puso su mano en su cara y colgó su cabeza avergonzada mientras una sonrisa de lenta formación extendía los labios de Austin. —Vaya, Jessie —dijo. —Me invitaste a un pequeño bangaroo, ¿y trajiste a tanta gente para que lo viera? Pequeña zorra perversa.

—Austin —dijo ella con voz de advertencia. —Es una fiesta sorpresa. Para tu cumpleaños.

—Oh, ya sé. La abuela dejó un recibo de strippers en mi escritorio. También hizo que Giulia enviara un correo electrónico a algunas personas en la oficina, y yo sabía que ustedes planearían algo, así que husmeé entre todos los mensajes salientes.

Rene se adelantó con una mirada en su cara que de alguna manera estaba pasmada, pero no sorprendida, o tal vez era que estaba rotando de un lado a otro entre las dos emociones—. ¿Sabías que te estaríamos esperando aquí y viniste con eso puesto?

—¿Sorpresa? —preguntó.

Jessie se acercó a él y lo empujó de nuevo al ascensor. Era tan grande que ver a la pequeña mujer empujando la montaña desnuda de músculo de vuelta al

ascensor fue cómico. Austin hizo un saludo rápido y una sonrisa antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

—Es más tonto de lo que pensaba —dijo la abuela. —Pero se ve bien con crema batida. Le daré ese punto.

—¿Ese era tu jefe? —preguntó Carl.

—Desafortunadamente.

—Normalmente usa más que eso para trabajar, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Estás celoso? —pregunté, moviendo las cejas.

No contestó, pero sus ojos se detuvieron en las puertas del ascensor. Un hormigueo de calor se apoderó de mi columna vertebral con la mirada en su cara. Me sentía poseída, pero de una manera extrañamente agradable. Vi en sus rasgos que ya me había reclamado como suya, me marcó. No le importaba lo pequeña que fuera la amenaza, y no iba a quejarse de ello, pero también iba a estar observando a Austin como un halcón de ahora en adelante.

Unos minutos después, Austin regresó con una sudadera y pantalones de chándal. Sonreía como un idiota, y Jessie le seguía de cerca con las mejillas rojas.

—Jessie —le dije, cogiéndola por el brazo mientras volvía a la fiesta. —Tienes crema batida en la boca. Prostituta.

Se llevó la mano a los labios y se frotó la mancha blanca en el labio inferior. Sus ya rojas mejillas se oscurecieron aún más. —Gracias —murmuró antes de caminar rápidamente para alcanzar a Austin.

Carl y yo estábamos distraídos por el desfile de hombres medio desnudos que salieron del ascensor unos minutos después. Cada uno de ellos no llevaba nada más que ropa interior amarilla de neón. Mis ojos pasaron entre los hombres hacia Lucy, que estaba apoyada en la barandilla de las escaleras. Claramente estaba esperando a que me fijara en ella, porque cuando lo hice, me hizo un sutil guiño y luego desapareció detrás de las escaleras.

Fruncí el ceño. No esperaba verla en la fiesta. Supongo que no debería haber sido una sorpresa total, ya que ella estuvo allí para la fiesta hace unas noches. Ella debe haber conocido a alguien en la compañía, e hice una nota mental para preguntarle quién era más tarde. No estaba segura si estaba tratando de hacerme una señal para que fuera a hablar con ella, pero me sentí rara al presentarle a Carl. Tal vez eran celos, o tal vez sólo era yo siendo antisocial, pero no quería que se conocieran. Incluso sin verlos juntos, algo sobre la idea me desanimó, como anticipar una mala reacción química.

Después de que Austin se vio obligado a soportar los bailes eróticos de un

equipo de strippers masculinos aceitados, Carl y yo nos encontramos en un espacio más tranquilo lejos del grupo principal de la fiesta y de los gritos sin parar de la abuela.

Carl tomó un sorbo de su bebida y me dio la clase de levantamiento de ceja y suspiro que era la abreviatura universal de ‘bueno, eso fue interesante’.

Asentí con la cabeza. —He aprendido que es mejor que no te detengas a cuestionar nada de lo que pasó. Me seccioné una parte de mi cerebro por deshacerme de todos los recuerdos relacionados con Austin y Grammy. No pienso en eso si puedo evitarlo —le dije.

—Buen consejo. Parecen divertidos, sin embargo. Debe ser agradable trabajar para un tipo que no es un hombre duro.

Me acerqué a Carl y le apreté el culo. —Los culos duros no son tan malos. Se rio.

—Pero no. No es lo que quiero —añadí. Sentí que me quedaba un poco sin aliento. Ni siquiera le había contado a Valery el hecho de que estaba buscando un título en administración de empresas, o sobre mis verdaderos sueños. No sabía por qué, pero de todas las cosas que guardaba para mí, me parecía la más preciosa. Sin embargo, podía sentir que se levantaba, como si el impulso de compartirlo con Carl fuera una presión que me haría estallar si lo retuviera por mucho más tiempo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Es estúpido, pero ¿recuerdas que dije que mis padres decidieron que no podían tener su gurú de los negocios porque nunca tuvieron un niño?

Asintió lentamente, y pude ver que la comprensión ya se estaba filtrando en sus rasgos. Su intuición inherente del origen de mis motivaciones me hizo enamorarme de él aún más fácil.

—Sí —dije. —Supongo que siempre he sido dada a las metáforas. ¿Qué mejor manera de hacerles pagar por la forma en que me criaron que convertirme en el hijo de sus sueños, sin el pene, y hacerlo sin su ayuda? Oh, y no darles ni un centavo, no importa cuánto rueguen.

Carl asintió apreciativamente. —Me preguntaba sobre esa parte. Algunos chicos se ponen tan mal de la cabeza que, en tus zapatos, todavía querrían dar dinero a sus padres si lo hicieran a lo grande.

—Estoy mal de la cabeza, pero no de esa manera. Actualmente están administrando un lavado de coches en el sur con su último préstamo desacertado. No creo que sea lo suficientemente cruel como para dejarlos pasar hambre o sin hogar, pero hasta ahí llegará mi misericordia. Así que sí,

probablemente todo es una fantasía sin sentido, de todos modos. Me propuse convertirme en una mujer dura de negocios, y aquí estoy, años después, trabajando como secretaria para ese idiota y acumulando lentamente una deuda paralizante para obtener mi maestría.

—¿Puedo ofrecerte un trabajo?

—No. La fantasía del poder es que yo haga algo increíble y me convierta en el fenómeno femenino del mundo de los negocios. No el fenómeno de chupar penes hasta la cima.

—Técnicamente, no me la has chupado. No es que esté siguiendo la pista ni nada, pero vale la pena notarlo.

Levanté una ceja. —Lo haré cuando me lo ruegues.

Se rio. —No recuerdo haberte hecho suplicar que te comiera —añadió.

—Eso es porque eres demasiado amable y dejaste pasar una oportunidad para afirmar tu dominio. No voy a cometer el mismo error. Ruega y lo haré. De lo contrario, no sucederá.

Hubo un parpadeo desafiante en sus ojos. —Si te pongo cachonda, tú serás la que me suplicará.

—Oh, lo dudo.

—No lo sé.

—Además, ¿cómo puedes ponerme cachonda en contra de mi voluntad? Soy más o menos inmune a los actos habituales de seducción. Las dos veces que hemos estado juntos, elegí ser seducida. Hay una gran diferencia.

Sonrió con una sonrisa de suficiencia. —Ahora has cometido un error. No sé si sabes esto de mí, pero soy muy competitivo y me desafiaste.

—De alguna manera, creo que sobreviviré.

Dio un paso más cerca. Me mantuve firme, lo que puede o no haber sido un error, porque él estaba lo suficientemente cerca como para que yo pudiera sentir el calor que se desprendía de su piel. Mi mente se iluminó con imágenes de cuando estábamos juntos. Imágenes de mis dedos presionados contra su piel las perlas de sudor. La forma en que se veían mis talones mientras se envolvían alrededor de su delgada y musculosa cintura y se deslizaban contra su duro trasero. La forma en que se sintió cuando sopló calor en mi cuello durante su clímax, y la forma en que se rascó su cara contra mi pecho mientras me besaba como si estuviera hambriento de más.

Me lo tragué, y fue, desafortunadamente, una de esas golondrinas de dibujos animados la que hizo un fuerte chasquido. Aparentemente, tenía talento para sacármelas. Con un esfuerzo considerable, mantuve mis ojos fijos en los

suyos. No muestres debilidad. No dejes que vea que su pene ya se ha infiltrado en tu mente. No dejes que sienta que tu vagina, que ha estado muda toda tu vida, ha encontrado espontáneamente un camino directo a tus pensamientos y está tratando de reconfigurar la sección obstinada de tu cerebro para que le des exactamente lo que quiere este hermoso hombre.

Puso su pulgar en mi labio inferior y lo estudió. Cada movimiento fue deliberado. Lento. Con cuidado.

—Es un labio —bromeé, esperando disipar algo de la magia que ya estaba haciendo conmigo. —Pareces confundido —dije cuando sus ojos se dirigieron hacia los míos con peligrosa intensidad.

—Me estaba imaginando lo bien que se sentirían en mi pene.

—Oh. Veo que vas con la aproximación directa aquí. ¿Puedo ser directa también?

—Por favor —contestó.

—Por mucho que me guste, no voy a ponerme de rodillas y chupártela en medio de la fiesta de cumpleaños de mi jefe. También soy demasiado terca para hacerlo ahora que dijiste que me harías rogar, así que estamos en un callejón sin salida.

—¿Qué sugieres?

—¿Has oído hablar del acondicionamiento clásico? Básicamente, muestra que las personas pueden ser entrenadas igual que los animales. Combinas un estímulo con una recompensa o un castigo, y puedes animar o desanimar el comportamiento.

—Interesante, profesora.

Le pinché el pecho con el dedo y sonreí. —En otras palabras. Deberías preguntarte qué tuviste que hacer la última vez que tuviste acción. ¿Qué comportamiento recompensé?

—Mi memoria está borrosa. Recuerdo haberme caído de culo. Recuerdo que me sacaste del hielo por los pies. ¿Ya he encontrado oro?

—Me llevaste a hacer algo genial y un poco romántico.

—¿Un poco? Maldita sea. Pensé que lo del patinaje sobre hielo calificaba al menos como bastante romántico.

—Por su cuenta, sí. Pero la caída de tu torpe trasero le quitó algunos puntos.

Él sonrió. —Bueno, maldita sea. Si esa fue mi recompensa por una actuación por debajo de la media, ¿qué obtengo si lo hago con nivel sobresaliente?

—¿Esa mamada que parece querer tanto, tal vez?

—Trato hecho. Pero aun así tienes que suplicar. Tu jefe no es el único con un ego frágil.

—De alguna manera dudo que tu ego esté cerca de ser frágil. Entonces, ¿cuándo podré ver tu romántico gesto? ¿Mañana por la noche?

Él suspiró. —Ojalá pudiera. Tengo una reunión de trabajo después de las horas de oficina, pero este fin de semana. Lo prometo.

No lo dejé ver, pero me sentí mareada. Estar cerca de Carl me hizo sentir de muchas maneras que me dije a mí misma que no debía sentir. Emocionada. Feliz. Niña. Sexy. Me hizo sentir que no tenía que huir de todas las cualidades que mis padres se habían esforzado tanto por forjarme, como si finalmente pudiera relajarme y ser yo para variar.

Sin embargo, me preguntaba si todavía había un truco al acecho.

Después de todo, siempre había una trampa. Un paquete de vacaciones gratis si se presenta a la reunión. Un iPhone gratis si haces clic en este anuncio. Si se veía y sonaba demasiado bueno para ser verdad, probablemente lo era. Y Carl se veía como tal. Estaba fuera de mi alcance, era encantador, simpático e incluso divertido cuando lo intentaba. Y por alguna razón, le gustaba.

¿Dónde estaba el truco?

\*\*\*

Antes de conocer a Carl, estaba perfectamente descontenta de venir a trabajar, ayudar a Austin a evitar sus responsabilidades, y luego lidiar con cualquier tarea o clases virtuales que tuviera que lidiar por noche. Era aburrido y tedioso, pero estaba acostumbrada.

Sabía que se suponía que no debía verlo hoy, y estaba tratando de no ser una niña de trece años enferma de amor que anda deprimida todo el día porque no puede tomar la mano de su novio durante el salón de estudio.

Me puse mi expresión normal, ligeramente molesta y me preparé para un largo día.

La oficina estaba más tranquila de lo normal. Nuestra planta del edificio estaba formada por las más excéntricas “personas de ideas —que ayudaron a

Austin a pensar en nuevas formas creativas y revolucionarias de comercializar para los clientes de Galleon. En teoría, se suponía que eran un puñado de genios creativos con un coeficiente intelectual masivo. En la práctica, se parecía más a un grupo de personas que no entendían la buena higiene y se esforzaban al máximo para evitar sentarse en sus sillas. Era casi como si sentarse en una silla fuera una especie de estigma social. Fuera lo que fuera, los hombres y mujeres de nuestro suelo siempre estaban posados en los bordes de los escritorios, en macetas, en nichos construidos en las paredes, o incluso en el suelo en semicírculos al estilo de los jardines infantiles para la hora de la lectura.

Eran todos ridículos, y nunca había conocido a nadie que me gustara entre ellos.

Así que cuando una chica que reconocí vagamente y sus anteojos de armazón súper grueso se me acercó a mi escritorio, me aseguré de ignorarla a ella y a sus sutiles toses para llamar mi atención.

—¡Giulia! —Finalmente enloqueció. —Una mujer está aquí por ti. ¿Puedo hacerla pasar?

—¿Quién es ella? —Pregunté.

—Dijo que se llamaba Lucy.

—Oh. Uh, sí, claro. Hazla pasar.

Lucy se acercó a mi escritorio un minuto después. Estaba mirando alrededor de la oficina con una expresión de interés, pero una vez que me vio, sus rasgos se oscurecieron.

—¿Qué está pasando? —Le pregunté.

—Necesito admitir algo. Y espero que no me odies por ello, de verdad que sí.

—Sin promesas —le dije.

Ella sonrió a medias. —Conocerte no fue un accidente. ¿Recuerdas la noche que me escondí debajo de la recepción porque un tipo me estaba persiguiendo? Bueno, en realidad conoces al tipo.

—¿Era Austin? —Le pregunté. Mi corazón ya latía al pensar que ese idiota traicionaría la confianza de Jessie. Ella era la cosa más dulce del mundo, y si él--

—Era Carl. Era mi novio en ese momento, y accidentalmente se le escapó decirme que le había pedido una cita a la chica del otro lado del pasillo. Siempre he tenido problemas con los celos y... llegué demasiado lejos. Tenía que conocerte. Quería ver qué le gustaba más de ti que de mí. Busqué por ahí,

averigüé dónde estarías y me presenté.

A lo lejos, podía sentir mi corazón apretado, como si estuviera tratando de averiguar si debía seguir latiendo o simplemente seguir adelante y dejarlo ahora mismo.

Fruncí el ceño—. ¿Estás diciendo que rompió contigo para invitarme a salir?

—No. Estoy diciendo que estaba tratando de sacar lo mejor de ambos mundos y salir contigo por un lado y conmigo por otro. Estoy diciendo que Carl no es el tipo que te quiere hacer creer que es. No puedes confiar en él, y puedo probarlo.

Mi cabeza giraba y me sentía mareada, pero más que nada, se elevaba en mí una creciente necesidad de golpear a Carl en el pene. No, un puñetazo de pene sería demasiado bueno para él si lo que ella decía fuera verdad. Vaciaría una lata de refresco, la llenaría de leche, porque no hay nada más perturbador que tomar un sorbo de un trago y equivocarse sobre lo que estás bebiendo. Lo convencería de que lo beba y luego le daría un puñetazo en el pene.

Por otro lado, sólo conocía a Lucy desde hacía unos días. No tenía ninguna razón real para confiar en ella más que en Carl, a quien reconozco que tampoco conocía desde hacía mucho tiempo, aparte del hecho de que tiene una pequeña peca en la base de su impresionante pene, o que tiene cosquillas justo debajo de la nalga de su trasero.

—¿Tienes pruebas? —Le pregunté. Mi voz estaba tensa mientras trataba de evitar que la emoción que sentía en mi interior tocara mis palabras.

—Tiene una cita con otra persona. Esta noche. Supongo que no estaba disponible para hacer nada contigo esta noche, ¿verdad?

Mis fosas nasales se abrieron. —Así es. Pero eso no prueba nada. Dijo que tenía algo relacionado con el trabajo.

—¿Qué hay del hecho de que todavía me ha estado viendo todo este tiempo? ¿Eso prueba algo?

Aspiré profundamente y lo dejé salir lentamente. No podía entenderlo todo lo suficientemente rápido, y tenía que seguir luchando contra mi instinto natural de confiar en Carl por encima de todo lo demás. —Según tú, tal vez. Eso no es una prueba. Además, ¿se supone que debo creer que te quedaste con él, aunque sabías que me estaba viendo? ¿Es eso lo que se supone que debo creer? —Odiaba lo desesperada que sonaba para demostrarle lo desesperada que estaba al creer que Carl era el hombre que yo creía que era y no el monstruo que ella decía.

—Nunca dije que yo era una persona fuerte o inteligente —dijo Lucy. — Así que puedes creer lo que quieras, pero pensé que te debía la verdad. Y si decides que quieres verlo por ti misma, va a estar en Cochina La'Fleur esta noche con su cita. La reserva es para dos a las siete y media en el patio privado de atrás.

—Ya puedes irte —dije con firmeza.

Me miró con simpatía. —Yo también estaba cabreada cuando me enteré por primera vez. Siento haberte mentado, por si sirve de algo.

Ella se fue y yo llamé a la oficina de Austin. Salió de su puerta con una mirada enloquecida en sus ojos, literalmente cinco segundos después.

—¿Llamaste? —preguntó con una sonrisa loca.

Me había dado el poder de llamar a su oficina hace casi un año, y todavía recuerdo lo emocionado que estaba por ello. Creo que se imaginó que le llamaría todo el tiempo para intercambiar bromas o cualquier ridiculez que se le pasara por la cabeza. Me había negado obstinadamente a usarlo, optando por esperar hasta que inevitablemente saliera de su oficina para vagar sin rumbo por el edificio cada pocos minutos.

—¿Todavía tienes todo ese equipo de espionaje?

—No sólo lo tengo todavía. Lo he mejorado desde la última vez.

# CAPITULO 14

## CARL

Dan se sentó frente a mi escritorio con una mirada seria en su cara. Tenía que reunirme con el contacto de negocios dentro de una hora, y él había insistido en intentar entrenarme para ello. —Así que —dijo—. ¿Qué haces si ella muestra dudas sobre el producto?

—Dejaré que los números hablen. Superamos a todos los asesores financieros del país en un período de seis meses hasta en un veinte por ciento.

—Incorrecto. Te identificas con ella. Ella ya conoce nuestros números. No se reunirá contigo para que le digas lo que puede leer por sí misma. Quiere reunirse porque necesita sentir que confía en la gente que está detrás de los números.

—¿Empatizar con ella? ¿Qué quieres que haga, que me ría y diga que yo también tengo mis dudas? ¿Que siempre me pregunto cuando nos caeremos de culo y perderemos decenas de millones de nuestros inversores?

—Uh, no. La felicitas por ser tan cuidadosa. Es una mujer de negocios estudiosa. Respeta eso. No se puede creer que algunas personas se hagan llamar personas de negocios cuando no toman las mismas precauciones que ella. Luego te refieres a los números como si ella ya los hubiera mirado y visto por sí misma que son impresionantes.

—Sí, lo entiendo. Sigo pensando que nada de esto es necesario. Quiero decir, nuestro producto habla por sí mismo. No sólo tenemos una ventaja sobre la competencia, sino que nos la tragamos. Literalmente no hay razón para decir que no.

Dan suspiró. —Demasiado confiado. Suenas como si estuvieras intentando convencerla. Cuando un vendedor presiona demasiado, el cliente se pone a la defensiva. Se sienten como presas y como si fueras el depredador. Tienes que hacerla sentir que estás de su lado, y no tienes ningún interés en que nos elija o no. Sólo eres un amigo que le presenta opciones, y la opción es tan clara que no tienes que empujarla hacia ella.

Suspiré. —De acuerdo. ¿Hemos terminado?

Se cruzó de brazos. —Bueno, una cosa más. Es una mujer, y es bonita. Sé que tienes esa cosa con tu vecina, pero deberías considerar coquetear.

Obviamente no estoy diciendo que deberías intentar algo. Sólo un pequeño asentimiento, una mirada un poco aguda a su escote, una mano en la espalda, ya sabes, ese tipo de cosas.

—No. Absolutamente no.

Dan se quejó. —Vamos, hombre. ¿Puedes al menos halagar lo que lleva puesto? Es parte del juego.

—Ya estoy tan enojado que tuve que dejar pasar una noche con Giulia para hacer tu trabajo en primer lugar. Finalmente encontré a una chica que me gusta, y no voy a arruinarlo por unos cuantos dólares.

—Si esta mujer es quien dice ser, son más que unos pocos dólares. Unos pocos cientos de millones de dólares, tal vez.

—¿Qué quieres decir con que si ella es quien dice ser?

Dan se estremeció. —Quiero decir, no es del todo inaudito que un enlace no aparezca en ninguna parte en línea en relación con la compañía, o que no se ofrezca a enviar ningún tipo de credenciales.

—¿Qué?

—Sólo digo que tengo su palabra para seguir adelante, pero no quería insultarla a ella o a ellos escarbando y cuestionando si era legítima. ¿Pero por qué alguien mentiría? No es como si les estuviéramos dando dinero. Estamos intentando que usen nuestro sistema para sus miles de cuentas. No hay nada en esto para un estafador, así que...

—¿No pediste credenciales?

—Nunca he tenido que pedir las antes. Como dije, no es algo de lo que debas preocuparte. En el peor de los casos, es una especie de psicópata que se excita fingiendo ser el enlace de una súper corporación de alto poder. He oído de gente que les tiene miedo a los pepinillos, pero nunca he oído hablar de ese trastorno psicológico en particular. Creo que estamos a salvo.

—Si esto sale mal, te hago responsable. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Te vas a comer una cena elegante y pasas dos horas hablando con una psicópata? Gran cosa. La otra cara es enorme. Piensa en el dinero que podríamos ganar.

—Sí, porque necesitamos más de eso.

Dan echó la cabeza hacia atrás y frunció el ceño. —Woah. ¿De dónde viene eso? ¿Qué le pasó al tipo que conocí? ¿El que empezó todo esto? ¿El que siempre presionó por más y por mejor, incluso si no había razón para hacerlo?

—Cuando necesite usar como terapeuta, te lo haré saber. ¿Cómo suena

eso?

Me dio una sonrisa apretada. —Mierda, hombre. No me importa si soy yo. Pero al menos deberías tener a alguien con quien hablar. Sólo digo que estoy aquí si me necesitas. Sin homosexualidades.

Agité la cabeza y sonreí—. ¿En serio? ¿Sin homosexualidades? ¿Qué es esto, la escuela secundaria? Además, estoy bastante seguro de que ya no puedes decir algo así. La gente pensará que eres anti- gay.

—No tienes que ser gay para ser pro-gay, amigo. ¿Piensas antes de hablar? Suspiré. —Ya sabes a qué me refiero.

—Me pareció ver un pequeño brillo en tus ojos. No quería que se pusiera raro.

—No viste ni un centelleo en mis ojos. Tal vez viste lo tanto que me gustaría que vinieras con un botón de silencio —le dije.

—Eso fue grosero.

—Pero te lo agradezco. Si alguna vez siento que necesite a alguien con quien hablar, supongo que hablaré contigo. Sin homosexualidades —agregué con una sonrisa.

—Sin homosexualidades —estuvo de acuerdo.

—¿No hay nada malo en eso? —Sonreí.

Dan se rio. —Deja de tratar de distraerme. Solo trataba de averiguar si podía contar contigo para finiquitar este asunto del enlace.

—Asumiré que tu pobre elección de palabras fue accidental. Pero sí, lo haré, asumiendo que esta mujer es quien dice ser.

\*\*\*

El restaurante estaba muy concurrido, pero nos llevaron a través del comedor silenciosamente animado, a través de una sección de las cocinas, y hacia el patio de un tercer piso. Una sola mesa iluminada por velas, dos sillas y una lámpara de calefacción eran los únicos muebles del patio. En mi interior gemía de frustración por haber dejado que Dan hiciera las reservas. Había insistido, y ahora sabía por qué.

Dejé que la mujer se sentara antes de tomar mi asiento frente a ella, y fue entonces cuando la vi por primera vez. Tenía el pelo rubio platino, los labios

tan sospechosamente llenos que me pregunté si había tenido asistencia quirúrgica, y una nariz respingona. Se parecía a algunas de las mujeres con las que había perdido el tiempo hace años, las que aparecían cuando tenías suficientes ceros en tu cuenta bancaria.

Asentí con la cabeza y le di una sonrisa mientras el camarero llenaba nuestras aguas y describía las selecciones de vinos que se ofrecían para la noche. Empecé a despedirme de él, pero ella le tocó el brazo y pidió una botella para la mesa. Tenía un acento europeo que yo no podía ubicar. Estaba entre el francés y el italiano, pensé.

La lámpara de calefacción no hacía mucho para luchar contra el frío en el aire, así que no me quité el abrigo. La mujer frente a mí aparentemente sentía lo contrario, y cuando se quitó la chaqueta, sentí que tenía que mirar medio metro sobre su cabeza para evitar las cantidades excesivas de escote que estaba exhibiendo.

—Por cierto, soy Carl —le dije al rascacielos sobre su cabeza.

—Alice —ronroneó. —No estoy segura de cuánto te dijo tu compañero, pero estoy muy interesada en ti y en tu negocio.

—Sí, me dijeron que querías reunirte conmigo específicamente. Puedo asegurarte, sin embargo, que Dan está mucho mejor preparado para explicar nuestro producto y lo que puede hacer por ti. Yo, esencialmente, solo mantengo mi nariz enterrada en el mercado de valores.

—Parece que también encuentras tiempo para hacer ejercicio. Bastante vigorosamente, me imagino.

Apreté los dientes. Las alarmas de advertencia ya estaban sonando en mi cabeza. Puede que no tuviera el trabajo de Dan, pero sabía lo suficiente acerca de la charla con clientes potenciales como para saber dónde se suponía que debía trazarse la línea entre lo profesional y lo informal. Ella ya estaba probando los límites.

—¿Qué haces exactamente para tu compañía? —le pregunté.

—Merrick era la compañía de mi bisabuelo. —Su tono era desdeñoso, y hablaba con rapidez, como si estuviera construyendo para cambiar de tema tan rápido como pudiera. —Seré honesta contigo. La mayoría de las veces me envían a reuniones cara a cara porque hemos encontrado potenciales socios comerciales que son más generosos una vez que me han conocido y hemos estado frente a frente —añadió mientras apoyaba su mentón en el dorso de su mano.

Tuve que luchar contra el impulso de suspirar con exasperación. Sea lo

que sea que haya sido esto. Quienquiera que fuera. No me lo creía. Tenía que conseguir al menos algún tipo de confirmación antes de cancelar esta farsa, porque sabía que Dan nunca la dejaría pasar si no le daba alguna razón concluyente por la que le había rechazado a esta mujer.

Tenía el mal presentimiento de que iba a ser una noche larga y frustrante, y no podía dejar de pensar en Giulia, en desear estar sentado frente a ella en lugar de perder el tiempo con esta broma de un negocio.

# CAPITULO 15

## GIULIA

Las gafas de visión nocturna tenían unos pocos interruptores de palanca que me permitían ajustar la sensibilidad al calor que tenían. Austin me había alquilado una habitación de hotel con una vista perfecta del patio detrás de Cochina La'Fleur. Desafortunadamente, las ventanas no se abrieron, pero tenía las gafas apretadas contra el vidrio mientras fruncía el ceño hacia el patio unos pocos pisos debajo de mí. Desde esta distancia, Carl y la mujer eran del tamaño de mi pulgar, pero al menos podía ver lo que estaba pasando.

Carl parecía una mancha anaranjada y roja, y su rostro era más rojo oscuro. La mujer frente a él era de un tono más claro de amarillo, probablemente porque la idiota se había quitado la chaqueta para revelar un par de tetas gigantescas y calientes, y me refería a calientes en el sentido objetivo, porque eran orbes de color rojo oscuro sobre su cuerpo, de otro modo teñido de amarillo, a través de las gafas. Era como si tuviera algún tipo de súper poder para dirigir su flujo sanguíneo a sus tetas para congestionarlas y obtener el máximo efecto ‘roba hombre’.

—¿Viendo algo genial? —preguntó Austin. Estaba agachado a mi lado. A pocos metros detrás de él, Jessie esperaba con los brazos cruzados y una mirada en su cara que decía que todavía estaba tratando de entender por qué se había casado con un hombre-hijo. Al mismo tiempo, parecía que no podía mirarlo sin un atisbo de adoración, como si también estuviera tratando de entender por qué no podía evitar estar tan profundamente enamorada de ese hombre-niño.

—Veo a mi novio sentado frente a dos tetas gigantes pegadas a una mujer. Así que, no, no me parece genial.

—¿Estás diciendo que es operada?

—Austin —gruñó Jessie—. ¿Puedes abstenerte de hablar de los pechos de otra mujer mientras estoy en la habitación, al menos?

—No es para mi propio beneficio, Jessie. Es porque estoy tratando de armar un caso mental sobre toda esta situación. Tenemos el novio y la cita misteriosa. La misteriosa ex que dice ser también una novia. El aspecto de esta misteriosa cita es crítico.

—Aún no estoy segura de creer nada de esto, para que conste —le esboqué.

—Correcto —dijo Austin. —No te lo creíste tanto, solo al punto de que prácticamente me rogaste que preparara esta operación.

Bajé las gafas para mirarlo fijamente—. ¿Te rogué? Sólo te pedí las gafas. Tú fuiste el que se volvió loco con lo mucho que querías saber lo que estaba pasando.

Jessie gimió. —Dijiste que sólo aceptaste hacer todo esto porque nunca habías visto llorar a Giulia. Dijiste que fue desolador, y si yo hubiera estado allí, definitivamente habría llorado también.

Austin hizo un tipo de ruido y se puso de pie. —No nos empantanemos por los detalles. Tenemos algo más importante en lo que centrarnos aquí. El novio de Giulia tiene un caso de pene errante, y necesitamos saber si la serpiente va a encontrar un nuevo agujero esta noche.

—Austin —siseó Jessie. —Estás hablando de su novio. Además, mentiste para meterme en esto. Eso significa que yo elijo dónde vamos a cenar esta noche. Ese era el trato.

Él suspiró. —Vamos. Fue una mentira blanca. Sé lo que vas a elegir, y no puedo volver a comer sushi. ¿No has visto esas estadísticas sobre la probabilidad de que te salgan gusanos? ¿O has visto los videos de atún llenos de gusanos bajo la piel?

—Entonces será mejor que mastiques bien —dijo Jessie. —Porque va a ser sushi.

Los dos empezaron a discutir sobre dónde iban a cenar, y yo me volví a concentrar en el balcón mientras trataba de ignorarlos.

El camarero trajo una botella de vino a la mesa y les sirvió una copa. Una reunión de negocios. La mujer apretó la mano contra su pecho y echó la cabeza hacia atrás para reírse a carcajadas de algo, y yo no pude ver bien la cara de Carl para ver si él también estaba sonriendo.

Estaba apretando los dientes. Las gafas de visión nocturna no me ayudaban mucho. El dispositivo de escucha habría sido bueno, pero las ventanas las hicieron de tal manera que lo único que pude oír fueron cientos de ecos de sonido rebotando en los vidrios de todo el edificio en el que estaba.

Me sentí culpable por hacer esto, pero también pensé que cualquier mujer cuerda al menos habría considerado tratar de investigar todo lo que Lucy dijo. Es cierto que la mayoría de las mujeres sanas probablemente se habrían conformado con encontrar un lugar en la calle fuera del restaurante para esperar en lugar de la elaborada operación en la que me habían metido.

Estaba a punto de levantarme y bajar cuando vi a la mujer tirando deliberadamente de su vestido, revelando aún más de esas ridículas tetas. Carl pareció ponerse rígido en su asiento, y luego dejó su servilleta en el suelo, se puso de pie y comenzó a caminar de regreso al interior del restaurante. La mujer también se puso de pie y lo siguió dentro.

Mi estómago se hundió. ¿Eso fue todo lo que se necesitó? ¿Un poco de bonificación de pecho y la cena fue abandonada porque él no podía esperar para acostarse con ella?

—Misión cancelada —dije. Mi voz sonaba seca y muerta.

—¿Qué? preguntó Austin, que había pasado de discutir sobre los gusanos de atún a cómo el sushi era técnicamente como tirar arroz en una ensalada, si realmente lo pensabas—. ¿Qué pasó?

—Ella prácticamente le mostró las tetas, él se levantó y ambos salieron del restaurante. Me pregunto si irán a una cama o si lo harán en el baño.

—Espera —dijo Jessie—. ¿Quién se levantó primero? ¿Él?

—Sí, ¿por qué?

—¿Y si se cabreó? Tal vez fue una reunión de negocios y se pasó de la raya. Pudo haberla abandonado. Podría haber ido tras él para hacerle cambiar de opinión.

Pensé en ello, y en cierto que me gustó cómo sonaba. Me ayudó a no vaciar el estómago, al menos un poco. —Tal vez...

—Ve con él —susurró Austin.

Le fruncí el ceño—. ¿Y si voy con él y él está metido hasta las pelotas en esa mujer?

—Eso sería un acontecimiento inesperado. —Austin se frotó la barbilla, pensando profundamente. —Creo que, en ese momento, le dirías que sólo habías venido a decirle que tienes gonorrea, y que es un sucio bastardo.

Asentí con la cabeza. —En realidad es una buena idea.

—Woah. ¿Tienes gonorrea? Lo dije como una broma.

Suspiré y le devolví sus gafas. —Lo siento, Jessie. Tengo que dejarte a solas con él ahora. Por cierto, tiene razón sobre los gusanos de atún, por mucho que odie admitirlo. He visto los videos. Se los envió a todos en la oficina hace unos meses.

Jessie frunció los labios, decepcionada. —Lo último que Austin necesita es que alguien le diga que tiene razón. ¿Qué has hecho?

Sonreí. —De alguna manera, tengo el presentimiento de que puedes averiguar cómo manejarlo —Salí y la sonrisa se derritió de mi cara en

segundos. Quería creer la buena versión de la historia.

Después de todo, me había estado diciendo la verdad. Era una reunión de negocios. La mujer resultó ser una asquerosa. Se fue. Fin de la historia.

Sin embargo, estaba demasiado involucrada emocionalmente para estar satisfecha. Una voz celosa en mi cabeza me susurraba todas las cosas horribles que podían estar sucediendo en este momento, las cosas horribles que habían sucedido en mi vida.

Ya ha pasado antes. Si Lucy estuviera diciendo la verdad, ni siquiera era la primera vez que lo hacía a mis espaldas. Habría estado sucediendo constantemente desde que nos conocimos, y para él, yo no sería más que un juguete para manipular y usar hasta que se aburriera.

Por otro lado, todavía no podía sacudir el recuerdo de lo que me había dicho. Su hermanastra era una psicótica. Ella había dicho que arruinaría las cosas entre nosotros, pero yo no podía ni siquiera empezar a entender cómo podría estar involucrada en todo esto. Habría tenido que poner a Lucy y a esta mujer en el engaño, y aunque no conocía a la mujer, me pareció una exageración pensar que alguien llegara tan lejos.

Pensé que era inútil agonizar por ello. No iba a hacer más conjeturas. Haría lo que debería haber hecho en cuanto Lucy me contó su historia. Iba a encontrar a Carl y enfrentarme a él. Sólo esperaba que estuviera completamente vestido y solo cuando lo alcanzara.

\*\*\*

Cuando llegué a la calle de abajo, vi a Carl esperando en la acera, tratando de llamar un taxi. Me detuve en mi camino, decidiendo que necesitaba ver por mí misma a dónde iba en lugar de confiar en que me diría la verdad. Casi me tiran al suelo cuando el hombre que estaba detrás de mí me golpeó en la espalda.

—¡Aprende a caminar, imbécil! —Ladré.

El hombre me miró con sorpresa, pero siguió caminando.

Respiré mi enfado, y luego me escondí detrás de un afloramiento en el edificio mientras observaba a Carl, que todavía intentaba llamar a un taxi.

Apenas había usado un taxi en mi vida, incluso después de que llegó Uber,

pero tomé la decisión de seguirlo. Tanto si quería creerlo como si no, tuve que aceptar el hecho de que Lucy podría haber estado diciendo la verdad. Hasta ahora, ni siquiera había captado una pizca de Carl mintiéndome más allá de su identidad oculta, la cual había confesado con bastante facilidad. Eso significaba que o no mentía, o era un buen mentiroso. Seguirlo podría ser mi única oportunidad de atraparlo en el acto, aunque me sintiera culpable por ello.

Un taxi se detuvo para mí casi inmediatamente, y cuando miré a Carl, vi que él también se estaba subiendo a uno.

Mi taxista era una mujer de unos veinte años con piercings faciales y cabello morado brillante arreglado en trenzas. Se giró para mirarme con una sonrisa sorprendentemente atractiva.

—¡Hey, hey! —Ella dijo.

—Esto va a sonar súper cliché, pero necesito que sigas a ese taxi. —Me incliné hacia adelante y apunté al taxi de Carl en su espejo retrovisor.

Sus ojos siguieron mi dedo y se entrecerraron. Pensé que estaba a punto de reírse de mí o de decirme que me fuera, pero en vez de eso, apretó la mano en un puño pequeño y asintió lentamente con la cabeza.

—Maldición. Sí. Literalmente he estado esperando que alguien me pida que haga esto desde que empecé este trabajo.

Me senté y la miré un poco cansada. Parecía demasiado emocionada, y esperaba que entendiera que no esperaba una persecución de coches tipo Hollywood.

El taxi de Carl avanzó, y la mujer pisó el acelerador, atravesándose a un auto y poniéndose directamente detrás del taxi de Carl.

—Probablemente no deberíamos seguirle directamente, por si acaso —aconsejé.

—Mierda —siseó. Ella tiró del volante a la izquierda, para ubicar su taxi torcidamente entre dos autos estacionados. Esperó unos segundos para dejar fluir el tráfico y volvió a salir atravesándose a los autos que venían. Estábamos ahora unos pocos coches detrás de Carl, y ella me dio un pulgar triunfante mientras una tormenta de bocinas sonaba detrás de nosotros.

—Esa era una forma de hacerlo —dije en voz baja.

Ella siguió casi sin incidentes durante el resto del viaje, manteniendo unos cuantos autos entre nosotros y agradecidamente evitando maniobras dramáticas de manejo, en su mayor parte.

Saqué la mano y me aseguré de darle la espalda a Carl. Yo estaba a sólo

unas pocas decenas de metros de él, pero estaba lo suficientemente ocupada como para no pensar que había una posibilidad significativa de que me viera.

# CAPITULO 16

## CARL

Me senté en la parte de atrás del taxi. El ‘enlace’ tenía a mi hermana escrita por todas partes. Traté de llamar a Giulia por sexta vez desde que salí del restaurante, pero volví a recibir su correo de voz.

Tenía la sensación de que mi hermana no se tomaría la molestia de contratar a una actriz y engañar a Dan para que pensara que era legal sólo por diversión. Ella había prometido arruinar las cosas entre Giulia y yo, por lo que sin duda se habría asegurado de que Giulia viera algún ángulo de la cena y se hubiera hecho una idea equivocada. Pensé en la forma en que la mujer había mostrado su escote tan descaradamente y se esforzaba tanto por parecer coqueta. Tanto que podrías haberla visto a pocas cuadras de distancia.

¿Pero cómo se habría asegurado de que Giulia pudiera ver? ¿Estaba siendo paranoico?

Intenté volver a llamar a Giulia y la desesperación me invadía cuando no me contestaba. Casi le digo al conductor que se diera la vuelta y me llevara hasta mi apartamento porque Giulia podría estar en casa, pero yo sabía en mis entrañas que no lo estaba. Lo que fuera que Tanya hubiera arreglado, Giulia no estaría sentada en casa, viendo la televisión.

Tanya, por otro lado, estaría esperando con una sonrisa de júbilo en su cara. Probablemente estaba de pie junto a la puerta principal de su casa para poder ver la mirada humeante en mi cara lo más rápido posible. Tenía que averiguar qué le había dicho a Giulia para saber por dónde empezar cuando llegara el momento de descifrar las mentiras. Yo también tenía una idea. Era una idea lo suficientemente desordenada como para no haber querido reunirme con ella todavía. Saqué mi teléfono y decidí que ya no había ningún problema demasiado grande, ninguna línea demasiado importante para cruzar.

Llamé al marido de Tanya y esperé a que contestara.

\*\*\*

Salí del taxi y corrí hasta la puerta principal de la casa de Tanya. Golpeé fuerte y esperé. No me sorprendió cuando la puerta se abrió sólo un par de segundos después para revelar a mi hermana, que llevaba un vestido blanco ridículamente elaborado con joyas de piedras preciosas negras a juego con su cabello.

Me miró con ojos perezosos y triunfantes y sonrió. —Hermano.

—Hermanastro —corregí—. ¿Qué carajo hiciste?

—¿Te refieres a esta noche? Tenía una cita con el peluquero y luego fui a la...

—Sabes lo que te estoy preguntando ¡Qué hiciste!

Se sopló una bocanada de aire por la nariz, dejando que algo del mal en su corazón tocara sus rasgos por una vez. —Hice exactamente lo que dije que haría. Hice lo que seguiré haciendo si no me das lo que quiero.

—Lo que tú quieras. Refréscame la memoria con eso.

—Sabes exactamente lo que quiero. Si eres tan pervertido que necesitas oírlo en voz alta, entonces estaré encantada de complacerte. Quiero follarte. No porque te quiera. No porque quiera una relación contigo. Lo quiero porque me dijiste que no, y nadie me dice que no.

Fruncí los labios y asentí con la cabeza—. ¿Qué pasará cuando tu marido se entere?

—No importa, porque no lo hará. He sido más lista que tú todo este tiempo, y eres considerablemente más capaz que el pobre Tomas. Se quedará a oscuras todo el tiempo que yo quiera.

Sonreí, sintiendo una oleada de triunfo. Levanté la voz y la proyecté en la casa—. ¿Oíste lo suficiente, Tomas, o aún quieres más pruebas?

Esperé a que el color se escurriera de la cara de Tanya, pero ella sólo me miraba con esa misma sonrisa de satisfacción.

—¿Tomas? —Llamé.

—Tu error fue llamarlo demasiado pronto. Me diste unos minutos para convencerlo de que mi pobre y delicado corazón se rompería si realmente creyera las mentiras que le estabas contando.

Vio la mirada en mi cara y se rio. —No creerás que lo dejo recibir llamadas sin escuchar, ¿verdad? De todos modos, no va a venir a escuchar nuestra conversación. Sigue acostado en la cama y es feliz. No quiere creer nada malo de mí. Él quiere que yo sea su angelito perfecto, y seguirá haciendo la vista gorda ante cualquier indicio o susurro de que no lo soy porque él prefiere vivir en la ilusión. Así que también podrías renunciar a tus tontos

intentos de exponerme a él.

Los dos nos volvimos sorprendimos cuando otro coche se detuvo en la entrada. No podía ver al conductor más allá de los faros, pero cuando la puerta del pasajero se abrió, no había ninguna duda de que era Giulia quién salía lentamente.

—Oh, —Tanya intentó volver a la casa y cerrar la puerta.

Por instinto, la agarré de la muñeca lo suficientemente fuerte como para hacerle saber que no se escabulliría. No sabía por qué, pero sabía que ella quería huir al ver a Giulia, y esa era razón suficiente.

—Giulia —dije por encima de mi hombro—. ¿Conoces a mi hermanastra?

Giulia se acercó. Caminaba despacio y el coche detrás de ella seguía parado. Vi sus ojos dando vueltas, tratando de asimilarlo todo a la vez. Prácticamente podía oír el zumbido de su cerebro juntándolo todo.

—Tu hermanastra —dijo ella.

—Es lo que soy —dijo Tanya en un tono un tanto extraño. Casi parecía otra persona. Menos malvada, al menos.

—Se le ocurren mentiras locas cuando la atrapan. No creas ni una palabra de lo que dice —le dije.

# CAPITULO 17

## GIULIA

Miré con incredulidad mientras Carl sostenía a Lucy por la muñeca. Cada molécula insegura de mi cerebro estaba tratando de convencerme de que le creyera a Lucy. Creerle todo, porque ¿qué otra explicación podría haber para que un hombre como Carl se interesara en mí?

Pero eso era una tontería. Idiota, incluso. Carl ya me había dado algo que no podía quitarme, pero gracias a Lucy todavía tenía esa creencia escondida en lo más profundo de mi pecho, y no era el tipo de regalo que podía devolverse.

Sin embargo, no quería hacerlo. Miré a Lucy y a sus ojos desesperados, a la forma en que ella todavía estaba tratando de librarse de él. ¿Por qué trataría de esconderse cuando me vio, si me estuviera diciendo la verdad? ¿No sería este momento un triunfo para ella? ¿Pruebas físicas de que Carl era un imbécil y que había venido a ver a su ex a la puerta de su casa?

—Así que eras la hermana de Carl todo el tiempo —dije, sacudiendo la cabeza ante mi propia idiotez. No estaba segura de cómo dejé que la mujer me engañara tan a fondo. Espié a Carl en esta cita y dejé que mi mente fuera a los rincones más oscuros de las posibilidades, creyendo que era capaz de tantas cosas horribles. Aun así, no podía imaginarme lo que ella pensaba que pasaría. ¿Qué los vería caminar juntos y que cortaría los lazos con él? Tal vez pensó que verlo en la cita haría que mi confianza en él se debilitara lo suficiente como para que nunca tuviera la oportunidad de recuperarme.

—Espera, ¿Todo el tiempo? —Carl miró entre nosotros, y luego la miró a ella—. ¿Desde cuándo conoces a Giulia? ¿Quién crees que eres?

Lucy no, Tanya. Recordé el nombre de una de las primeras largas conversaciones que tuve con Carl. Tanya sacudió su brazo para librarse de Carl. Pensé que estaba a punto de dar una especie de malvado discurso de villano, o tal vez quitarse una máscara y decir que se había salido con la suya si no fuera por esos niños entrometidos y ese perro, pero en vez de eso, nos cerró la puerta a los dos sin decir una palabra más.

La última imagen fugaz que tuve fue la de ella en la entrada con una expresión retorcida y mezquina en su rostro.

Carl miró su mano donde había estado tocando su muñeca y se la limpió en sus pantalones distraídamente. —Si crees que es mala, espera a conocer a mis padres.

Me reí, aunque no tenía ganas de reír, no del todo. —Considerando que no veo a la señorita súper tetas por aquí, voy a asumir que no saliste corriendo del restaurante para tener algo de acción en el baño. —Me estremecí en cuanto terminé de hablar. Acababa de admitir que lo había espiado, y la sonrisa que llevaba me decía que no se lo había perdido.

—¿Otra vez observando aves? —preguntó.

Suspiré. —Mirando tetas, más exactamente. Esas cosas generaban tanto calor que era difícil ver mucho más.

Carl se rio. —Está bien. Tanya tiene toda una vida de práctica en torcer hechos y manipular a la gente. Y te perdono por espiarme.

—No pedí que me perdonaras. Pero lo aprecio —agregué con un suspiro. Miré hacia la casa de Tanya y fruncí el ceño. —Además, vamos a derribar a esa perra.

—Cuando me enteré de lo de las cámaras, no quise nada más que ver cómo su vida se derrumbaba a su alrededor. Todavía lo quiero. Supongo que la diferencia ahora es que si tuviera que elegir entre tú y la venganza, te elegiría a ti —me dijo con sinceridad.

—Menos mal que no tienes que elegir. Pongámoslo de esta manera. Si tuviera un pene, tendría una erección de venganza ahora mismo.

Carl se ahogó en una risa. —Estoy... bastante seguro de que nunca había oído eso antes.

—Es cuando tienes una erección porque-

Levantó una mano, su sonrisa ampliándose. —La frase se explica por sí misma. Sólo quería decir que no sé si los penes funcionan de esa manera.

—Los míos sí —dije en voz baja, sin quitar los ojos de la casa de Tanya. —Estaría palpitando ahora mismo y apuntando directamente a esa perra malvada y fría.

—No estoy seguro de si debo estar excitado por eso, pero lo siento, no lo estoy —dijo.

Cambié mis ojos hacia él. —Esto no se trata de excitación, Carl. Se trata de venganza.

—Sabes, vine aquí listo para derribar su casa con mis propias manos si tenía que hacerlo, y ahora me estás haciendo sentir como el racional.

—Nunca te conté lo que les pasó a los chicos que me intimidaron en la

escuela.

—Nunca me dijiste que te habían intimidado.

—Sí, bueno, así fue. Y de esa forma fue como conocí a mi mejor amiga, Valery. Ella intervino y me defendió, lo que significó todo tipo de dolor para sus amigos estirados. Pero me ocupé de todos y cada uno de ellos. Todas las chicas que se metían conmigo. Hasta el último de ellos pagó.

Carl me miró muy seriamente, con la cara iluminada por la venganza que estaba en marcha, a una docena de metros de distancia, en el camino de entrada de Tanya—. ¿Les hiciste daño?

—Físicamente, no. Emocionalmente, sí. Reemplacé la crema hidratante de una chica por mayonesa y observé cómo se cubría las piernas y las manos con mayonesa durante la primera clase de inglés. Convencí a otra de que era amiga por mensajes de Aaron Carter, que era mayor, y de que estaba enamorado de ella, y una vez que ella profesó su propio amor, dejó de escribir. Para otra chica pagué por un servicio de despertador a horas aleatorias durante el día escolar, todos los días, hasta que finalmente le confiscaron el teléfono. Eso fue la fase uno, y tenía dos fases más planeadas si no me dejaban en paz, pero nunca tuve que ir tan lejos. Con tu hermanastra, creo que debemos pasar directamente a la fase tres.

Parecía muy preocupado. —La fase tres no es asesinato, ¿verdad?

—¿Realmente crees que soy capaz de asesinar?

—¿Realmente quieres que responda a eso? —me respondió con lógica absoluta en el rostro.

—Aún no tengo un plan concreto para lo que vamos a hacer, pero le enseñaremos a irse a la mierda, de una vez por todas. Eso ya lo sé.

\*\*\*

Carl y yo tomamos mi taxi de vuelta a la ciudad y paramos en un café nocturno. Ordenó algo de yogurt y café congelado. El suyo era una especie de masa de galletas y una monstruosidad de brownies, mientras que el mío era un brebaje de chocolate y óreo más sensato.

A pesar de toda mi charla sobre las erecciones de venganza, me sentí increíble al sentarme y comer el postre con él. Casi perderlo me hizo

apreciarlo aún más de lo que ya lo había hecho. No iba a dejar que esa perra se saliera con la suya.

—Nunca entendí a la gente que come masa de galletas —dije mientras me tragaba un bocado de mi postre.

Arrugó las cejas—. ¿Qué quieres decir? Es algo muy común. Sabe increíble.

—Dime cualquier otro alimento donde la gente lo pida a propósito antes de que termine de cocinarse.

—Es diferente.

—Estoy bastante segura de que hay huevo crudo en la masa de galletas. Probablemente vas a pasar toda la noche en el baño después de esto, asumiendo que no te mueras antes.

—Estoy bastante seguro de que el negocio no sobreviviría con un ingrediente que envenenara o matara a la gente en su menú. Además, mi sistema digestivo es impenetrable. Podría comer tres hamburguesas y papas fritas en el desayuno sin siquiera un calambre. Creo que sobreviviré.

—Lo próximo que me dirás es que tu caca es de oro macizo y no tiene olor.

—Espera, ¿Eso no es normal? —preguntó.

Puse los ojos en blanco. —Sólo come tu veneno y déjame pensar en cómo voy a vengarme de tu hermana.

Se quedó callado durante un rato, y cuando finalmente habló, había una nota más seria en su voz. —Siento que debo disculparme por todo esto, pero también me preocupa que si me disculpo, parezca que hice algo para que todo esto ocurriera.

—Siempre puedes disculparte por no deshacerte de tu hermana cuando aún tenías la oportunidad. Podrías haberla perdido accidentalmente en el bosque en un viaje familiar, ese tipo de cosas.

—Eres horrible. Pero por alguna razón, todavía me gustas —me dijo.

—Te gusto, ¿eh?

Mostró algo entre una sonrisa y un ceño fruncido. ¿Algún problema? —Preguntó.

—No. Sólo me gusta oírte decirlo.

—Giulia. Ni siquiera tenemos que pensar en mi hermana. Ya hizo lo peor que pudo. Trató de arruinarnos las cosas, y falló. Múdate conmigo. Ven a vivir a mi verdadero apartamento. Incluso puedes traer a tu gato raro.

—Roosevelt no es raro, pero no creo que sea una buena idea. Todavía no.

Dijiste que ha hecho lo peor, pero yo no creo que lo haya hecho. Algo me dice que nunca tuviste que lidiar con matones, pero yo sí. Normalmente no se rinden a menos que les devuelvas el golpe. Agacharse y esperar que desaparezca suele empeorar las cosas. Piensa en ello. ¿Qué has hecho desde que tu hermana empezó a hacer esta guerra contra ti? ¿Cambiaste tu identidad? ¿Intentaste pasar desapercibido? Necesitas que te crezcan un par de bolas y patearla donde le duele. Golpea primero antes de que ella pueda golpear más fuerte.

—Oye —dijo. —Las decisiones que tomé no fueron porque tuviera miedo. No quería perder el tiempo con ella y sus juegos. Pensé que la forma más rápida de acabar con esto sería ignorándola. Pero no pienses ni por un segundo que no estoy dispuesto a hacer algo. Creo que ya no tenemos que hacerlo. Tiene que ver que ha perdido. ¿No viste cómo te miraba?

—Sí, como si fuera una nueva arruga en su plan en curso. Ella no ha terminado, confía en mí.

—Entonces, ¿qué estás pensando? ¿Cómo hacemos que se detenga?

—Dijiste que está casada, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Esa es nuestra respuesta. O está enamorada del hombre, o se queda con él por el dinero. De una forma u otra, ella quiere que todo siga como está. Así que la golpeamos donde más le duele. Encontramos una manera de exponerla.

—¿Es malo que me interese más exponerte?

—Sí —dije, pero no pude evitar sonreír. —Es malo. Y lo he reconsiderado. Me quedaré en tu apartamento. Temporalmente. Pero Roosevelt necesita su propio espacio. Esa es mi condición.

—Puede tener su propia habitación.

—Ugh. Olvidé lo asquerosamente rico que eres.

\*\*\*

Resultó que, asquerosamente rico, era un eufemismo.

El apartamento de Carl era una sección ahuecada de un rascacielos en el centro. Entramos por el vestíbulo de un hotel de lujo, subimos sesenta pisos y salimos a su ‘penthouse suite’. Había llegado a pensar que los áticos eran el

último piso de un edificio, pero el suyo era más bien como los cuatro pisos superiores combinados en un espacio vital masivo.

—¿Cómo funciona esto? —Le pregunté. Salimos del ascensor y tuve que hacer un giro lento y rotatorio para asimilarlo todo. Vistas panorámicas del centro de Nueva York en todas direcciones, con sólo un puñado de edificios lo suficientemente altos como para estar sobre nosotros. Los profundos suelos de mármol dorado se extendían en todas direcciones, pero se hacían menos fríos y severos por las salpicaduras de telas de felpa, blancas y grises que cubrían los muebles modernos o que se usaban como alfombras—. ¿Esto es como una habitación de hotel que alquilas indefinidamente?

—No exactamente. El propietario original del hotel vendió los pisos superiores a su amigo multimillonario hace cuarenta años. Cuando su amigo se mudó, se puso a la venta, y yo lo compré. Pero todavía tengo servicio de habitaciones si quiero, así que eso es todo.

Me detuve junto a su mesa de café, donde lo que parecía una barra de oro macizo del tamaño de mi mano estaba simplemente a plena vista. Traté de recogerla, pero estaba pegado en su lugar o era mucho más pesada de lo que parecía.

—¿Qué pasa con esto? —pregunté, gruñendo con el esfuerzo de recogerlo. Estaba a punto de darme por vencida y asumir que estaba atascada en su lugar cuando finalmente puse mis dedos debajo del labio y lo elevé en el aire. Se sentía como si pesara cinco kilos, a pesar de que era del tamaño de una baraja de cartas.

—Oro —dijo.

Me aplasté la cara—. ¿En serio? ¿Hubo un momento en el que ganaste tanto dinero que te quedaste como, 'oh, ya sé cuál sería la decoración perfecta para esta mesa', Oro macizo?

—En realidad, no —dijo, tomándolo suavemente de mi mano y estudiando el metal. —Lo compré cuando me sentía un poco dramático. Pensé que era un buen símbolo, supongo.

—¿Un símbolo de qué? ¿De qué tan cargado estás?

—No. —Me miró a los ojos y luego apartó la mirada, mostrando un raro momento de vulnerabilidad. —Olvidalo —dijo. Lanzó el oro a su sofá como si fuera un pisapapeles inútil, aunque valía más que las casas de la mayoría de la gente.

—No quiero olvidarlo. Estabas a punto de contarme una historia. Puedo sentirlo. Necesito saber, especialmente ahora que estás tratando de dejar de

decírmelo. Piensa en ello. Prácticamente lo sabes todo sobre mí. Pero, ¿qué es lo que realmente sé de ti?

—Sabes mucho.

—Sé que tu hermanastra tiene una erección femenina por ti y sé que eres rico. Eso es todo.

—Me ofendes. ¿Qué hay de mi encantadora personalidad?

—Vale. Me vas a contar la historia de eso. —Hice hincapié en mi punto al pinchar con el dedo en el lingote de oro.

Carl se hundió en el sofá y volvió a palpar el metal, mirándolo mientras hablaba. —No es gran cosa. Yo sólo... estaba pensando en dónde estaba. En la vida —dijo en voz baja, como si fuera físicamente doloroso para él hablar tan profundamente de sus sentimientos. —Decidí que había estado desperdiciando mi vida. Todo lo que me importaba era trabajar, ganar más dinero, tener más éxito. Estaba cansado de dejar pasar las cosas buenas.

—No estoy tratando de ser grosera, pero no entiendo que nada de esto tenga que ver con que tengas una barra de oro macizo en tu mesa de café.

—Bueno, estaba un poco borracho. Y lo compré hace unos días.

—Por la forma en que hablabas, pensé que era una gran crisis de vida que tuviste hace unos años. ¿Estás hablando de hace sólo unos días?

—Sí. Cuando te conocí. El borracho pensó que tenía mucho sentido. Podría dejar atrás al viejo yo y este sería mi pequeño trofeo para recordar de qué me sirvió todo el dinero. —Levantó el lingote de oro y se rio. —Te dije que era una tontería.

—No es tonto. Tal vez un poco melodramático. Pero lo entiendo. Lo estás usando como un pisapapeles, ¿así que el Carl borracho decía que el dinero no servía para mucho? ¿Aunque el Carl borracho vive en un enorme ático multimillonario?

Se mordió el labio. —Te concedo eso. Pero déjame tener mi simbolismo melancólico, ¿quieres?

—Ya sabes —dije de repente, levantando el dedo. —Creo que tenemos que dejar claro dónde estamos, porque si estamos hablando de las reglas aquí, el sexo oral y bueno, el sexo con pene y todo tipo de sexo que implica una relación, no hay que pedírselo formalmente a la otra persona, pero también siento que ni siquiera sé si puedo llamarte mi novio.

Me sonreía con las cejas levantadas mientras se ponía de pie y me tomaba las manos. —Giulia... ¿Quieres ser mi novia?

—Sí —dije. —Pero sólo si me dejas sostener ese lingote de oro otra vez.

Me sentí como una súper villana malvada con él en mis manos.

—Podría conseguirte más oro. ¿Quizás monedas de oro? Podríamos llenar una piscina para niños y tú podrías nadar en ella. Si es lo que mi novia quiere, eso tendrá.

—Ahora mismo, lo que tu novia realmente quiere es satisfacer esta erección de venganza que tengo por tu hermana. Si no nos ocupamos de ello pronto, voy a conseguir el equivalente de venganza de bolas rojas.

—¿Qué tal aquella versión en la que no tienes bolas? ¿O una erección furiosa? Creo que me gustan tus partes tal como son.

—¿Tú crees? —Le pregunté, echando mis hombros hacia atrás y moviendo mis tetas.

Tropezó, pero la sonrisa que llevaba mostraba era peligrosa, no tenía nada de humorístico. Su mano ya estaba serpenteando en mi espalda, buscando un atajo en mi vestido y encontrando la cremallera en la parte de atrás. —Mi memoria está borrosa últimamente. Pero siempre puedes refrescarla —dijo.

—¿Qué hay de todas las ventanas de aquí arriba? No quiero que mañana un tipo cualquiera en la calle me pregunte por el lunar en mi nalga derecha.

—¿Tienes un lunar en la nalga derecha? —preguntó Carl.

—Posiblemente. Podría enseñártelo si te olvidas de tu estupidez de que me pondré de rodillas y te rogaré para chupártelo.

—Me había olvidado de eso —dijo, golpeándose la frente con la palma de la mano. —Qué amable de tu parte recordármelo. No. Creo que seguiré suplicando de rodillas por ver ese lunar en tu trasero. Tal vez lo muerda.

—Definitivamente no —le dije.

—¿Así que te pondrás de rodillas por mí?

—No. —Crucé los brazos y le di mi mejor mirada.

—¿Por qué me miras así? No me gusta esa mirada.

Puso una mano sobre mi espalda, seguidos de una serie de movimientos, sentí un rápido golpe de presión en la parte posterior de mis rodillas, doblándolas involuntariamente hacia adelante. En lugar de que mis rodillas golpearan el suelo, me agarró de los hombros y me sentó suavemente.

Carl aclaró su garganta. —Me alegra que hayas cambiado de opinión.

—¿Qué demonios fue eso? ¿Kung fu?

—Judo, en realidad.

—De acuerdo. Pausa. ¿Sabes Judo?

—Un hombre tiene que tener un pasatiempo.

—Te haré un nuevo trato. Si me enseñas a hacer eso, haré lo que tú

quieras. —Sus cejas se elevaron.

# CAPITULO 18

## CARL

Normalmente dejaba que Dan se encargara de los potenciales clientes en fiestas estiradas, pero esta vez no iba a dejar pasar la oportunidad de distraer a Giulia de su búsqueda para satisfacer su “erección de venganza —contra Tanya. Casi no me gustaba admitirlo, pero ya estaba teniendo problemas para concentrarme en Tanya. Finalmente sentí que nada se interponía entre Giulia y yo. En el fondo, sabía que Giulia probablemente tenía razón, y Tanya no aceptaría que había perdido sin un último esfuerzo desesperado de sabotaje.

Y, sin embargo, para mí, Tanya se sentía como un obstáculo sin importancia entre Giulia y yo. Ya estaba en el retrovisor. Giulia, por otro lado, quería ir a su casa con un mazo y un poco de dinamita. Pero ese era su estilo, y era parte de su encanto. Era un extraño equilibrio entre la feminidad y un comando. Su infancia había creado un verdadero personaje de ella, pero desde que nos conocimos, sentí como si la estuviera viendo cambiar momento a momento. Lo disfruté y me emocionó ver hasta dónde podía llevar su transformación.

Estaba a mi lado con un elegante vestido verde que brillaba como escamas de pez. Tenía una espalda profunda y abierta a la que seguía sintiendo que mis ojos se desviaban. Miré el sutil pliegue del músculo que viajaba por su espina dorsal y que se desvanecía hasta la suave piel por encima de su trasero, sabiendo que podía deslizar sin esfuerzo mi mano bajo la tela para robar un puñado si así lo deseaba.

Me controlé a mí mismo. Sabía que podría tenerla de nuevo pronto. Había pasado casi una semana desde nuestra pequeña lección de judo, que nos había llevado a una lección de mamadas. Verla admitir que era su primera vez cuando sus dedos estaban envueltos alrededor de mí y sus labios estaban a centímetros de la cabeza de mi pene podría haber sido la cosa más sexy que había visto en mi vida. Para ser honesto, no sabía que era su primera vez, pero aprendía rápido, y resultó que estaba ansiosa por practicar tan a menudo como pudiera.

Una de mis metas era asegurarme de que la caja de sus juguetes sexuales que había traído junto con sus cosas cuando se mudó conmigo permaneciera

cerrada con cinta adhesiva. No quería compartirla, ni siquiera con un juguete sexual. También me alegraba mucho el hecho de que cada día trajera más cajas ‘temporales’, y esas cajas tendían a abrirse y desempacarse.

Dan, por una vez, estaba completamente empaquetado y abotonado en un esmoquin. Lo alcancé y le agarré el cuello—. ¿Tu abuela te vistió hoy? —Le pregunté.

—Lo creas o no —dijo, apartando la mano como si fuera una mosca. — Soy realmente bueno en mi trabajo, e hice mi investigación. Hay un pez gordo aquí hoy, y desaprueba a los descuidados. Así que...

—¿Así que finalmente admites que tu estilo es descuidado y no está de moda?

—No. Sólo sé que alguien de mente tan cerrada no apreciaría mi estilo. — Dan miró a Giulia, que había vagado hacia una mesa llena de comida y bebidas—. ¿Cómo te va con ella, por cierto?

—Bien —dije.

—Vamos. Te he visto sonriendo al menos diez veces en la última semana. Incluso te oí silbar en tu oficina una vez. Admítelo. Está más que bien.

Me encogí de hombros. —Creo que estoy enamorado.

Dan hizo una doble toma, abultando sus ojos hacia mí—. ¿Amor?

—Ella es todo en lo que pienso. Ya ni siquiera me importa vengarme de Tanya.

Dan agitó la cabeza. —Por supuesto que ella es todo en lo que piensas. Es como Romeo y Julieta. ¿Por qué crees que todos los romances trágicos son sobre gente que apenas pasa tiempo junta? ¿Crees que Romeo se habría suicidado si hubiera vivido con Julieta lo suficiente como para darse cuenta de que no recogía sus calcetines del piso del baño? ¿O que se tiraba pedos después de comer comida mexicana? Vamos. Está aquí arriba —dijo, golpeando mi cabeza. —Es la biología solamente. Todo lo que tu cuerpo quiere es que pongas un bebé en ella, que le pases tus genes. Luego los químicos mágicos se apagan y te darás cuenta de que el amor es sólo una ilusión.

—Ohh —dije. —Eres un maldito cínico y no sabes nada sobre el amor, porque nunca has tenido una relación seria.

—Define serio.

—Algo que dura más de un mes.

Parecía que estaba a punto de decir que estaba equivocado, y luego frunció el ceño. —No necesitas experiencia de primera mano para verlo, Carl. Piensa

en ello. ¿Qué pasará cuando se te acaben las cosas de las que hablar, o cuando el sexo ya no sean tan divertido? ¿Realmente quieres encadenarte a una mujer por el resto de tu vida basándote en un par de semanas de conocerla?

—No dije que me iba a casar con ella, pero lo estoy pensando.

Cerró los ojos y se puso las puntas de los dedos en la frente. —Eres un marica enfermo. Eso es todo lo que es esto. Pasará, pero necesito que me prometas que no le dirás que la amas todavía. Una vez que lo hagas, vas a activar una peligrosa cadena de eventos, y no puedo prometer que pueda sacarte de ella.

—Agradezco la preocupación, pero creo que puedo arreglármelas solo. Sé cómo me siento. Es tan simple como eso.

—Hace unos segundos dijiste que creías que estabas enamorado. Ahora hablas como si fuera cierto.

—He tomado una decisión desde entonces.

Soltó un suspiro exasperado—. ¿Lo sabe Marcus? Alguien debería decírselo. Le romperá el corazón al pobre hombrecito.

Marcus se metió en la conversación, de alguna manera logrando sorprenderme, a pesar de que por lo general no era difícil rastrear su enorme cuerpo. —Ya lo sé, Dan. Carl me lo dijo cuando llegamos aquí. Supongo que eso significa que soy su mejor amigo.

Dan se burló. —Sólo te lo dijo a ti primero porque sabe que eres tan simple de mente que no le dirías que es un idiota.

—¿Simple de mente? Preguntó Marcus—. ¿Quién crees que escribió el código para el software con el que haces alucinar a nuestros clientes, y...?

Me alejé para dejar que los dos se pelearan. La verdadera razón por la que ninguno de los dos había tenido una relación seria era probablemente que terminaban discutiendo entre ellos en casi todas las oportunidades.

Giulia estaba mirando algo con una expresión amplia y ansiosa que nunca había visto en su cara—. ¿Qué está pasando? —pregunté mientras me ubicaba a su lado.

—Esa mujer. Tiene papel higiénico pegado al talón, y acaba de decirle a un camarero que no le ofrezca vino porque está embarazada, aunque obviamente no se le ve. ¿Ves cómo la gente empieza a notar el papel higiénico, pero nadie dice nada?

Vi a la mujer pasearse por la habitación con los ojos entreabiertos y seguros de sí misma. Detrás de ella, una cabeza ocasional se volteaba. Parecía relativamente tranquila, pero Giulia parecía cautivada.

—Me sorprende que nadie se lo diga —dije.

—A mí no. Veo cosas así todo el tiempo. La gente casi nunca dice nada, a menos que sea un amigo cercano. A la gente normal le gusta mirar y señalárselo a sus amigos.

Sonreí. —Si alguna vez tienes papel higiénico pegado a tu zapato, te lo diré de inmediato.

—No es necesario. Que se te pegue papel higiénico en el zapato es un misterio que nunca he descubierto. ¿Qué hace la gente en los baños? ¿Acaso no miran por dónde caminan?.

—Ese es un buen punto.

—¿Qué? —preguntó ella. —Me estás mirando raro.

Asentí junto a ella. —A ti no —dije en voz baja. —Ella está aquí.

—Oh mierda. —Siseó Giulia.

Habíamos elaborado el plan durante la semana pasada, y la llegada de Tanya fue la primera fase. Tomé un camarón del surtido de comida de la mesa cercana y lo lancé a Dan. Rebotó en su frente. Su cabeza se inclinó hacia atrás cómicamente, como si le hubieran disparado entre los ojos. Me miró con una cara de: estoy a punto de asesinarte.

—Tanya —dije, moviendo la cabeza hacia ella.

Dan hizo callar a Marcus y luego salió corriendo hacia la multitud. Dan prometió que conocía a un tipo que podía ‘venderle hielo a un esquimal’. Sólo necesitábamos que este tipo le vendiera una historia a Tanya, lo que a mi parecer podría ser más difícil.

Volvió unos segundos después con un hombre bien vestido un poco mayor que yo. Era bien parecido y me guiñó un ojo mientras caminaba hacia Tanya.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar? —Me preguntó Giulia.

—No mires fijamente —dije. —Tanya sabe que estamos aquí, pero si nos ve vigilándola muy de cerca, probablemente empezará a sospechar.

—¿Cuánto tiempo crees que le llevará caer en esto si funciona?

—No lo sé. Pero le dimos a este tipo acceso a nuestro dinero, así que debería poder vender el hecho de que está cargado con bastante facilidad. Tanya siempre ha sido una cazafortunas, pero también orgullosa. Si ella puede tener a un esposo rico y además que sea joven y guapo, creo que aprovechará la oportunidad. Es como un trofeo para ella, y quiere el mejor, el más brillante. Así que si este tipo puede hacerla creer que eso es lo que es, creo que podría funcionar.

—Así que la seduce, la convence de que se divorcie de su marido, y luego

la deja caer —ella meditó el plan en voz baja.

—A menos que quieras cancelarlo —le dije.

Ella agitó la cabeza. —Piensa en todo lo que hizo. La cámara. La señorita súper tetas. Quiero decir, intentar que alguien se divorcie de su marido es como ir demasiado lejos, lo admito, pero no quiero cancelarlo. La erección de la venganza, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. Me siento un poco mal por esto. Tengo que ser honesto.

—No nos vamos a echar atrás, amigo. —Ahora parecía más segura de sí misma. —Piénsalo. Si por algún milagro, ella quisiera a su marido, ni siquiera pensaría en divorciarse de él en primer lugar. Esto sólo funciona si el matrimonio ya es una farsa.

Dan se unió a nosotros. —Este tipo es un profesional. Confía en mí. Podría venderle sal a un caracol.

—Pensé que eran hielos a los esquimales —dije.

—Es ambas cosas. Tiene un talento innato. No tiene remordimientos. Honestamente, el tipo siempre me ha parecido un poco sociópata, así que dudo que esto le deje cicatrices psicológicas.

—Quiero arruinar la vida de Tanya, no acabar con ella. Si este tipo es peligroso, tenemos que cancelar el asunto.

Dan me levantó las palmas de las manos. —Tranquilo. Mala elección de palabras. Además, dije solo un poco psicópata. Sólo quiero decir que la mayoría de los tipos que conozco en ventas se vuelven moralistas al engañar a la gente para que compren algo que no deberían tener. Este tipo sólo quiere hacer la venta. No le importa si es bueno o malo para el cliente. Confía en mí, este es el hombre para este trabajo.

—¿Cómo dijiste que se llama?

—Ramón.

Giulia se ahogó de risa.

—¿Qué? —Preguntó Dan.

—No parece un Ramón. Con ese nombre me imagino un pelo largo y músculos abultados. Tal vez alguien francés.

—Sí, ríete todo lo que quieras, pero Ramón lo hará. Te lo garantizo.

## CAPITULO 19

### GIULIA

Llamé a mi mejor amiga, Valery, por primera vez desde que conocí a Carl. Me alegré de que las llamadas de larga distancia ya no fueran gran cosa, porque estaba segura de que en otro tiempo hacer una llamada a París probablemente me hubiera costado una fortuna.

Estaba sentada en el rincón de la ventana del apartamento de Carl con la ciudad de Nueva York extendida debajo de mí. Con la frente en el cristal, sentí como si estuviera flotando por encima de todo. Carl estaba en el trabajo, y yo tenía el día libre porque Austin se compró una de esas mochilas propulsadas por agua el otro día y no había podido dejar de jugar con ella el tiempo suficiente como para ir a la oficina.

Valery respondió después de unos cuantos tonos.

—¡Giulia! —Ella dijo. —Me ha estado matando no llamarte, pero sé que no debo molestarte. Ere como los gatos que sólo se sientan en tu regazo si lo ignoras, pero si lo pides, te ignoran.

Sonreí. Había estado haciendo eso más últimamente, y no estaba muy segura de cómo sentirme al respecto. —Me gusta cuando me comparas con los gatos.

—Lo sé —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz. —Oh, tengo buenas noticias. Voy a tener una de mis esculturas en exhibición en el Louvre. Va a ser temporal, obviamente, pero hacen esto por los estudiantes, donde puedes exhibir una pieza en una galería durante el fin de semana.

—¿La escultura tiene pene?

Ella se rio. —Um, bueno. Es más como una ciudad en una especie de nube. Es difícil de explicar, pero te enviaré fotos cuando esté lista.

—¿Se te permite hacer algo realmente genial como eso? Pensé que el arte moderno estaba limitado a derramar pintura sobre objetos al azar que no se usan tradicionalmente como lienzos. Bueno, eso, o una representación muy gráfica de penes y vaginas.

No dijo nada durante unos segundos. —Oye suenas diferente.

—¿Qué? No, no lo sé. Probablemente sólo es tu teléfono de mierda.

—No. Suenas feliz. ¿Qué está pasando allí? ¿Viste morir a alguien

recientemente?

—Es un hombre —dije lentamente. —Como una relación, supongo que se podría decir.

Otra pausa. —¡Giulia! —Ella chilló.

Me aparté la oreja del teléfono y me estremecí ante el repentino estallido de sonido. —No te pongas rara conmigo. ¿De acuerdo? —Le dije.

—De acuerdo. De acuerdo. —Valery sopló una respiración lenta como si estuviera tratando activamente de calmarse—. ¿Hace cuánto tiempo?

—Un mes —dije. —Llevo viviendo en su casa como tres semanas. Roosevelt también está aquí.

—¿Cómo se llama?

—Carl.

—Espera, ¿te mudaste con él después de una semana? Eso parece rápido. No es una especie de bicho raro, ¿verdad?

—Es sólo temporal. La mudanza. Quiero decir, mi apartamento está básicamente vacío ahora y no he ido allí en más de una semana, pero no le prometí que me quedaría mucho tiempo.

—Vale, así que te mudaste después de una semana. Temporalmente. Obviamente te estás enamorando de él, pero también estás tratando de no comprometerte.

—No me estoy absteniendo de comprometerme. Sólo estoy, no sé, ¿esperando? Nunca he hecho esto antes. Las relaciones en la escuela secundaria eran más fáciles porque mudarse no era una opción. Te sentabas junto al tipo en el autobús y comías con él en el almuerzo. ¿Ahora se supone que tengo que saber qué significa todo?

Valery se rio. —De acuerdo. Mira. Obviamente, yo tampoco soy una experta, pero si te mudas, es bastante serio. Hay una progresión natural. Novio, mudanza, compromiso, matrimonio, hijos. Podrías mezclar el orden si quisieras, pero esa es la fórmula básica.

—Por tu fórmula, debería esperar un anillo de compromiso en cualquier momento.

—¿Por qué no pareces tan horrorizada por esa idea como lo estaría la Giulia que conozco?

—No me va a proponer matrimonio. Además, todo es complicado. Tiene una hermanastra malvada y tenemos un plan de venganza que está en progreso. Así que todo está en espera hasta que averigüemos si hemos saboteado su vida lo suficiente como para dejar de preocuparnos de que vaya a venir por

nosotros.

Otra pausa.

—Ahora tiene un poco más de sentido. Para que un tipo te interese, tendría que involucrar cosas raras y jodidas como esa. —Ella se rio. —Puedo imaginarte maquinando para arruinar la vida de una pobre mujer.

—Sí, lo que sea. —Estaba sonriendo de nuevo, sobre todo porque estaba pensando en la diversión que habíamos tenido con Carl al tratar de vigilar a Ramón y Tanya. Austin nos había dejado su equipo de espionaje, y husmear se había convertido en uno de nuestros pasatiempos nocturnos. Por supuesto, nuestra versión de figonear era más como estacionarnos en un auto en algún lugar donde pensábamos que irían, distraernos hablando por una hora, y luego pasar por comida para llevar y ver una película en su apartamento.

Nuestros únicos avistamientos de la pareja habían sido una o dos veces camino a una tienda juntos. Considerando que habíamos pasado horas juntos bajo el pretexto de espiarlos, estaba bastante claro cuáles eran nuestras verdaderas motivaciones a estas alturas.

—Así que, ¿algún plan para Navidad? Evans y yo estábamos pensando en volver a casa para las fiestas. Sólo para ver a todo el mundo. Ya ha pasado una eternidad.

—Si trece meses es una eternidad, entonces sí, lo es.

—A veces puedes ser tan literal —me contestó.

—Para responder a tu pregunta, no. Aún no sé qué haremos para Navidad. Tampoco sé qué comprarle a Carl. Tengo la sensación de que probablemente compró todo lo que siempre quiso, así que necesito ponerme sentimental para darle algo bonito.

—Tengo una idea...

\*\*\*

Carl y yo estábamos sentados en una cafetería llena de gente.

—Dan dijo que Ramón había dejado de ponerse en contacto con él. Ignorando sus mensajes y todo eso. Ramón tampoco está accediendo a nuestros fondos tanto como al principio.

—¿Qué crees que significa eso? ¿Podría Tanya haberle sacado la verdad?

—Es posible. ¿O tal vez le gusta de verdad? —Carl frunció el ceño ante la idea y luego agitó la cabeza como si acabara de decir una locura. —Pero eso no tendría sentido. Tiene que ser otra cosa.

—Dan dijo que Ramón era una especie de sociópata. Yo diría que tu hermana también lo es.

—Hermanastra. Y sí, pero no me lo imagino. E incluso si realmente se llevaran bien, estoy seguro de que se pondría feo muy rápido cuando se entere de que no es un multimillonario. El tipo gana un dinero decente, pero dudo que sea más de lo que gana Tomas.

—Sí. Casi me siento mal. ¿Y si se enamoró de ella y les tendemos una trampa a los dos para que se rompan el corazón? Aunque para ser sincera, y a pesar de que estoy feliz de arruinar la vida de Tanya, me daría lástima con Ramón, ya que sólo nos estaba haciendo un favor.

—¿Mi Giulia se siente mal por alguien? —Cruzó la mesa y me puso las manos en la frente—. ¿Te sientes bien, chanchita?

Me mordí el labio. Había empezado a usar nombres de animales para mí hace una o dos semanas, y aunque yo pensaba que los nombres de mascotas eran odiosos y asquerosos cuando estaba soltera, había cambiado de opinión. Escucharlos de Carl hacía que mi estómago revoloteara y mi cara se sonrojara, incluso si me llamaba algo estúpido como ‘mi Nuggets de pollo’.

—Me siento genial, en realidad.

—Probablemente porque ahora comes como un ser humano normal —dijo, sin darse cuenta de lo que quiso decir. —Sabía que una vez que controláramos tu balance de macronutrientes, te sentirías de maravilla. Honestamente me sorprende que pudieras caminar y hablar con tan poca proteína como la que estabas consumiendo. Fue un milagro de la ciencia.

—Sigue hablando de macronutrientes y voy a morir espontáneamente de aburrimiento —dije.

Sonrió. —Bien. Mientras sigas comiendo lo que cocino, seré feliz, aunque no me dejes hablar de ello.

Asentí con la cabeza. —Ese era el trato. —Carl resultó ser un gran cocinero. Le había horrorizado saber que mi dieta era una rotación constante de fideos ramen, macarrones con queso y pizza. Como él dijo, me faltaba un tercio de los nutrientes esenciales que mi cuerpo necesitaba. Aparentemente, se suponía que debía comer proteínas y no sólo grasas y carbohidratos. Quién sabe. No iba a admitirlo ante él, pero me había sentido muy bien desde que empezó a cocinar para mí. Había sido un poco más difícil parecer tan irritable

y sarcástica todo el tiempo, pero eso también podría haber sido el nuevo efecto novio. Incluso había sido lo suficientemente considerado como para simplemente trabajar con las proteínas en los alimentos que ya me gustaban.

Ahora mi ramen tenía carne de res, mis macarrones con queso tenían tocino, y mi pizza no era sólo queso. También me había ido introduciendo poco a poco a algunos alimentos que él llamaba comida de ‘adultos’, lo que me parecía vagamente insultante. Por otra parte, también podía admitir que mi dieta estaba compuesta en su mayor parte por las cosas que había aprendido a comer a bajo precio en mis días de universidad. Por suerte para él, su ‘comida para adultos’ era bastante sabrosa, así que no me quejé mucho, siempre y cuando no me tratara de enseñar la ciencia que hay detrás de ella.

—¿Puedo admitir algo? —Le pregunté.

—Sí, pero yo también tengo algo que admitir.

—Digámoslo al mismo tiempo.

—Bien, a la cuenta de tres —estuvo de acuerdo.

—Uno, dos, tres...

—Ya ni siquiera me importa vengarme de Tanya —le dije.

—Me estoy enamorando de ti —dijo.

Nos miramos a los ojos y el zumbido de la conversación en la cafetería me pareció aburrido en los oídos. Me estoy enamorando de ti.

Abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurrieron las palabras correctas, así que terminé arrancando pedacitos de mi servilleta y frotándolos a través del anillo dejado por mi taza de café. —Así que —dije finalmente. — Siento que la mía fue un poco menos innovadora, y me siento un poco culpable por eso.

—Estoy de acuerdo —dijo. —Deberías sentirte culpable.

No levanté la vista, pero pensé que podía oír la sonrisa en su voz.

—Pero —agregué. —Si quisieras profundizar en lo que dije. Podría argumentar que quería vengarme de Tanya, y que dejar de preocuparme tanto por ello debe significar que empecé a preocuparme por algo más.

—Correcto. Y dado el tamaño de tu erección de venganza de la que siempre hablabas, sólo puedo asumir que eso significa que ahora tu erección está alimentada por otra cosa, y tal vez incluso es más grande de lo que era antes.

—Posiblemente podrías inferir eso.

—Una erección de amor —susurró.

Me reí un poco, y luego me mordí el labio cuando volví a ver sus ojos.

Podía verlo allí. No sólo lo que sentía por mí, sino porque de repente supe que yo también lo amaba. Probablemente era diferente para todos, pero para mí, amar a Carl no era sólo porque nos llevábamos bien o porque me hacía reír. Era porque había encontrado la manera de sacar lo mejor de mí. Tal vez eso era egoísta, pero creo que todos somos egoístas por dentro, y ¿Qué mejor razón hay para amar a alguien que encontrar a alguien que te enseñe a amarte a ti mismo?

—Una erección de amor —estuve de acuerdo.

—¿Qué hacemos con Tanya? —preguntó—. ¿Simplemente cancelarlo todo?

Fruncí el ceño. —No lo sé. Quiero decir, no siento que necesite ver su vida arruinada o algo así, pero tampoco es que quiera ir a comprarle tarjetas de regalo y pastelitos. ¿Y si nos ponemos en contacto con este tipo Ramón y le dejamos hacer lo que quiera?

—¿Simplemente alejarnos de ello?

—Sí. Tal vez todavía termina en un desastre para ella. Tal vez encuentre el amor verdadero. ¿A quién le importa realmente?

Se rio. —Tengo que admitir que aún no quiero que se vaya tan fácilmente. Puedo dejar de arruinar su vida, pero tenemos que arruinar algo. Al menos su día. Tal vez su semana.

Me reí. —Ahora suenas como yo.

Sonrió. —Espera a oír mi plan.

## CAPITULO 20

### CELIA

Me preparé una taza de café y miré por la ventana de la cocina. Estaba nevando, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí feliz. Ramón y yo íbamos a ir a jugar al golf, lo que significaba que tenía una razón para llevar por fin el adorable atuendo que tenía para una salida de golf. Todo era de diseñador, por supuesto, y no dudé que las otras esposas y novias estarían mirando con envidia.

Sonreí y me mordí el labio. La vida era buena. Tomas debía regresar a casa de un viaje de negocios en una hora, pero me dejaba salirme con la mía mientras yo le moviera las pestañas. Ya se había visto con Ramón unas cuantas veces. Le dije que Ramón era mi entrenador personal, y que simplemente jugábamos golf como una pequeña actividad de ejercicio. Tomas me picoteaba la mejilla y me deseaba buena suerte.

Estar con Ramón había hecho la vida con Tomas más repulsiva. Pensé en sus labios secos y agrietados y en el calor suave y acogedor de Ramón. Pensé en lo frías que siempre fueron las manos huesudas de Tomas, comparadas con el fuerte toque de Ramón. La idea del divorcio ya había cruzado por mi mente más de una vez, a pesar de que sabía que el acuerdo prenupcial estaba blindado. Si me divorcio de Tomas, no tendré nada. Ramón podría cuidarme, pero la idea de alejarme de Tomas sin nada me molestaba. Yo había sufrido años para esperar el día en que él muriera y me dejara todo a mí. Si lo abandonara ahora, todo habría sido en vano.

Oh, bueno. Tomé un último sorbo de mi café y recordé que ayer no había revisado la puerta principal en busca de paquetes. Saqué la cabeza y vi dos cajas. Una era una gran caja de cartón de eBay. Probablemente algún accesorio para el coche que Tomas había pedido, como siempre. Se uniría al montón de piezas sin usar que él soñaba eventualmente ocupar para reconstruir sus viejos coches de proyecto. La otra caja era más interesante. Era morada, elegante y muy femenina.

Inmediatamente pensé en Ramón. Debe habérmelo enviado como una sorpresa. Dejé la caja de Tomas afuera y tomé el paquete púrpura adentro. Me senté en el sofá y cuidadosamente desenvolví el lazo para leer el mensaje en la

tarjeta:

—Hice esto a medida, sólo para ti. Sólo presiona el botón rojo para que empiece la fiesta. Será inolvidable... Lo mejor, L y L.

Fruncí el ceño ante la tarjeta. ¿L y L? Me preguntaba si era alguna referencia a un poema. Ramón era excepcionalmente culto, y siempre hablaba de libros y cosas que yo nunca había oído. Lo saqué de mi cabeza y abrí la caja.

Era un consolador.

Me reí, y luego me mordí el labio cuando una cálida excitación pasó a través de mí. Ramón, sucio bastardo. Era más grande que cualquier consolador que hubiera visto, y me sentí extrañamente obligada a saber cómo se sentiría. Además, el pequeño botón rojo en la base de la cosa me tenía absolutamente curiosa. Presiona el pequeño botón rojo para que empiece la fiesta.

Diez minutos después, tenía unas cuantas velas encendidas en el dormitorio y estaba lista.

Lo metí dentro y tuve que recuperar el aliento. Era grande. Casi demasiado grande. Por un segundo, casi me rindo, pero no quería decepcionarlo. Seguí intentándolo hasta que lo tuve dentro de mí, y luego busqué el pequeño botón rojo.

Lo presioné y me preparé para las vibraciones. En lugar de vibraciones, oí un extraño sonido que me llevó un segundo en reconocer. Era un teléfono que sonaba de lo que debe haber sido un altavoz dentro del consolador. ¿Qué demonios...?

—911, ¿cuál es su emergencia?

—No hay emergencia —dije rápidamente mientras intentaba sacarme el consolador. En mi pánico, debo haber estado tensa, porque no podía sacarlo. Presioné el botón rojo de nuevo, esperando que colgara la llamada.

—¿Señora? ¿Está todo bien?

—¡Está bien! —Grité. —No sé cómo colgar el maldito consolador, ¿de acuerdo?

—Voy a enviar a un oficial, sólo para estar seguros.

—¡No, idiota! Yo sólo... no envíe a nadie. Estoy bien.

—Quédese en la línea conmigo. Los oficiales llegarán en unos minutos.

Dejé escapar cada palabrota que conocía mientras intentaba sacarme esa cosa estúpida, pero no se movía. Cuanto más me asustaba, más se me atascaba. Pasé unos minutos ignorando a la mujer que estaba al teléfono mientras sacaba algo de lubricante e intentaba sacármelo, pero aun así no podía hacer ningún

progreso.

Entonces oí la puerta de un coche en la entrada. Las llaves sonaron abajo en la puerta principal, y oí pasos que subían por las escaleras.

—¡Cariño, he vuelto! ¿Dónde está mi beso?

—Mierda —murmuré.

—¿Está todo bien, señora? —La voz resonó en mi entrepierna.

Ahora que Tomas estaba en casa, me di cuenta de lo increíblemente ruidosos que eran los altavoces del consolador.

—¡Cállate! —Siseé. —¡Te oiré!

Me puse una bata de baño y salí corriendo al pasillo tan rápido como pude con un consolador de gran tamaño pegado dentro de mí.

—Hola —dije. Traté de sonar casual y suave, pero había un problema en mi voz. Tomas sonrió y me envolvió en un abrazo.

—¿Todavía en bata? No es propio de ti.

—Bueno, ha sido una mañana perezosa.

Ambos nos volvimos hacia el frente de la casa al escuchar sonar las sirenas de la policía y las puertas de los autos abriéndose y cerrándose.

—¿Qué sucederá? —preguntó Tomas.

—Yo me encargaré. No te esfuerces demasiado, cariño. —Le besé la mejilla y sonreí antes de bajar las escaleras y acercarme a la puerta principal.

Abrí la puerta antes de que pudieran llamar, sacando sólo mi cara. Dos oficiales musculosos me miraban con cara de preocupación.

—Está bien, oficiales. Sólo marqué mal el número. Intenté decírselo a la operadora, pero no entendió la indirecta.

—Es mi trabajo llamar a la policía en situaciones como ésta, señora —dijo una voz desde el interior de mi vagina.

Junté las piernas y sentí que mis ojos se abrían de par en par. Los oficiales me lanzaron miradas de perplejidad.

—¿De dónde viene eso? —preguntó uno de ellos.

—Es un hogar inteligente —le dije. —Altavoces por todas partes.

—Sonaba como si viniera de usted, señora. ¿Está bien si entramos?

—No —dije. —Estoy perfectamente bien aquí.

Quería arrancarme el pelo cuando vi el coche de Ramón estacionando en la entrada. Salió rápidamente y corrió hacia la puerta al ver el coche de policía.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tomas por detrás de mí. —Oh, hola, Ramón —dijo Tomas cuando vio a Ramón subir las escaleras al lado de los

oficiales.

Tenía ganas de gritar. El consolador dentro de mí había empezado a vibrar suavemente, pero ahora se estaba volviendo más intenso, y tenía problemas para pensar con claridad. —Todos deberían irse a casa, ¿de acuerdo? —les dije.

Los oficiales intercambiaron una mirada.

—¿Estás bien? —preguntó Ramón.

—¡Estoy bien! —Grité. Hubo una sensación desgarradora cuando el peso del consolador y las vibraciones finalmente lo soltaron. Todo se me escapó de las manos y cayó al suelo entre mis piernas, donde zumbaba y giraba lentamente en el suelo.

—¿Debo enviar otro equipo de oficiales? —preguntó el consolador.

Me puse las palmas de las manos en los ojos. En un destello de rabia, pensé en la tarjeta que se adjuntaba al paquete.

L y L. Giulia y Carl. Debí saber que eran ellos.

# Epílogo

## Carl

Nunca había sido un gran hombre de Navidad en el pasado, pero este año, tenía a alguien con quien celebrarlo. Aunque Giulia afirmaba que pensaba que las decoraciones navideñas eran para ‘esos idiotas que usan suéteres feos que van de puerta en puerta cantando villancicos’, no se quejó cuando llegué con cajas de decoraciones para poner en el apartamento.

Austin Stanley estaba lanzando un ‘Christmas Eve Bash’ en su casa, y nos había invitado. Después de ver su traje de crema batida de cumpleaños, yo estaba un poco reacio a aceptar ir, pero Giulia dijo que su mejor amiga y su esposo vendrían de París para estar allí, así que no pude decir que no.

Tomamos un ascensor hasta el apartamento de Austin en Nochebuena. Giulia llevaba puesto un enorme suéter verde hierba con un unicornio de felpa cubierto de purpurina que estaba cosido para que pareciera que se le salía del pecho al estilo de Alien.

—¿No eras tú la que hace una semana hablaba de los que llevaban suéteres de Navidad como si fueran una plaga? —Le pregunté. Mi propio suéter estaba cubierto de luces LED y probablemente era un peligro de incendio, pero encajaba demasiado bien en el proyecto como para dejarlo pasar.

—Lo llevo puesto irónicamente, así que no cuenta.

—Sí, pero todos los usan irónicamente. Así que...

—Me estoy burlando de la gente que los usa irónicamente. Es meta. Si no sabes lo que eso significa, puedes preguntarle a la abuela.

Me reí. —Lo primero que aprendí de la abuela es que no le haces preguntas. Así que no, gracias. Confiaré en ti en eso.

Me sorprendió ver que la fiesta en el apartamento de Austin no estaba llena. Esperaba cientos de invitados, pero parecía que había optado por la familia y los amigos cercanos.

Jessie, la esposa de Austin, estaba ayudando a la esposa de Rene, Natasha, a trasladar platos de comida de la cocina a una gran mesa de comedor. La abuela estaba sentada en la mesa junto a un hombre mayor y encorvado. Austin estaba frente a una enorme TV montada en la pared y llevaba lo que parecían gafas de realidad virtual y sostenía controladores en ambas manos. Rene

estaba a la espera con una expresión aburrida en su cara mientras Austin describía excitado el juego que estaba jugando mientras movía sus brazos alrededor. Por lo que parece, estaba golpeando y acuchillando a oleadas de hombres como cavernícolas en una arena de gladiadores en el juego.

Giulia puso los ojos en blanco. —Ha estado comprando las cosas más tontas. Hace esto todas las Navidades. Es como si no entendiera el concepto y empezara a comprar lo que se le ocurra durante semanas antes de Navidad.

—Entiendo el concepto —dijo Austin, levantando la voz desde la sala de estar. —Pero también tengo problemas de control de impulsos. Hay una diferencia. Además, guardé el mejor regalo para mañana por la mañana. Es un bebé elefante. Tuve que pedir algunos favores, y sólo puedo quedármelo unas semanas, pero sí. Tengo un bebé elefante en mi apartamento —se detuvo, agachando todo su cuerpo mientras movía sus brazos para luchar contra un grupo de hombres en su juego. —Técnicamente no es exactamente legal, pero mientras nadie se entere, estaremos bien.

Jessie se detuvo ante la mesa, sus ojos dirigiéndose hacia Austin—. ¿Un bebé elefante? —preguntó.

Esperaba que empezara a gritarle, pero ella saltó y se tapó la boca mientras soltaba un chillido excitada. —Oh, Dios mío. ¿En serio? ¿Es lo suficientemente pequeño como para acurrucarse?

—Puedes acurrucarte en él —dijo Austin. —Pensé que podríamos tejerle unos suéteres y cosas como esas. Tal vez sombreritos, pero no sé si tienen suficiente cabeza para un sombrero. Eso sería graciosísimo, ¿verdad?

La abuela suspiró y empujó al hombre que estaba a su lado—. ¿Oyes esto, Oscar? Mi nieto es la razón por la que no le das millones de dólares a idiotas. ¿Te imaginas cómo sería el mundo si más gente como él tuviera dinero? Estaríamos todos jodidos.

Oscar asintió, sus nublados ojos desenfocados y distantes. —Ya sabes —dijo sibilante. —Mi paracaídas quedó atrapado en un árbol el Día D. Estuve atrapado ahí arriba tres malditos días antes de que alguien me cortara.

La abuela miró al techo y dijo algo. —Oscar, nunca has luchado en ninguna guerra. Tienes los pies planos y un viejo pene sibilante y arrugado. Lo más interesante que has hecho es cagarte en los pantalones de otro, y eso fue antes de que te volvieras senil.

—No estoy senil. Sólo pienso que eres sexy cuando estás nerviosa —se rio Oscar mientras escupía una risa de ladrido. La abuela sonrió. —Tienes toda la razón, lo estoy.

Valery y Evans llegaron unos minutos después que nosotros. Esperaba que se vistieran con ropa de estilo europeo, porque casi todos los que había conocido que habían pasado más de unas semanas en Europa parecían querer volver y hacer algún tipo de declaración de moda atrevida y odiosa. Cuando vi que estaban vestidos relativamente normales, decidí que ya me agradaban.

Evans me estrechó la mano y sonrió mientras Valery iba a saludar a Giulia. —Así que tú eres el que domesticó a Giulia, ¿eh? Pareces capaz —dijo, evaluándome. —Aun así, no creí que nadie pudiera hacerlo.

—Dudo que alguien pueda. Yo no la domé. Es más bien una cosa de dar y recibir.

—Tiene sentido. A veces pienso que así es con Valery y conmigo.

Evans fue a hablar con Jessie y la abuela un poco más tarde, y me sorprendió ver a Giulia envolviendo a Valery en un fuerte abrazo. Cuando se retiraron, los ojos de Giulia se veían un poco llorosos.

—Te extrañé a ti y a tu estúpida cara —dijo Giulia.

Valery tenía lágrimas en los ojos mientras reía. —Si hubiera sabido que tenía que dejar el país para que fueras tan cariñosa, lo habría hecho hace mucho tiempo.

—Sí, bueno, no te acostumbres —dijo Giulia. —La próxima vez podría cagar en tu almohada. —Me miró y vio la expresión de horror en mi cara, y luego sonrió.

—Vale, sí —dijo Giulia. —Fuera de contexto, puedo ver que eso sería raro. ¿Es una cosa de gatos? Chiste interno. O tal vez podamos fingir que nunca lo dije.

Sonreí. —No estoy juzgando.

Eventualmente, Giulia se dirigió hacia la televisión donde Austin estaba jugando su juego. —Eso se ve muy bien. ¿Puedo intentarlo?

Rene parecía aliviado, y aprovechó la oportunidad para retroceder en silencio.

Austin ayudó felizmente a Giulia a ponerse los auriculares y en pocos minutos, estaba gruñendo mientras cortaba las cabezas y brazos de los pobres gladiadores de dibujos animados.

Austin me dio un codazo. —Tiene talento innato. Tardé unas horas en entenderlo.

—Sí. Da un poco de miedo lo buena que es desmembrando a la gente. Siempre pensé que todo lo de las puñaladas era una broma.

—Le gusta bromear sobre apuñalar a la gente. ¿Eso no te asusta cuando

pelean? ¿Sabes? Me preocuparía que viniera a por mí mientras duermo o algo así.

—Realmente no peleamos, en realidad.

—Ah —dijo Austin, asintiendo sabiamente. —Deberías intentarlo. Es más divertido cuando hay peleas. Sexo de reconciliación y todo eso. Ella tiene sexo, ¿verdad?

—Puedo oírte —gruñó Giulia. —Y no respondas a eso, Carl, o tendremos nuestra primera pelea

\*\*\*

El día de navidad, Giulia y yo decidimos tener nuestra propia celebración. Pensé mucho tiempo sobre darle un anillo de compromiso como regalo, pero decidí que no importaba lo preparado que estuviera. Lo que importaba era ella. A pesar de todas sus bromas con Valery, Giulia era como un gato. Si la presionaba demasiado fuerte y demasiado pronto, me preocupaba poder asustarla. Así que en vez de envolver el anillo que compré y dárselo, me prometí a mí mismo que esperaría. Por lo menos un mes más, incluso si sigue siendo rápido para todos los estándares normales. Una parte de mí quería dejarla terminar sus clases en la escuela de negocios para poder combinar la propuesta con el comienzo de su nueva carrera, pero no pensé que podría esperar tanto tiempo.

El clima fue perfectamente cooperativo y nos despertamos con una vista de la ciudad de Nueva York cubierta con una suave manta de nieve. Desde sesenta pisos más arriba, no podíamos oír las bocinas ni sentir la frustración de los que estaban abajo tratando de atravesar la nieve. En lugar de eso, tuvimos la vista perfecta y el sonido suave de la música navideña reproduciéndose a través del sistema de sonido.

Giulia llevaba el pijama que le había dado, que estaba cubierto por una impresión de Santa con un traje de motociclista, junto con algunas representaciones de él haciendo estallar cosas con granadas y ametralladoras. Poco a poco, Giulia sonreía más y parecía menos temerosa de ser feliz frente a mí, pero aun así sabía que prefería la ironía a la sinceridad más días de los que no.

—Voy a admitirlo —dijo mientras nos sentamos frente al árbol con tazas de café. —Esta es la Navidad más perfecta que he visto en mi vida. Esto sería como una escena de un comercial de Navidad o de una película de Hallmark.

—¿Y mi oscura y sarcástica Giulia se siente atrapada en una pesadilla por eso?

—No. En absoluto. —Me dio una sonrisa torcida, agarrando su taza de debajo de sus mangas holgadas, donde sólo se veían las puntas de sus dedos. —Siento que tengo permiso para disfrutar de esto, si eso tiene sentido. Como tú me enseñaste a darme permiso a mí misma, supongo.

—Aceptaré el crédito —dijo

Se mordió el labio y se puso de pie para coger un pequeño paquete de debajo del árbol. Estaba en una caja púrpura que parecía sospechosamente familiar a la que había sido puesta en mi buzón por error hace un mes - la que en muchos sentidos había sido la chispa para comenzar todo entre nosotros. — Esto es para ti —dijo. —Te traje otras cosas, pero esta es un poco rara.

—¿Me trajiste un consolador? No debiste.... En serio. No voy a juzgar, pero realmente no tengo ningún deseo de usar esto conmigo mismo, así que...

—Abre el paquete, idiota.

Me sonreí, y luego tiré de la cinta. Sentí que mis cejas se apretaron cuando vi lo que había dentro.

Una prueba de embarazo. Una positiva.

—Eso no debería ser posible —dije en voz baja. —Hemos usado protección.

—Aparentemente tienes un esperma muy determinado, porque este es el cuarto que tomé, y todos dicen lo mismo.

—¿Esto es tuyo?

—No —dijo secamente. —Robé una meada de embarazada, la salpiqué en esto, y pensé que sería un regalo de Navidad genial. Sí, es mío, y será mejor que empieces a hablar de lo emocionado que estás o me voy a volver tímida.

Me senté de nuevo en el sofá, mirando hacia abajo la prueba con una mirada aturdida en mi cara—. ¿Un bebé? —Le pregunté.

—Sí. El sexo causa embarazo. Entonces el embarazo causa bebés. Si aún tratas de entenderlo, los bebés son esas pequeñas cosas sin pelo que se convierten en personas.

Me acerqué y la empujé para abrazarla. —No sabía que quería un bebé hasta ahora —le dije en el hombro.

Ella deslizó sus brazos alrededor de mí y se rio. —Bueno, eso es bueno.

Porque vas a tener uno, lo quieras o no.

—Sí, —dije. Las palabras provocaron algo en mí, y me retiré del abrazo, decidiendo de repente que no era demasiado pronto.

Me levanté del sofá y me puse de rodillas, sacando el anillo del bolsillo trasero. —Lo siento, no lo envolví, pero estaba tratando de esperar para no asustarte. Ahora parece que estás atrapada conmigo, así que ¿quieres hacerlo oficial?

—Eso es tan romántico —me miró y sonrió al anillo. —Sí, quiero.

Se lo puse en el dedo y me levanté para besarla. Giulia no era una mujer de abrazos por mucho tiempo ni de abrazos efusivos, pero no se quejó cuando la abracé fuerte y no la solté. Quería capturar el momento y recordarlo tal y como era, y su sarcástico trasero podía lidiar con ello.

Cuando finalmente la dejé ir, recordé lo que había estado esperando para decirle todo el día. —Ya que estamos dando buenas noticias —le dije. — Recibí un mensaje de Ramón esta mañana.

—¿Qué, nos va a demandar por el consolador?

Me reí. —No. Solo me envió un mensaje pasivo-agresivo después del incidente del consolador. Estoy bastante seguro de que finalmente le mostramos que no teníamos miedo de devolverle el golpe donde más le duele.

—Ojalá Ramón siguiera siendo nuestro infiltrado, así tendríamos algo más que el informe policial robado. Aunque la línea, ‘se cayó de la vagina del sujeto con un golpe contundente’ me hace pensar que la escena fue lo suficientemente dramática como para dejar una gran impresión en el oficial. Así que al menos tenemos eso.

—Nosotros sí. Y ahora tenemos esto. Ramón se está fugando con Tanya. Se sinceró sobre el plan y sobre no ser realmente millonario. A ella no le importó. Lo ama, al menos hasta donde él sabe, y él dice que la ama.

Giulia me miró como si se me hubieran caído los ojos de las órbitas—. ¿Hablas en serio?

—Sí —me reí. —No era el plan, pero, sí. En vez de arruinar su vida, aparentemente jugamos a ser casamenteros e hicimos un buen trabajo. El único perdedor es Tomas. Ni siquiera sé si se ha enterado de que ella se ha ido.

—Tomas era un imbécil. Revisé su historial cuando me sentí culpable una noche. Aparecía un montón de cosas sobre escándalos y sobornos. Nada de esto se demostró completamente, pero parecía bastante claro que no era un tirador limpio.

—Bien. Entonces podemos llamar a esto una victoria total, ¿verdad? Tanya

encuentra el amor de su vida y probablemente no será una maníaca amargada y enloquecida en un futuro previsible, lo que significa que probablemente nos dejará en paz. Ramón encontró a alguien igual de sociópata para que fuera su pareja. Es perfecto.

—Sí —dijo ella, ojos cayendo a mis labios donde trazó su contorno con su dedo. —Todo es perfecto.

**FIN**